HARLEQUIN™

Jazmín™



Una cita inesperada

BARBARA HANNAY

UNA CITA INESPERADA

Una cita inesperada (2010)

Título Original: The blind date surprise (2005) **Serie: 2º Encontrar un corazón**

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Jazmín Miniserie 40

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Theo Grainger y Annie McKinnon

Argumento

Lánzate y atrévete a encontrar el amor.

Querida tía: La soledad del Outback australiano me está volviendo loca. Estoy a doscientos kilómetros del cine o de la discoteca más cercanos y es muy difícil conocer hombres. Las pocas citas que he tenido han sido completamente olvidables, pero ahora he conocido por Internet a un hombre cariñoso, divertido e inteligente y creo que me he enamorado. Estoy deseando ir a la ciudad a conocerlo, pero llevo toda la vida oyendo que soy demasiado precipitada e impulsiva, por eso necesito consejo. ¿Qué me recomiendas?

Prólogo

De la página «Pregúntale a la tía» del Mirrabrook Star.

Querida tía:

La soledad del Outback australiano me está volviendo loca. Estoy a doscientos kilómetros del cine o de la discoteca más cercanos y es muy difícil conocer hombres. Las pocas citas que he tenido han sido completamente olvidables, pero ahora he conocido por Internet a un hombre cariñoso, divertido e inteligente y creo que me he enamorado. Estoy deseando ir a la ciudad a conocerlo, pero llevo toda la vida oyendo que soy demasiado precipitada e impulsiva, por eso necesito consejo. ¿Qué me recomiendas?

Aislada en Mirrabrook.

Querida Aislada en Mirrabrook:

Si estás tan sola como parece y tu ciber romance va bien, ¿por qué no conocer personalmente a ese hombre? Sospecho que tienes miedo a desilusionarte, temes haberte enamorado de la idea que te has hecho de ese hombre y te preocupa cómo será la realidad. Es comprensible que sientas cierta aprensión, pero si buscas una relación estable, tienes que conocer a ese hombre de verdad. Tienes que verlo cara a cara.

Por supuesto, debes tener precaución a la hora de reunirte con él en la ciudad. Quizá podrías organizar una doble cita con unos amigos. En cualquier caso, debes asegurarte de verlo en un lugar público y estaría bien que tuvieras alguna amiga cerca, que sepa la hora y el lugar de la cita y con la que puedas ponerte en contacto con sólo apretar un botón del teléfono.

Pero, en cuanto te hayas encargado de esos pequeños detalles, lánzate. No creas en eso de que las cosas buenas les llegan a los que saben esperar. Las cosas buenas les llegan a los que las desean tanto que no pueden quedarse quietos.

¡Buena suerte!

Pregúntale a la tía.

Capítulo 1

¡Caramba, unos vaqueros rosas!

Annie McKinnon detestaba pensar en lo que dirían sus hermanos si pudieran verla. En realidad, prefería no pensar en lo que pensaría cualquier habitante de Mirrabrook, una pequeña localidad situada en la zona más despoblada de Australia.

Apenas se había quitado los pantalones vaqueros desde los tres años, cuando su hermano Kane la había subido por primera vez a lomos de un caballo.

Jamás se había puesto unos vaqueros rosas. Y menos aún con unos zapatos de tacón de aguja.

Sin embargo, allí estaba, en el centro de la ciudad, entrando al vestíbulo de uno de los hoteles más elegantes de Brisbane con unos tacones de vértigo, una camisola de seda blanca y unos pantalones de cinturilla baja de color rosa bebé y tan ajustados que se sentía como una estrella *pop*.

Estaba allí por seguir el consejo de sus amigas.

—Deberías hacerle caso a Victoria —le había dicho Melissa—. Es la estilista de la casa, en el trabajo su palabra es como la Biblia.

Victoria se había mostrado muy tajante.

—Annie, hay que tener un cuidado extremo con las citas por Internet. Tienes que dar en el clavo.

Annie conocía a Melissa desde el internado, Victoria era la compañera de piso de Mel y ambas habían nacido y crecido en la ciudad, así que Annie había echo caso de su opinión, con la certeza de que nadie mejor que ellas sabrían cómo funcionaban las cosas en la ciudad.

Se habían ido de tiendas las tres y Annie no había tardado en darse cuenta de lo afortunada que era de tener unas amigas que la aconsejaran sobre ropa. Sin ellas, habría metido la pata sin solución.

Nada más entrar en la tienda, Annie había ido directa a la ropa de noche, pero Victoria la había apartado de allí de inmediato.

—De eso nada, Annie. No queremos que dé la impresión de que estás intentando impresionar a Damien a toda costa. Si apareces demasiado arreglada, podrías asustarlo.

«Vaya».

Así pues, tras echar un último vistazo a esos vestidos elegantes y ultra femeninos, Annie se había dejado llevar hacia las perchas de vaqueros.

—Nunca subestimes el poder de los pantalones vaqueros —le había dicho Victoria—. Puedes arreglarte más o menos y siempre te dan una

imagen estupenda.

—Pero yo… siempre llevo vaqueros y Damien sabe que soy una chica de campo. ¿No crees que vaya parecer que no he salido del rancho?

Victoria había parpadeado varias veces y luego había mirado a Annie con un poco más de respeto.

—En eso tienes razón —unos segundos después había tenido una iluminación—. ¡Ya lo tengo! Unos vaqueros rosas; es la solución perfecta. Puedes combinarlos con una camisola blanca —le había dicho agarrando una percha con una prenda de seda.

A Annie se le había pasado por la cabeza que, si se vestía de rosa y blanco, iba a parecer un helado, pero lo cierto fue que, al verse con la ropa puesta, había tenido que admitir que era cómoda y le favorecía mucho.

Sí había protestado contra los tacones.

—¿Y si Damien es muy bajo?

Esa vez había respondido Mel.

—En la foto que te envió no parecía nada bajo.

—Las fotos engañan —Annie llevaba varias noches sin dormir pensando en tal posibilidad.

—Si Damien es muy bajo, serás más alta que él te pongas lo que te pongas.

Annie había probado entonces una nueva estrategia.

—No puedo permitirme gastar doscientos cincuenta dólares en unas sandalias de cuero y lentejuelas.

Victoria se había echado a reír.

—No te preocupes, para eso inventó Dios las tarjetas de crédito.

Así que allí estaba, en el vestíbulo del hotel Pinnacle, con la ropa que le había elegido Victoria y recibiendo los consejos de última hora de sus dos amigas antes de dirigirse a La Piastra, el restaurante situado en el piso veintisiete. Donde iba a conocer a Damien.

Damien. Dios. Sólo con pensar en él se le hacía un nudo en el estómago y el corazón empezaba a pegarle botes como una rana. Sabía que era absurdo hacerse tantas esperanzas sobre un tipo al que no conocía, pero no podía evitarlo. Había recorrido más de mil kilómetros desde la explotación ganadera en la que vivía en Southern Cross, al norte de Queensland, sólo para conocerlo y deseaba con todas sus fuerzas que aquella cita saliera bien.

Todo iba a salir bien.

En las seis semanas que llevaban en contacto por Internet, todo lo que habían hablado Damien y ella hacía pensar que encajaban. A los dos les encantaban los perros, las músicas del mundo, los libros y

pensar en cosas un poco más profundas como el destino, si la vida era una sucesión de apuestas o la posibilidad de que los animales fueran más felices que las personas. Hablar con él le había resultado cómodo, inspirador, divertido y, bueno, para ser sincera, también muy *sexy*.

Además, a los dos los volvía locos todo lo italiano, especialmente los *lingüini*.

Por eso habían decidido encontrarse en La Piastra.

Damien le había mandado una foto suya por correo electrónico y Annie se había quedado boquiabierta. Había perdido la cabeza. Era un verdadero bombón de ojos azules, el pelo aclarado por el sol como el de un surfero, unos labios arrebatadores y sonrisa pícara. Sólo esperaba haberlo impresionado con su foto tanto como él a ella, porque Annie tenía la sensación de que hacían muy buena pareja.

Y ahora estaba a punto de conocerlo.

Llegaba seis minutos tarde, lo que, según Victoria y Mel, era el retraso perfecto.

El corazón estaba a punto de escapársele del pecho, así que respiró hondo varias veces mientras sus dos amigas le daban los últimos consejos.

—Acuérdate de no ser muy seria. Intenta relajarte y pasarlo bien.

—Pero no bebas mucho.

—Observa su lenguaje corporal. Si hace los mismos gestos que tú, es que la cosa va bien.

—La señal de alarma es si se cruza de brazos mientras estás hablando.

—O si empieza a intentar seducirte a lo bestia. Eso querría decir que sólo quiere sexo.

Annie meneó la cabeza para calmarlas. Sabía que su intención era buena, pero ella conocía a los hombres más de lo que creían sus amigas. Además, había un tipo de aspecto bastante conservador y con gafas a pocos metros de ellas que debía de estar oyendo la conversación. De hecho, había estado a punto de chocarse con un pilar de mármol por mirarlas.

Annie iba a sonreírle con gesto de comprensión cuando sonó el timbre del ascensor, anunciando que enseguida se abrirían las puertas.

—Acuérdate de que siempre tienes una escapada —le dijo Mel rápidamente—.

Tienes el teléfono a mano, ¿verdad?

—Sí.

—Muy bien. Estás guapísima, Annie.

—¡Despampanante!

—Gracias.
—Buena suerte.
—¡Vuelve loco a ese Damien!
Annie entró en el ascensor mientras sus amigas le tiraban besos y apretó el botón con el número veintisiete. Las puertas se cerraron dejando tras de sí las sonrisas y los buenos deseos de Mel y Victoria. El ascensor comenzó a ascender.
Annie sintió como si su estómago se quedara atrás. Dios.
Hizo unas comprobaciones de última hora en el espejo del ascensor. No se le veía el tirante del sujetador, ni se le marcaban las braguitas por el pantalón. El pintalabios aún seguía ahí. El pelo estaba bien.
¡Cling! Piso veintisiete.
Había llegado el momento.
Las puertas se abrieron y Annie pudo ver el enorme salón del restaurante. Así que aquello era La Piastra. Sintió una extraña punzada de nostalgia al compararlo con la agradable cafetería de Beryl, en Mirrabrook, con sus manteles de tela y las flores de plástico en cada mesa.
Era absurdo. Había viajado a Brisbane para alejarse de todo aquello y, sin embargo, ahora tenía nostalgia. Damien estaba allí, esperándola en alguna mesa.
«Dios, espero gustarle». Le temblaban las piernas, estaba tan nerviosa como el día que había llegado al internado por primera vez.
Un hombre alto y moreno, de aspecto italiano, se acercó a ella.
—Buenas noches, señora.
—Buenas noches.
—Bienvenida a La Piastra.
—Gracias —Annie sonrió fugazmente y el hombre se quedó callado, esperando que dijera algo más. ¿Qué se suponía que debía decir? Miró al comedor en busca de un hombre rubio—. Eh… creo que me están esperando.
—¿Tiene reserva?
—No.
El hombre frunció el ceño y ella se apresuró a explicarse mejor.
—Quiero decir que no fui yo la que hizo la reserva. Debo reunirme aquí con alguien, con la persona que hizo la reserva.
Qué horror, parecía uña pueblerina y estaba haciendo el ridículo.
—¿A qué nombre? —preguntó el caballero mirando un grueso libro.
—¿Quiere el nombre de mi acompañante?
Su interlocutor recibió aquella pregunta con un suspiro que daba a

entender que creía que Annie era una cabeza hueca.

—¿A qué nombre se hizo la reserva? —insistió con mayor detalle.

—Grainger —respondió Annie con repentina dignidad—. Damien Grainger.

Volvió a mirar el libro y Annie se vio de pronto atacada por el pánico. ¿Se habría equivocado? Quizá no fuera aquel restaurante… ¿O acaso se había equivocado de día, o de hora?

No, no podía ser. Había leído el correo de Damien cientos de veces.

Volvió a mirar a las mesas. Había creído que Damien estaría pendiente de verla entrar y que entonces se levantaría a recibirla con una enorme sonrisa en los labios.

Quizá no pudiera verla desde la mesa.

—Sí, aquí está —dijo por fin el caballero de aspecto italiano—. Mesa veintidós.

«Menos mal».

—Pero me temo que el señor Grainger aún no ha llegado.

«Vaya».

Era una tonta, pero lo cierto era que había dado por hecho que Damien llegaría puntual, o incluso antes de la hora.

—¿Prefiere esperarlo en la barra o en la mesa?

Annie miró a la barra; si lo esperaba allí, sentada sola, parecería una especie de premio.

—En la mesa.

Varias personas se volvieron a mirarla mientras cruzaba el salón tras el italiano.

En Mirrabrook todo el mundo le habría sonreído y saludado, pero allí simplemente la miraban sin sentimiento alguno. ¿Había algo raro en su aspecto? ¿Acaso sus vaqueros eran demasiado rosas?

Annie se sentó a la mesa y observó el estilo minimalista de todo lo que en ella había: dos manteles individuales negros, servilletas blancas, cubiertos plateados, copas de cristal y una sola vela negra sobre un platito blanco.

Muy urbano.

—¿Le apetecería una copa mientras espera? —le preguntó el italiano.

Annie intentó recordar el nombre del cóctel que le había pedido Mel la noche anterior. Era algo con zumo de arándanos.

—¿Quiere ver nuestra carta de vinos? —le preguntó el hombre al ver que dudaba.

—No, gracias. Creo que por ahora tomaré sólo agua.

—Por supuesto. ¿Con o sin gas?

«Dios mío». En el café de Beryl el agua era sencillamente agua,

nada más.

—Sin gas, por favor.

Annie suspiró, aliviada al quedarse sola, pero el alivio no duró mucho, pues enseguida se dio cuenta de que era la única persona sola en todo el salón.

«Los hombros hacia atrás, Annie, con dignidad. No te dejes vencer por un pequeño inconveniente».

Entonces apareció un guapo camarero con su botella de agua.

—Buenas noches. Soy Roberto y estaré encantado de atenderla —anunció con una enorme sonrisa.

Ella sonrió también.

—Yo soy Annie y estaré encantada de que me atienda.

La sonrisa de Roberto se hizo aún más grande y luminosa.

—¿Le gustaría ver nuestra carta?

—No, esperaré a mi… —dijo Annie, señalando la silla vacía.

—¿Amiga?

—No, en realidad es un hombre.

El camarero fingió estar decepcionado y luego se retiró.

Annie bebió un sorbo de agua, pero lo que en realidad deseaba era acercarse el vaso a las mejillas, que le ardían. Se dijo a sí misma que no pasaba nada porque Damien llegara tarde; seguramente había quedado atrapado en algún atasco y en cualquier momento saldría del ascensor y se disculparía por el retraso.

Contó hasta cien y luego tomó otro sorbo. Había contado hasta trescientos cuando se fijó en una pareja situada a varias mesas de ella. Estaban dados de la mano y se miraban a los ojos en actitud romántica.

De fondo se oía una triste música de guitarra.

Annie suspiró. ¿Cuántas horas se había pasado soñando con aquella cita? De lo que pensaría Damien de ella y ella de él. Le había preocupado decir algo inapropiado o descubrir que él tenía alguna costumbre que no le gustara. Había pensado mil maneras de asegurarse de que no estaba casado, ése había sido su mayor temor. Pero en ningún momento se había imaginado allí sola. Sin él.

Lo peor de todo era que, rodeada de gente en la gran ciudad, se sentía más sola de lo que jamás se había sentido en el Outback, donde lo único que tenía alrededor eran eucaliptos y montañas.

¿Dónde estaba Damien?

Quizá debería haberle dado su número de móvil, pero había querido ser cauta hasta que lo conociera personalmente. Se le pasó por la cabeza la idea de llamar a Mel y a Victoria en busca de un poco de apoyo, pero se resistió a la tentación.

No quería mirar el reloj, pero eso sí que no pudo evitarlo. Dios. Ya habían pasado veinticinco minutos. Quizá fuera una especie de estrategia masculina.

Damien había decidido hacerla esperar, y esperar…

Las mesas de alrededor ya habían empezado a cenar. Roberto volvió poco después y le preguntó si quería que le llevara algo de comer. Annie dijo que no, pero se fijó en que otros comensales la miraban con curiosidad.

«Dios, Damien. Seguramente no habrás podido evitarlo, pero esto es muy decepcionante».

¿Hasta cuándo se suponía que debía esperar?

En cuanto se marchó el camarero, Annie abrió su bolso nuevo y volvió a considerar la idea de llamar a sus amigas, pero aún no había agarrado el teléfono cuando vio que el hombre de aspecto italiano que la había recibido se acercaba. ¿Qué pasaba ahora? ¿Le diría que debía pedir algo de comer o si no marcharse?

—¿Señorita McKinnon? —le dijo en cuanto estuvo junto a su mesa.

—¿Sí? —sintió que se le encogía el estómago. ¿Cómo sabía su nombre?

—Hemos recibido una llamada… un mensaje del señor Grainger.

—¿Sí? —dijo de nuevo, sintiendo una extraña punzada en el pecho.

—Ha tenido que cancelar la cita.

¿Cancelar?

Annie tuvo la sensación de estar cayendo sin control desde lo alto del piso veintisiete. El suelo se acercaba a toda velocidad.

No era posible. Damien no podía estar haciéndole algo así.

—No —dijo casi sin voz—. No puede ser. Debe de haber un error.

El hombre apretó la mandíbula.

«No debí haber dicho eso».

Lo intentó de nuevo.

—¿Ha dicho el señor Grainger el motivo por el que no podía venir?

Debía de parecer destrozada, porque la expresión del italiano se suavizó un poco.

—Me temo que la persona que ha llamado no ha dado ninguna explicación.

Parece ser que llevaba un rato llamando, pero nuestra línea comunicaba. Ha dicho que espera que usted lo comprenda.

¿Comprenderlo? No, no lo comprendía, no comprendía nada. Annie se sintió tan mal de pronto que temió ponerse a vomitar allí mismo.

—¿No le dijo nada? ¿Está seguro de que no explicó… nada?

El hombre suspiró y negó con la cabeza, como si aquello le resultara cansado.

—¿Cuánto le debo? —preguntó por fin Annie.

—Nada, y aún puede cenar. La persona que llamó dijo que estaría encantado de pagar su cena.

¿La persona que llamó? Aquello no tenía ningún sentido.

—¿El que ha llamado no era Damien Grainger?

—No, era el tío del señor Grainger.

¿Su tío? Aquello era una locura. ¿Dónde estaba Damien? ¿Por qué no había llamado él? ¿Le habría pasado algo? Claro, tenía que ser eso. Quizá había caído enfermo de pronto y le había pedido a su tío que la llamara.

—¿Quiere que le traigan la carta?

Annie negó con la cabeza. Tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar y aún más comer, así que se puso en pie y se dirigió a la salida. Aquél era el peor momento de su vida.

Respiró hondo antes de comenzar a andar. Pasó entre las mesas, consciente de las miradas de los presentes, pero con la cabeza bien alta, la espalda recta y la mirada clavada al frente.

Hasta que se encontró en el interior del ascensor no se dejó llevar por la tristeza que sentía. Se derrumbó sobre la pared y comenzó a sollozar. No podía soportar la decepción, la humillación.

Mientras seguía bajando, consiguió sacar el teléfono y llamar a Mel, pero apenas podía hablar.

—Annie, ¿dónde estás?

—En el ascensor del Pinnacle.

—¿Por qué? ¿Te vas?

—Sí.

—Madre mía, ¿qué ha pasado?

—¡Nada! ¿Dónde estáis?

—A un par de calles de ahí —respondió Mel a gritos, para que pudiera oírla a pesar de la música, y así le explicó dónde estaba el club en el que se encontraban.

—Quedaos ahí, por favor. Voy para allá.

—No nos moveremos.

Theo Grainger esperaba en el vestíbulo del hotel Pinnacle, observando las luces que indicaban el descenso del ascensor desde el piso veintisiete. Aquellas puertas se abrirían muy pronto y tras ellas aparecería Annie McKinnon.

Algo parecido a la aprensión le comprimió los músculos de la

garganta al imaginar las lágrimas que tendría en los ojos. Estaría destrozada, con el corazón roto por la desilusión.

Se maldijo a sí mismo por haber llevado tan mal la situación. El cobarde de su sobrino había sido el principal causante, pero Theo había contribuido a que la noche fuera un completo desastre. Aún no comprendía cómo había podido estropear las cosas de ese modo. Había acudido al hotel con la mejor de las intenciones. Su plan era hablar con la joven y disculparse en nombre de su sobrino por anular la cita.

Quería pedirle disculpas antes de que se dirigiera a La Piastra.

Theo confiaba en su amabilidad y en sus encantos para conseguir que la joven disculpara a Damien y se marchara de allí con la dignidad intacta, aunque le hubieran roto el corazón. No era la primera vez que acudía a intentar arreglar lo que su sobrino destrozaba.

Pero Theo no estaba preparado para encontrarse con alguien como Annie McKinnon.

No había imaginado que vería aquella dulce emoción en su rostro. Había llegado al Pinnacle con toda su juventud y su inocencia, ¡y tan llena de esperanzas!

Tampoco había estado preparado para sus dos acompañantes.

Un hombre solo no podía enfrentarse a tres muchachas emocionadas y darles la mala noticia de que la cita no iba a tener lugar.

En el futuro tendría que asegurarse de que Damien se enfrentaba a las consecuencias de su caprichoso comportamiento; lo haría aunque tuviera que arrastrarlo del cuello hasta la escena del crimen.

Pero aquella noche Theo había metido la pata y por eso se había sentido obligado a esperar a que Annie McKinnon bajara del restaurante y asegurarse de que estaba bien.

La luz del ascensor anunció que ya había llegado al vestíbulo. Theo se quedó a un lado con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Llevaba un pañuelo limpio que seguramente sería de utilidad para que la joven se secara las lágrimas.

Las puertas se abrieron por fin. Theo contuvo la respiración a la espera de ver el rostro compungido de Annie.

Pero no fue así.

Annie salió del ascensor con la cabeza bien alta, pálida pero llena de dignidad, casi altiva. Ni rastro de lágrimas, sus preciosos ojos azules estaban secos y en sus labios había algo parecido a una sonrisa. Parecido.

Si no la hubiera observado con tanta atención, Theo no se habría

dado cuenta del ligero temblor de su barbilla y del cuidado excesivo con el que caminaba, como si apenas tuviera fuerzas para hacerlo.

Pero la valentía de la joven lo dejó atónito y sintió una profunda admiración hacia ella. Se quedó inmóvil mientras ella cruzaba el vestíbulo y salía del hotel. No tenía ningún sentido, pero lo cierto era que la joven parecía más fuerte de lo que él se sentía.

Por fin reaccionó y salió tras ella.

—¡Annie!

Ella no lo oyó, siguió caminando calle abajo con gesto imperturbable y él siguió mirándola. ¿Qué demonios habría hecho si lo hubiera oído? ¿Ofrecerle un café y consuelo?

Era evidente que Annie no necesitaba ninguna de las dos cosas.

Así pues, Theo se detuvo y vio cómo la joven entraba a un club y desaparecía de su vista. No recordaba la última vez que se había sentido tan inútil.

—¡Ese tipo es un cretino!

—Un tremendo cretino.

Mel y Victoria estaban hechas una furia y Annie nunca se había alegrado tanto de ver a sus amigas.

Las tres juntas ahogaron las penas en daiquiris de fresa mientras seguían soltando vituperios contra Damien. El problema era que, a pesar de la rabia, Annie seguía deseando amar a Damien. No podía olvidarse de todas sus fantasías y quería creer que Damien estaba enfermo e indefenso en algún lugar. Quizá realmente no había podido acudir a la cita.

—Puede que esté enfermo —dijo, con anhelo.

—Sí, claro —respondió Victoria—. Es tan probable como que lo haya atropellado un autobús.

—O quizá se ha visto obligado a huir del país —añadió Mel con ironía—.

Vamos, Annie, acéptalo. Si hubiera tenido una excusa medianamente honesta, se habría asegurado de que lo supieras y pudieras perdonarlo.

Annie suspiró.

—Supongo que tenéis razón… es que no quiero creerlo.

Era muy doloroso renunciar a todos sus sueños. Sólo quería hacerse un ovillo y llorar sin parar.

—Lo peor es que no sólo es un cretino —dijo entonces Mel—, además es tan cobarde que ha tenido que hacerse pasar por otro.

—¿Qué quieres decir?

—Te apuesto lo que quieras a que ese tío que se supone que dejó el mensaje ni siquiera existe.

La idea de que hubiera sido Damien el que había llamado fingiendo que era otra persona hizo que Annie se sintiera aún peor.

Victoria le puso la mano en el hombro.

—Olvídate de todo esto y vamos a tomarnos otra copa.

Annie asintió con tristeza. No era de las que se emborrachaba para olvidar, pero lo cierto era que la idea le resultaba tentadora. El problema era que sabía que eso sólo haría desaparecer el dolor durante unas horas, pero al día siguiente seguiría ahí.

Tendría que estar toda la semana en Brisbane. Sin Damien.

—Creo que prefiero volver a vuestra casa y mandarle a ese cretino un buen *e-mail* —dijo.

—Buena idea —respondió Mel—. Vamos a casa para que Damien reciba un correo que no olvidará jamás. Vamos a asegurarnos de que se dé cuenta de lo despreciable y rastrero que es.

—Un tipo que hace algo así no se preocupará de lo que piensen sus víctimas — supuso Victoria con gesto sombrío.

Pero Mel estaba decidida.

—No importa. Annie se sentirá mejor después de decirle un par de cosas.

Capítulo 2

Annie no paraba de dar vueltas en el viejo sofá del salón de Mel. Aquélla era la peor noche de su vida, una noche en la que todo parecía indicar que no conseguiría conciliar el sueño.

Después de escribir juntas el *e-mail* para Damien, Mel y Victoria se habían retirado a sus dormitorios, donde dormían plácidamente. Annie se había quedado sola ante la larga noche. La satisfacción que había sentido al lanzar el correo electrónico al ciberespacio no había tardado en evaporarse.

En la burbuja de oscuridad y silencio en la que se encontraba se dijo a sí misma que aquella noche había sido el mayor fracaso de la historia de las citas. Ahora que estaba sola podía admitir que estaba completamente destrozada, herida hasta el fondo de su alma, decepcionada a más no poder. Y enfadada. Y llena de rabia.

Su glorioso romance había acabado antes siquiera de empezar.

¿Cómo era posible que Damien le hubiera hecho algo así? ¿Cómo había podido pasarse tantas semanas cortejándola por escrito para luego abandonarla de ese modo en el momento clave?

¿Por qué? ¿Qué había ocurrido? ¿Acaso Annie había sido demasiado lanzada al sugerirle que se conocieran? ¿Debería haber esperado a que fuera él el que sacara el tema? Pero lo cierto era que Damien no se había mostrado más cauto, ni parecía haber tenido la menor duda a la hora de aceptar una cita.

No tenía ningún sentido que no hubiera aparecido, por eso Annie no podía dejar de pensar que tenía que haber habido algo que le impidiera acudir a La Piastra.

Pero, si había sido así, no le haría ninguna gracia recibir el *mail* que Mel y Victoria le habían animado a mandarle.

¡Dios!

Tenía la sensación de que habían pasado horas y horas de agonía cuando se dio media vuelta y miró al techo del salón. La casa seguía completamente a oscuras, pero se oía el tráfico de una carretera que pasaba cerca. Con el ruido de los coches de fondo, Annie sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, lágrimas de nostalgia.

En el rancho el día empezaba en cuanto el sol se asomaba por la sierra de Seaview y *Lavender*, su perra collie, la despertaba. Habría dado cualquier cosa por sentir la reconfortante presencia de *Lavender*. En Southern Cross, eran las urracas y los *kookaburras* y no los coches los que anunciaban el comienzo del día.

Pensar en el rancho y en sus hermanos gemelos, Reid y Kane, hizo que se sintiera culpable por haberse marchado de repente sin darles

mayor explicación que la que les había dejado en una nota mientras ellos reunían el ganado.

Annie había tenido miedo de que censuraran sus planes, por eso no les había dado ningún detalle.

Ella misma había tratado de justificarse, convenciéndose de que, además del impulso de conocer a su *ciber-enamorado*, necesitaba urgentemente unas vacaciones.

Pero sabía que normalmente la gente planeaba sus vacaciones, no salía corriendo dejando una nota a su familia.

Seguramente no habría sido necesario que fuera tan misteriosa; podría haberles hablado a sus hermanos, o al menos a uno de ellos, del hombre que había conocido por Internet. Pero, como siempre eran tan protectores con ella, Annie había optado por mandar una carta al *Mirrabrook Star*, a la columna «Pregúntale a la tía».

¡Cuánto habría deseado que su madre no estuviera tan lejos, en Escocia…!

Mientras esperaba que llegara la mañana, casi llegó a desear que sus hermanos le hubieran impedido ir a la ciudad.

—Te han contestado —anunció Mel cuando Annie estaba preparando el desayuno algunas horas después—. Ten, te he impreso el *e-mail*.

Annie sintió una punzada en el pecho. Ahora ya no podría huir de la verdad.

Estaba a punto de descubrir la razón por la que Damien no había acudido a la cita.

—Es de su tío —dijo Mel al tiempo que le daba el papel.

—¿Su tío? —repitió Annie con profunda decepción—. ¿No es de Damien?

—Me temo que no.

Mel se apartó del microondas, donde se estaba calentando un vaso de leche.

—¿Entonces realmente existe?

—Eso parece.

—¿Quieres decir que un tío leyó el correo que enviamos anoche? —gruñó Annie.

—Supongo.

—Qué vergüenza, con lo groseras que fuimos —murmuró Annie—. Jamás habría imaginado que fuera a leerlo otra persona. Deberíamos haber sido más suaves.

—No sufras —intervino Victoria—. En realidad, sólo estábamos

siendo sinceras; nos limitamos a decirle lo que es.

—Sí… ¡pero resulta que lo ha leído un viejo tío suyo y no él!

Annie cerró los ojos horrorizada al imaginarse a un dulce anciano leyendo aquel *e-mail* que la noche anterior le había parecido perfectamente justo y feminista.

Sin embargo, ahora que lo pensaba…

Dios…

Bajó la mirada al papel temiéndose lo peor.

***

De: T. G. Grainger Para: anniem@mymail.com Enviado el: lunes, 14 de noviembre 6:05

a.m. Asunto: Re: ¡Será mejor que tengas una magnífica excusa, cretino!

Querida Annie M:

Espero que no le importe que responda a su mensaje, pero mi sobrino estará toda la semana fuera de la ciudad y me ha pedido que conteste a cualquier correo importante. Creo que el suyo es de la máxima importancia. Lamento tener que entrometerme en un asunto tan personal, pero me parece que usted merece recibir una respuesta lo antes posible.

Acepte, por favor, mis más sinceras disculpas por la desagradable experiencia que sufrió anoche por culpa de la inexcusable desconsideración de mi sobrino.

Damien tuvo que marcharse de improviso y fui yo el que llamó al restaurante La Piastra en su nombre. No obstante, quiero que sepa que comprendo su malestar y que lamento profundamente los malos modales de mi sobrino. Tiene toda la razón; merece que le dé una explicación y yo mismo voy a asegurarme de que se ponga en contacto con usted en cuanto regrese.

Hasta entonces, confío en que pueda disfrutar del tiempo que aún le queda en Brisbane.

Atentamente, Doctor Theo Grainger.

Annie dejó el papel sobre la mesa.

—Dios mío. Damien tuvo que marcharse de improviso.

—Sí, claro —se burló Mel.

—¿No crees que sea verdad?

Las dos muchachas respondieron a su pregunta con un silencio muy elocuente.

Después de unos segundos, Victoria se acercó a mirar el papel y analizó el contenido.

—Desde luego, el tío es un genio de las palabras, ¿no os parece?

Annie asintió con tristeza.

—Sí, supongo que «inexcusable desconsideración» es una manera más fina de decir que su sobrino es un despreciable rastrero.

Mel sonrió.

—A mí me gusta más cómo lo describimos nosotras.

—Por supuesto —convino Victoria—. El lenguaje claro y descriptivo no tiene nada de malo.

Annie esbozó una breve sonrisa.

—Claro —dijo entonces Victoria, señalando el final del correo electrónico—. El tío es doctor, por eso escribe también.

—Pero no es doctor en Medicina —dijo Mel. Annie y Victoria la miraron de inmediato.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntaron las dos a la vez.

—Porque el doctor Theo Grainger fue mi profesor de Filosofía en la universidad; no es un nombre muy común, así que supongo que es el mismo.

—¿Tú estudiaste Filosofía? —preguntó Annie, boquiabierta.

—Sólo un año, en primero de universidad. Yo no continué, pero la verdad es que Theo Grainger era muy buen profesor. Sus clases siempre estaban llenas.

Para Annie sólo la palabra «filosofía» sonaba ya a algo elevado e inteligente, por eso le resultaba increíble que una muchacha tan normal como su amiga Mel lo hubiera estudiado en la universidad.

En ese momento Victoria echó un vistazo al reloj de la cocina y se dio cuenta de que tenían que salir volando si no querían llegar tarde al trabajo. Annie les dijo que no se preocuparan por recoger los platos del desayuno porque podía encargarse ella.

Se le pasó por la cabeza que, si seguía allí más tiempo, pronto sería como en su casa.

En el rancho, Kane y Reid hacían todo el trabajo al aire libre y Annie era la responsable de la cocina, la limpieza y la contabilidad del rancho. Una especie de Cenicienta del Outback. Ésa era una de las razones por las que había querido alejarse de allí, por eso no le hacía ninguna gracia pensar que pudiera acabar siendo también la Cenicienta de Brisbane. Una Cenicienta decepcionada y con el corazón roto.

¿Qué opciones tenía? Podría responder al *e-mail* del doctor Grainger y presionarlo para que le dijera cuándo volvería Damien, pero lo cierto era que cada vez confiaba menos en Internet como escenario de una comunicación sincera.

Volvió a mirar el correo electrónico. Los filósofos eran personas

inteligentes y sensatas. Lástima que a Damien no se le hubiera pegado nada de su tío. De hecho, era sorprendente que el doctor Grainger no la hubiera reprendido por su falta de sentido común, pues sin duda un hombre como él vería con muy malos ojos a una chica que se desplazaba desde las remotas tierras del Outback y esperaba que una cita a ciegas cumpliera sus estúpidas fantasías. En realidad, Theo Grainger no había dicho nada negativo sobre ella; se había mostrado sorprendentemente comprensivo.

Quizá hubiera algo más, algo que el tío comprendía. Quizá, si hablaba algo más con él, conseguiría resolver el misterio. Sería mejor verlo cara a cara y dejarse de correos electrónicos. Ése era el estilo de los McKinnon, enfrentarse al enemigo para saber con quién trataban.

¿Cómo demonios se enfrentaba una a un filósofo?

Una vez tomada la decisión, Annie fue a preguntarle a Mel en qué universidad trabajaba el doctor Grainger. Mel frunció el ceño y dejó de maquillarse para mirar a su amiga en el reflejo del espejo del baño.

—En la de Queensland, en St. Lucía. ¿Por qué?

—Siempre he sentido curiosidad por la Filosofía y se me ha ocurrido que, ahora que tengo tiempo libre, estaría bien acudir a una clase como oyente. ¿Se puede hacer eso?

—Sí, pero… —Mel se volvió a mirarla directamente—. ¿No crees que sería mejor irte olvidando de Damien? Ya sabes eso de que hay otros peces en el mar. Yo podría presentarte a alguien…

—No se trata sólo de Damien —se apresuró a decir Annie—. Lo hago por mí misma, necesito saberlo ya; no puedo quedarme esperando hasta que Damien decida volver a la ciudad.

—Haz lo que quieras, Annie —dijo su amiga, encogiéndose de hombros cuando Victoria la esperaba ya en la puerta—. Puede que ni siquiera lo encuentres; las clases ya habrán terminado, sólo quedan los exámenes —de camino a la puerta del apartamento, Mel se volvió a decirle—: Yo en tu lugar, me iría de compras.

—No, gracias —respondió Annie con tranquilidad.

Cuando llamaron a la puerta, Theo estaba inmerso en un montón de trabajos que debía corregir, por lo que saludó sin siquiera levantar la vista.

—¿Doctor Grainger?

Había dado por sentado que sería la secretaria del departamento, pero aquélla no era la voz de Lillian; era de alguien más joven, seguramente alguna estudiante, aterrada por los próximos exámenes.

No se molestó en levantar la cabeza.

—¿Está citada? —preguntó en tono algo hosco.

—No.

—A estas alturas del curso, debería saber que no veo a nadie con quien no esté citado. Apunte su nombre en el tablón —dijo y volvió a concentrarse en el trabajo que estaba corrigiendo.

—Muy bien, pero… ¿dónde está el tablón?

Theo levantó la cabeza y lanzó una mirada de impaciencia a aquella muchacha que parecía empeñada en distraerlo.

—¿Cuánto tiempo lleva estudiando aquí?

—Nada —la joven esbozó una sonrisa de disculpa—. Es que no soy estudiante.

La sorpresa que se llevó al reconocerla fue como una descarga eléctrica.

«Annie McKinnon».

Estuvo a punto de decir su nombre en voz alta. Lo último que quería era que se diera cuenta de que la había visto antes, que la noche anterior había estado observándola… prácticamente espiándola.

Se puso en pie muy despacio.

—Creo que no he oído cómo se llama —le dijo Theo.

—No he llegado a decírselo. Debo de estar nerviosa. Casi me da vergüenza admitirlo, pero soy Annie McKinnon —dijo con una mueca —. Usted respondió a un *e-mail* que le envié a su sobrino, Damien.

—Ah, sí —Theo sabía que no estaba bien hacerlo, pero no pudo evitar mirar a Annie de arriba abajo. Lógicamente, ella se incomodó —. Vaya, así que tengo el placer de conocer a la joven que escribe con tanta franqueza.

—Lo siento, doctor Grainger. De haber sabido que sería usted el que iba a leer el correo, mis amigas y yo no habríamos sido tan… francas.

—Ya lo supongo —Theo aún tenía en la mano el rotulador con el que había estado corrigiendo. En ese momento le colocó la tapa y lo dejó cuidadosamente sobre la mesa. Cuando volvió a mirar a Annie tuvo la sensación de que ella lo había estado observando fijamente—. ¿Y para qué quería verme? —le preguntó con una suave sonrisa.

—Quería pedirle disculpas —respondió ella, sonriendo también.

—No creo que tenga motivos para hacerlo.

—Bueno, también quería saber la verdad.

—¿La verdad?

—Sobre Damien.

Sus miradas se encontraron y ella dejó de sonreír. Tenía los ojos de un color azul claro que recordaba a un cielo de verano que se reflejaba en el agua. Theo vio sinceridad en su mirada y pensó que debía de ser

una cualidad que caracterizaba a Annie McKinnon.

—Necesito saber si es verdad que Damien tuvo que marcharse de la ciudad — declaró, con la espalda erguida como un soldado—, o si, sencillamente, no quería verme.

Theo se aclaró la garganta. Después de verla la noche anterior, debería haber sabido que no se rendiría fácilmente.

—A lo mejor deberíamos hablar de esto en otra parte —dijo al tiempo que miraba la hora—. Permítame que la invite a un café.

—Gracias —respondió ella con voz cálida—. Me parece una estupenda idea.

Theo no estuvo tan seguro de ello al ver la sonrisa que apareció en el rostro de la joven. Agarró la americana a pesar de que era un cálido día de noviembre, pero la prenda hizo que se sintiera protegido. Por algún motivo, tenía la sensación de que la presencia de Annie McKinnon exigía protección.

Al pasar por la recepción del departamento de Filosofía, Lillian levantó la mirada de su mesa. Annie sonrió.

—Lo encontré —le dijo alegremente.

La secretaria sonrió también y luego miró a Theo sin esconder su curiosidad, pero Theo caminó más rápido, impaciente por sacar del edificio cuanto antes a la chica que su sobrino había dejado abandonada.

Annie se quedó maravillada al cruzar el campus de la Universidad de Queensland. Los magníficos edificios de piedra estaban rodeados de enormes extensiones de césped. Prácticamente se respiraba la sabiduría que flotaba en el aire. ¿Quién podría no aprender y cultivarse en un entorno tan inspirador?

—¿Esta gente es consciente de la suerte que tienen de estar aquí? —le preguntó mientras veía pasar a los estudiantes.

—Me temo que muchos no lo son —respondió Theo con una sonrisa y luego se volvió a mirarla—. ¿Deduzco que usted no tuvo oportunidad de ir a la universidad?

—Tenía intención de hacerlo al salir del internado en el que estudié, pero entonces murió mi padre y las cosas en casa se complicaron bastante. Vivo en una explotación ganadera en el norte de Queensland. Me quedé allí un año y después de eso todo el mundo dio por hecho que me quedaría indefinidamente.

—¿Pero ése no era su plan?

—Al principio no me importó, pero la verdad es que estos últimos años he empezado a impacientarme.

—Nunca es tarde para estudiar.

—Eso creo yo. Con veinticuatro años aún soy joven, ¿no cree?

—Muy joven.

El tono ambiguo de su respuesta dejó a Annie algo desconcertada.

Enseguida llegaron a una cafetería con un frondoso jardín en el que se sentaron, en una zona apartada de los ruidosos estudiantes. Tanto Theo como Annie abrieron su sobrecito de azúcar, echaron la mitad al café y dejaron la otra mitad en los platitos.

—Podríamos haber abierto un solo sobre —dijo Annie, riéndose.

Theo la miró sorprendido y luego sonrió como si no supiera muy bien qué debía hacer en aquella situación. Bueno, ya eran dos, porque Annie se sentía muy insegura ante el tío de Damien, que no era en absoluto lo que ella esperaba.

Se había imaginado a una especie de sabio despistado, un hombre de unos cincuenta años, vestido con ropa arrugada, el pelo despeinado y gesto de pocos amigos. Al principio se había mostrado algo malhumorado ante la interrupción, pero rápidamente había sustituido el malhumor por amabilidad.

No debía de ser mayor que sus hermanos, lo que quería decir que tendría treinta y tantos años. En cuanto a su aspecto, tanto su ropa como su peinado eran impecables; pelo oscuro, perfectamente cortado, camisa azul y pantalones de color tierra.

Era alto y parecía cuidar su estado físico. Las gafas de montura oscura le daban a sus ojos castaños un aire intelectual, pero en absoluto empañaban su imagen.

Pero no podía olvidarse de que era filósofo y profesor de universidad. Aunque lo cierto era que no esperaba que alguien tan inteligente tuviera un aspecto tan normal. De hecho, era muy atractivo, pero muy distinto a los hombres que solía conocer en el Outback.

Claro que quizá no debería haberle sorprendido su aspecto, teniendo en cuenta que era pariente de Damien. Al pensar en Damien recordó por qué estaba allí.

—Ha sido muy amable al dejar de trabajar para poder hablar conmigo —le dijo después de dar un sorbo al café—. Seguramente crea que estoy loca por concertar una cita por Internet.

—Si usted está loca por eso, también lo están miles de personas —respondió él con gesto comprensivo—. Conocer gente por Internet es cada vez más habitual.

—Gracias. Eso me hace sentir algo mejor.

—Lo que siento es que hiciera un viaje tan largo y que Damien la decepcionara.

—Tengo derecho a estar decepcionada, ¿verdad?

—Todo el mundo tiene derecho a sentir lo que siente, sea lo que sea.

Annie lo miró frunciendo el ceño.

—Tengo la horrible sensación de que va a empezar a filosofar y no voy a poder seguirlo. ¿Puede decirme directamente si Damien está evitándome?

El doctor Grainger suspiró y clavó la mirada en su café.

—No estoy seguro.

—Pero algo debe de saber.

Al oír eso la miró esbozando una sonrisa.

—¿Alguna vez ha pensado en hacerse abogada, señorita McKinnon?

—¿Por qué?

—Tiene una manera muy directa e inquietante de preguntar. No creo que nadie sea capaz de mentirle.

—Me alegro de que piense eso —dijo ella rápidamente. Entonces lo miró a los ojos y estuvo a punto de olvidar lo que iba a decir—. ¿Quiere eso decir que a partir de ahora va a llamarme Annie y a decirme la verdad? Damien es un cretino, ¿verdad?

—Si ya lo ha decidido, no creo que necesite que yo le responda —hizo una pausa antes de añadir—: Annie.

Al oírle pronunciar su nombre con aquella voz profunda y educada, Annie sintió un incomprensible escalofrío. Era como si le hubiera susurrado algo muy importante al oído. Fue una sensación tan intensa que tuvo que cerrar los ojos por un momento. Cuando volvió a abrirlos, Theo Grainger la observaba y pudo ver una extraña tensión en su rostro.

—Por favor —le dijo Annie suavemente—. No juegue conmigo. Dígamelo sinceramente para que pueda olvidarme de todo esto.

El profesor respiró hondo y echó a un lado la taza de café que aún no se había terminado.

—La verdad es que no sé los motivos exactos por los que Damien se ha ido de la ciudad, pero me temo que no quería acudir a la cita. Mi sobrino no tiene muy buen historial. Tiene tendencia a gastar bromas y ha molestado a bastante gente de un modo u otro.

—Comprendo —dijo Annie y tomó un trago de café.

—Espero que no esté muy dolida.

Curiosamente, no estaba tan enfadada como habría imaginado. No le había sorprendido oír que había sido víctima de una broma; más bien había sido la confirmación de algo que ya sospechaba.

—Doctor Grainger, puedo asegurarle que hace falta algo mucho

peor para que me sienta dolida.

Por un momento, Theo Grainger pareció sorprendido.

—Es un alivio.

Sin embargo, no parecía muy aliviado cuando dirigió la mirada al río Brisbane.

—En realidad, hay algo que sí que me molesta de verdad —anunció Annie después de un breve silencio.

—¿De qué se trata?

—No voy a poder conocer a *Basil*.

—¿A *Basil*? —repitió Grainger mirándola a los ojos.

—El perro de Damien. Su dálmata.

—¿Fue eso lo que le dijo? ¿Que tiene un perro dálmata que se llama *Basil*?

—Sí —Annie se inclinó hacia él para explicárselo—. Es uno de los motivos por los que conectamos. A mí me encantan los perros. Damien y yo bromeábamos sobre lo divertido que sería que mi perra, *Lavender*, se enamorara de *Basil*. Sé que suena estúpido, pero nos hacía gracia.

Theo esbozó una sonrisa, pero luego arrugó el entrecejo y meneó la cabeza.

—No me diga que eso también es mentira. No soportaría saber que *Basil* no existe.

—No se preocupe, *Basil* existe —dijo con voz tranquila—. Pero es mi perro.

Capítulo 3

—¿Cuánto se tarda en ir andando hasta el puente Goodwill? —preguntó Annie a Mel mientras ambas estaban en el cuarto de baño, preparándose para irse a la cama.

—Alrededor de media hora. ¿Por qué?

—Quiero poner el despertador.

—¿Vas a ir andando hasta el puente Goodwill mañana por la mañana?

—Sí.

—¿Por qué demonios vas a hacer eso?

—Quiero dar un paseo por el río.

—Pensé que habías venido a Brisbane a divertirte, no a hacer deporte.

—Un poco de deporte no me vendrá mal —dijo Annie encogiéndose de hombros, y acto seguido se dio media vuelta para marcharse.

—Espera un momento —le pidió Mel, secándose las manos a toda prisa.

Annie se detuvo en el pasillo sin demasiadas ganas, pues esperaba poder librarse de las preguntas de su amiga, pero Mel no tardó en alcanzarla.

—Llegó el momento de la confesión. No has venido a Brisbane a ponerte en forma, así que dime a quién vas a ver en el puente Goodwill.

Annie suspiró exageradamente.

—A un perro. Un perro dálmata llamado *Basil*.

—Ya —Mel miró al techo con resignación—. ¿Y ese *Basil* te esperará solo? ¿No irá acompañado, casualmente, por un atractivo profesor al que has conocido hoy?

—Sí, Theo también estará ahí —murmuró Annie.

—¿Quién?

—Theo.

—¿Theo? —repitió Mel levantando la voz—. ¿Te refieres al doctor Theo Grainger?

—Sí. Ya te he dicho que hablé con él esta mañana… Me invitó a conocer a su perro.

Mel se dejó caer sobre la pared del pasillo y soltó una carcajada.

—¿Qué es lo que te parece tan gracioso? Ya sabes que me vuelven loca los perros.

—Sí, claro, Annie. Estás loca por el perro de Theo Grainger, a diferencia de la mitad de los estudiantes de Filosofía de la Universidad

de Queensland, que están locos, o más bien locas, por el doctor Theo. Pero tengo entendido que ninguna de ellas consigue nada —siguió diciendo a pesar del gesto de sorpresa de Annie—. Parece ser que tiene por norma no salir con sus alumnas.

—Mejor para él.

—Lo que no entiendo es cómo conseguiste esa cita.

—Por el amor de Dios, Mel. Voy a acompañarlo a pasear al perro, no es una cita.

—¿No? —preguntó Mel sonriendo con malicia—. Eso es como decir que un masaje en los pies no tiene nada que ver con el sexo.

Para su vergüenza, Annie no pudo mirar a su amiga a los ojos.

—Bueno, no te preocupes —dijo Mel después de un silencio—. Cruzaremos los dedos para que la imbecilidad de Damien no le venga de familia.

Las decisiones impulsivas tenían a menudo consecuencias desagradables, se recordó Theo a la mañana siguiente mientras esperaba junto al puente Goodwill.

Sospechaba que había sido un error dejarse llevar por el impulso de invitar a Annie McKinnon a pasear a *Basil*, pero trató de convencerse de que se había sentido obligado para tratar de compensar lo mal que la había tratado su sobrino.

Tras casi una década como profesor universitario, Theo conocía bien los riesgos de ofrecer cualquier tipo de amistad a una joven atractiva. Así pues, tendría que recordar esos riesgos a cada instante y mantener las distancias. Por el momento, había hecho bien en dejar que encontrara el lugar ella sola, aunque ahora empezaba a preguntarse si no se habría perdido.

Apenas se le había pasado por la cabeza la idea cuando vio una mano que lo saludaba de lejos.

Annie.

—Espero no llegar muy tarde —dijo, casi jadeando, como si hubiera ido corriendo.

—En absoluto.

Entonces se puso de rodillas para dedicar toda su atención al perro.

—Hola, *Basil*. Eres precioso. Vi tus manchas blancas y negras a una manzana de distancia.

Mientras acariciaba al perro, Theo intentó no fijarse en cómo le brillaba el pelo bajo el sol, o en lo esbelta que estaba con aquellos pantalones cortos y el suéter sin mangas.

—Bueno —dijo poniéndose en pie de un salto—. ¿Hacia dónde

vamos?

—Vamos a cruzar el río. ¿Preparada?

—Claro —respondió sin dudarlo, y comenzaron a atravesar el puente peatonal—. Oye, Theo, lo que tiene escrito tu camiseta está en italiano, ¿no?

Definitivamente, tenía una manera muy inquietante de preguntar las cosas.

—Sí —dijo Theo mirando la frase que llevaba impresa la camiseta —. Es un anuncio de café.

—¿Sabes lo que dice?

—Algo así como… «Para gente a la que le importa qué café bebe».

Parecía exageradamente impresionada.

—¿Has estado en Italia?

—Sí, muchas veces.

—Vaya, yo daría cualquier cosa por conocer Roma, Venecia o Florencia. He leído muchísimo sobre esas ciudades y me fascinan las fotografías que he visto.

—Italia es un país muy bonito. Creo que es mi país europeo preferido.

—¿De verdad?

Theo no entendía por qué, pero lo cierto es que Annie parecía desconcertada.

—¿Qué ocurre?

—Nada, es que también es el país preferido de Damien.

—¡Pero si él nunca ha estado en Italia!

Ella se detuvo en seco y lo mismo hizo Theo al darse cuenta.

—Es extraño —dijo Annie—. ¿Crees que Damien fingía ser otra persona, alguien como tú?

—No sé por qué habría de hacer eso. ¿Qué te hace pensar tal cosa? ¿Por lo del perro y por Italia?

—No es sólo eso —se volvió a mirar hacia el río antes de continuar —. También solía hablarme de Filosofía.

Theo se echó a reír.

—Damien no sabe absolutamente nada sobre Filosofía.

—No era ésa la impresión que daba —se volvió hacia él de nuevo y sonrió con inocencia—. Claro que yo no habría sabido decir si se lo inventaba todo. Para mí, la frase de Escarlata O'Hará en *Lo que el viento se llevó*, «Mañana será otro día», podría ser Filosofía.

—Y no estarías muy alejada.

Pero Annie meneó la cabeza.

—Empiezo a sentirme muy tonta con todo esto. No puedo creer que todo lo que me gustaba de Damien fuera mentira.

«No era mentira», pensó Theo. «Era sobre mí».

Annie parecía preocupada y, cuando Theo la miró, ella se mordió el labio inferior y se le sonrojaron las mejillas. ¿Habría pensado lo mismo que él? Iba a estrangular a Damien en cuanto volviera.

—Tengo que dejar de hablar de Damien —resolvió Annie encogiéndose de hombros—. Ya me he olvidado de él. Sigamos caminando, no quiero retrasarte.

Continuaron paseando y la mirada de Annie parecía no dar abasto con todo lo que quería ver. Era como si nunca hubiera visto nada tan emocionante. Había mostrado el mismo entusiasmo el día anterior en el campus y Theo tuvo que reprimir la idea de que las inteligentes mujeres con las que había salido en los últimos años no eran más que un montón de *snobs*, hastiadas de todo.

—¡Mira eso! —exclamó Annie de pronto—. ¡Qué preciosidad de edificio!

—Sí, pertenece al Ayuntamiento de la zona sur de Brisbane. Es muy Victoriano.

—Está completamente fuera de lugar, pero es maravilloso —dijo ella—. Seguro que detesta todos esos edificios modernos de aluminio y cristal.

—Igual que los habría detestado la vieja reina.

—¡Exacto! —Annie se echó a reír y, de repente, sin previo aviso, levantó los brazos hacia el cielo y exclamó—: ¡Me encanta esta ciudad!

Y al diablo con la decisión de Theo de mantenerse distante.

—¿Te apetece ir a desayunar a algún lado? —le preguntó a Annie.

¿Desayunar? Annie intentó ocultar su sorpresa, pero también Theo parecía sorprendido por su propia pregunta. Quizá se había dado cuenta de que añadir un desayuno a un paseo por el río convertía la ocasión en algo muy parecido a una cita.

O quizá se había arrepentido nada más decirlo.

Annie consideró la idea de decir que no y así liberarlo del compromiso, pero no quiso hacerlo. Sentía algo muy extraño cuando estaba con él. Algo muy intenso que no sabía identificar.

Desde luego, era algo que no tenía nada que ver con su perro y sí un poco con el magnífico aspecto que tenía en pantalones cortos.

—Pero mira cómo vamos vestidos —comentó ella con una sonrisa.

—No pasa nada. La mayoría de las cafeterías de la zona están pensadas para la gente que viene a caminar o a correr por el río.

—¿Y *Basil*? No podremos entrar en ningún sitio con un perro.

—Mi amigo es el dueño de una de las cafeterías que dan al río. En ocasiones especiales no le importa dejar a *Basil* atado en la parte trasera, lejos de la cocina y de los clientes.

—¿Hoy es una ocasión especial?

Theo sonrió suavemente.

—Podemos decir que sí.

Aquella sonrisa le provocó a Annie cierta tirantez en el pecho, pero disimuló agachándose a acariciar a *Basil*.

—Entonces, parece que vamos a ir a desayunar a la cafetería de tu amigo —era como si su cuerpo entero se hubiese puesto a cantar. Tenía que calmarse. Aquello no era una cita.

Unos minutos después llegaron a una zona con varias cafeterías. Una de ellas era de Giovanni, el amigo con el que Theo intercambió algunas frases en italiano con aparente fluidez. Annie escuchó, maravillada, hasta que llegó el momento de presentarla.

— *Buon giorno, signora* —la saludó Giovanni.

«Me voy a derretir». Nadie la había llamado nunca signora y lo cierto era que sonaba muy bien.

— *Buon giorno, Giovanni* —respondió ella como pudo, y Giovanni la miró agradecido.

Theo también parecía encantado con su terrible pronunciación.

En un abrir y cerrar de ojos Giovanni se llevó a *Basil* y ellos ocuparon una mesa con vistas al río. Iban a desayunar junto al río Brisbane, con los rascacielos de fondo, Annie se sentía muy urbana y sofisticada. Apenas podía contener su entusiasmo… a pesar de que no fuera una cita.

Ambos pidieron café con leche, Theo pidió un *bagel* con queso y ella se dejó recomendar la tostada con fruta. Se preguntaba qué dirían sus hermanos de un hombre que desayunaba un *bagel*; el menú de Reid y Kane consistía en huevos revueltos, carne y una montaña de tostadas. Claro que ellos debían prepararse para el trabajo físico, mientras que Theo seguramente pasaba el día sentado en su despacho o en el aula.

Después de pedir, Theo se recostó sobre el respaldo de la silla y miró al cielo. Parecía relajado y de buen humor. Buen momento para hablar.

Annie respiró hondo.

—¿Te importa si te hago una pregunta algo entrometida?

Theo la miró fijamente a través de las gafas, pero no parecía molesto. En sus labios apareció una ligera sonrisa.

—Es difícil contestar sin saber qué vas a preguntarme.

—Está bien, yo pregunto y, si no quieres, no tienes por qué

responder.

—Me parece justo.

—Verás, me siento muy ignorante, pero me preguntaba qué es lo que hacen los filósofos en realidad.

—Debería haberlo imaginado.

—Lo siento —se apresuró a decir ella—. ¿Te lo pregunta mucha gente?

—Todo el mundo.

—Vaya. Es que no te imagino todo el día sentado, pensando cosas profundas. Tienes que… —no sabía cómo terminar y de pronto sintió vergüenza.

—¿Crees que tenemos que buscar algo útil que hacer? —sugirió él.

—No pretendía ofenderte, lo que ocurre es que tu vida es tan distinta a la mía… Donde yo vivo todo es muy práctico, no hay más opción.

—Pero los filósofos no construimos, ni arreglamos las cosas, ¿no es eso?

—No sé, ¿lo hacéis?

Theo cruzó los brazos sobre el pecho y Annie se alarmó; las chicas le habían dicho que eso era muy mala señal.

—Obviamente, los filósofos no hacen *bagels*, ni levantan rascacielos, ni arreglan coches —dijo él—. Pero sí construyen cosas.

Annie lo miró con desconcierto, pero la llegada del camarero interrumpió la conversación, cosa que ella agradeció por un momento, pues temía haber metido la pata.

—¿Quieres compartirlo? —le preguntó Theo mostrándole el sobrecito de café.

Ella asintió sonriendo y siguió mirándolo para mostrar interés, pero sin presionarlo.

—Crean estructuras de pensamiento —siguió diciendo por fin—. Y, una vez están acabadas esas estructuras, se pueden resolver todo tipo de problemas con mayor facilidad. Pero no es sólo una especie de gimnasia mental; la Filosofía está estrechamente relacionada con la vida real y cada vez se utiliza más como terapia.

—¿Terapia como la del psiquiatra?

—Sí. Para mucha gente es mucho más útil una buena dosis de Platón o Aristóteles que unas pastillas.

—Es muy interesante. Creo que a mí me vendría muy bien una dosis de Filosofía. Todo el mundo dice que soy demasiado impulsiva y que no pienso antes de actuar —recorrió el borde de la taza con la yema del dedo—. Hay tantas cosas que no sé…

—Nadie puede saber lo que aún no ha vivido.

—Supongo que no —lo miró a los ojos—. Pero me gustaría saber más cosas, especialmente sobre lo que realmente importa en la vida.

Theo no respondió de inmediato. Cortó un trozo de bagel y se lo comió antes de decir amablemente:

—Puede que sepas más de lo que crees, Annie. Platón decía que su sabiduría residía en darse cuenta de lo poco que sabía sobre lo que más importa en la vida.

Una ráfaga de viento le puso el pelo sobre la cara a Annie, y al apartárselo vio que Theo le miraba el brazo con el ceño fruncido. Se lo miró ella también y vio varios moretones.

—Son de dormir en el sofá de Mel —explicó—. Es tan estrecho que cuando estoy dormida me salgo y me choco contra la mesa de centro. Supongo que al final de la semana tendré un par de moretones más.

—Parece muy incómodo.

—Lo es. Si llego a saberlo, me habría traído mi equipo de acampada y habría dormido en el suelo. También es cierto que no avisé a Mel con mucho tiempo y aun así me recibió con los brazos abiertos.

Theo se quedó pensativo mientras terminaba el café. Una vez acabaron de desayunar, Theo pagó la cuenta y fueron a recoger a *Basil* para volver caminando por la orilla sur del río.

—¿Qué piensas hacer el resto de la semana?

Dios. Habría deseado que Theo no le hiciera esa pregunta.

—¿Que vas a hacer qué? —Mel soltó el cuchillo con el que estaba cortando los champiñones para la cena y puso los brazos en jarras.

Victoria, que estaba cortando zanahorias a su lado, parecía igualmente sorprendida.

—No es que no esté agradecida por vuestra hospitalidad; habéis sido muy generosas al dejar que me quedara en vuestro sofá, ayudarme con la ropa y con la cita con Damien. De verdad que os lo agradezco mucho.

—No puedo creer que vayas a quedarte en casa del doctor Grainger —dijo Mel.

—¿Por qué ibas a querer mudarte con un estirado profesor de Filosofía que además es pariente del cretino?

—Es exactamente por ser el tío de Damien por lo que Theo me ha ofrecido que pase el resto de la semana en la habitación de su sobrino —les explicó Annie—. Se siente obligado a ser amable conmigo para compensarme.

Mel se echó a reír.

—Pues a mí me parece que siente algo más físico que la obligación.

—A lo mejor estás siendo un poco ingenua —sugirió Victoria.

Annie gruñó, ¿Cómo podía justificar la invitación de Theo sin mencionar los moretones que se había hecho con el sofá de sus amigas?

—Os prometo que es algo completamente platónico.

—¿Has oído eso? —le preguntó Mel a Victoria—. Un desayuno con el filósofo y ya está utilizando palabras como «platónico».

—¡Ay, dejadme en paz! —Annie no pretendía gritar, pero lo cierto fue que sirvió para que Mel y Victoria cerraran la boca—. Pensé que sería buena idea por varios motivos. Uno, así recuperaríais vuestro sofá —Mel abrió la boca, pero Annie le impidió que hablara con un solo gesto—. Dos, ya que Damien me ha hecho daño, al menos voy a disfrutar de la comodidad de su habitación mientras él no la utiliza.

Tres, desde casa de Theo puedo ir caminando a todas partes: a los museos, a la biblioteca, a los teatros… Me viene muy bien para conocer la ciudad durante el día.

—¿Y qué hay de las noches? —fue la predecible pregunta de Victoria.

Annie tragó saliva.

—Theo no se va a abalanzar sobre mí, si es eso lo que te preocupa. Es un caballero.

—Un caballero muy guapo —añadió Mel—. ¿Se te ha pasado por la cabeza que podrías enamorarte de él y volver a pasarlo mal?

—De tal tío, tal sobrino —coreó Victoria.

De pronto se hizo el silencio y Annie no pudo sino esquivar sus miradas. Sabía que Mel tenía cierta razón. Cabía la posibilidad de que ya se hubiera quedado algo prendada de Theo y no era probable que él sintiera el menor interés romántico por ella, con lo cual, sin duda corría cierto peligro de volver a sufrir un desengaño.

Pero, al mismo tiempo, el instinto le decía que aceptara la invitación de Theo.

Para empezar, ahora sabía que el hombre del que se había enamorado por Internet era más Theo que Damien. No comprendía por qué Damien había adoptado la personalidad de su tío, pero ahora eso era parte de un misterio aún mayor.

Cuando Theo y ella estaban juntos ocurría algo que Annie no sabía explicar; era algo sutil e inesperado, pero al mismo tiempo irresistible y emocionante.

—Estoy dispuesta a asumir el riesgo —anunció por fin.

Mel la miró, horrorizada.

—Ay no. Ya te has enamorado de él, ¿verdad?

—¡No! No lo conozco lo bastante para eso.

—Un momento —las interrumpió Victoria—. ¿Cómo va a enamorarse del tío ¿Cómo puede ser guapo? ¿Es que no es un viejo?

Mel negó con la cabeza.

—Yo diría que anda por los treinta y cinco.

Victoria se quedó boquiabierta, miró a Annie y luego sonrió con picardía.

—Adelante, Annie —le dijo.

—Muy bien —murmuró Mel, resignada—. Sois dos contra una, así que me rindo —dijo con cierto dramatismo—. Pero al menos llama a tus hermanos para contarles tus planes. Reid ha dejado un mensaje en el contestador y parecía preocupado. No pienso ser yo la que le diga en qué andas metida.

—No te preocupes. Ahora mismo lo llamo.

—Qué raro que no te llamara al móvil.

—Eh… puede que lo hiciera, pero lo he tenido apagado.

Mel enarcó ambas cejas.

—Has estado un poco distraída, ¿no? —al ver que no respondía, Mel se encogió de hombros—. Bueno, si ya has preparado las maletas, te llevaremos en coche después de cenar.

Annie se acercó a darle un abrazo.

—Gracias por todo, Mel. No sé qué habría hecho sin vosotras. Pero no hace falta que me llevéis, puedo ir en taxi.

—De eso nada —espetó Victoria—. Aparte de que Mel no dormiría tranquila, no vamos a desperdiciar la oportunidad de ver dónde vive el misterioso tío. Puede que incluso podamos verlo a él —al ver el gesto de Annie, se apresuró a añadir—: Puedes estar tranquila, prometo no avergonzarte.

Annie fue al salón a llamar a sus hermanos con una extraña sensación en el estómago. Reid no tardó en responder.

—Annie, gracias a Dios. He llamado a medio Brisbane para localizarte.

—Lo siento —dijo con total sinceridad—. Tendría que haberte llamado antes.¿Qué tal estás?

—Mejor ahora que oigo tu voz y sé que estás viva. Espero que estés pasándolo bien.

—Muy bien, pero debo admitir que me sentía un poco culpable por haberme ido sin avisaros.

—Si te soy sincero, no te culpo de que lo hicieras. Kane y yo somos demasiado protectores contigo y está bien que nos abras los ojos de vez en cuando. Además, te mereces un poco de diversión.

El bueno de Reid. Annie sabía que lo comprendería.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en casa de Melissa? —le preguntó.

—Pues… —Annie titubeó y tuvo que pensar muy deprisa—. En realidad me voy a quedar en otra casa unos días; hay más espacio y está más cerca del centro. Pero puedes localizarme en el teléfono móvil siempre que quieras. ¿Qué tal va todo por allí?

— *Lavender* te echa mucho de menos, no deja de lloriquear.

—Pobrecita, acarícíala un poco de mi parte.

—No puedo, no estoy en casa. He tenido que venir a Lacey Downs porque Mary Rogers se puso de parto prematuramente.

—¡Vaya! ¿Está bien?

—Sí, muy bien. Ha tenido una niña. Yo voy a quedarme por aquí una semana.

Annie volvía a sentirse culpable.

—Parece que no he elegido un buen momento para marcharme. Quizá debería volver —cruzó los dedos para que Reid le dijera que no hacía falta.

—No, no es necesario. Kane ha encontrado una chica inglesa para que lo ayude en Southern Cross.

—Qué suerte —intentó no parecer demasiado contenta.

—Sí —Reid hizo una pausa—. Espero que sepa lo que hace.

Annie percibió cierta duda en la voz de su hermano, pero prefirió no preguntarle por miedo a que él también le hiciera más preguntas sobre dónde iba a alojarse o cambiara de opinión y decidiera que sí hacía falta que volviera a casa.

—Bueno, dentro de unos días tendré más claros mis planes, así que te llamaré para contarte —le prometió.

—Muy bien. Diviértete, hermanita.

—Gracias, Reid. Te quiero.

—Yo a ti también, enana. Cuídate.

Apenas había colgado cuando volvió a pensar en Kane y esa chica inglesa, solos en Southern Cross. ¿Por qué estaría preocupado Reid?

Todos sus pensamientos se desvanecieron de golpe con la llegada de Victoria al salón.

—Está aquí —susurró—. Está en la puerta.

Annie sintió que se le aceleraba el pulso.

—¿Quién? —preguntó, aunque sabía cuál era la respuesta.

—El tío. Por el amor de Dios, Annie, no me dijiste que ese filósofo es un bombón. Nunca había visto un hombre al que las gafas le dieran un aspecto tan *sexy*. ¡Ha venido en un descapotable plateado con un perro dálmata en el asiento de atrás!

—¿Sí? —preguntó Annie con un hilo de voz—. Le dije que no hacía

falta que viniera a buscarme. Yo…

—¿No querías darnos envidia? —preguntó Victoria—. No te culpo, querida.

Capítulo 4

Mientras llevaba a Annie a su casa, Theo intentaba reunir fuerzas para permanecer inmune al contagioso entusiasmo de la joven.

Tenía un buen plan. Iba a comportarse como un perfecto caballero, amable pero reservado. Sí, cumpliría con el papel de atento anfitrión, pero al mismo tiempo mantendría la distancia propia de un tío. La diferencia de edad y de formación que había entre ellos haría que no le resultara difícil.

El único peligro de todo el plan lo representaba la propia Annie, que tenía una increíble tendencia a derrumbar todas sus barreras.

En cuanto llegaron a la casa, la llevó al piso superior, en el que se encontraban las habitaciones, y le enseñó el dormitorio de Damien. Annie entró y miró a su alrededor, a la cama doble cubierta por una colcha azul y a la mesilla de noche.

—Damien es muy ordenado.

—La habitación está un poco desnuda porque le he pedido a la señora Feather, la mujer que viene a limpiar, que ordenara un poco y retirara las cosas de Damien.

—Pues ha hecho un buen trabajo.

Tenía razón. Quizá la señora Feather hubiera sido demasiado concienzuda, porque la habitación tenía un aspecto excesivamente austero. La lamparita de noche y un despertador en forma de televisión eran los únicos ornamentos del cuarto. El ordenador que había sobre el escritorio estaba apagado y cubierto con un protector de plástico. Las cortinas estaban cerradas y, las paredes, completamente desnudas, aunque aún podía verse las marcas de los pósteres de grupos musicales que había habido hasta hacía poco.

—La habitación tiene su propio cuarto de baño, así que tendrás toda la privacidad del mundo —le dijo, señalando una puerta.

—Es estupendo. Muchas gracias.

Annie levantó las manos para pasárselas por el pelo, despeinado por el viento, y al hacerlo se le levantó la camiseta, dejando a la vista su estómago. Theo alcanzó a ver sólo unos centímetros de piel y la curva de una cintura increíblemente femenina.

—Estaré en la cocina —se apresuró a decir—. ¿Te gustan los mejillones?

—No lo sé. Creo que no los he comido nunca.

—¿Normalmente te gusta el marisco?

—Me encanta.

—Entonces, te gustarán los mejillones.

—Pero no irás a cocinarlos tú, ¿no? —le preguntó frunciendo el

ceño.

—Sí —respondió él con total normalidad—. ¿No te fías de mí?

—Claro que me fío, pero al menos debería cocinar yo. Es lo menos que puedo hacer. Claro que la mayoría de las recetas que conozco lleva carne de ternera.

Theo sonrió.

—Otra noche cocinas tú.

En cuanto Theo salió de la habitación, Annie sacó su neceser de baño y fue a asearse y a cepillarse el pelo, que se le había despeinado en el emocionante trayecto en el descapotable de Theo. Por un momento pensó en pintarse los labios un poco, pero enseguida decidió que era mejor no hacerlo, pues no quería que Theo creyera que trataba de impresionarlo.

Salió de su nuevo dormitorio enseguida, pues se sentía un poco incómoda en aquella habitación tan vacía, y tenía curiosidad por ver el resto de la casa. De camino a la escalera pasó por el cuarto de Theo. Las últimas luces de la tarde se colaban por el ventanal e iluminaban una enorme cama con una colcha de color crema y unos preciosos almohadones negros. La cama tenía cuatro postes de madera y a los lados había dos mesillas de noche abarrotadas de libros.

Al mirar la cama, Annie no pudo evitar imaginarla de noche… y a Theo dentro.

También deseaba incluirse a sí misma en la imagen…

Bajó las escaleras a toda prisa.

En el piso de abajo pudo confirmar que Theo tenía un magnífico gusto en decoración; todo tenía un elegante aire masculino, con colores grises, negros y cremas que combinaban a la perfección con la madera de color miel de los muebles y de las estanterías que cubrían prácticamente todas las paredes.

Salía música de la cocina, el ritmo seductor de una guitarra y la voz de uno de los cantadores gitanos preferidos de Annie, otra de las pasiones que había creído compartir con Damien.

Fue hasta la cocina siguiendo un delicioso aroma cuyos ingredientes trató de identificar: limón, ajo y alguna hierba, quizá perejil, con aceite de oliva. Al entrar, sintió que estaba en otro mundo.

Para empezar, porque Theo estaba cocinando, algo impresionante para alguien que había crecido en el hogar de los McKinnon, donde los hombres jamás se acercaban a los fogones. Theo, sin embargo, tenía una imagen totalmente masculina mientras removía una salsa.

—Esto está casi listo —anunció al verla entrar—. He puesto a

enfriar un buen vino blanco. ¿Te apetece una copa? —añadió, mirándola, y sonrió.

Y Annie tuvo miedo de desmayarse.

Los mejillones estaban tan sabrosos como anunciaba su aroma. Theo los acompañó de unos *lingüinis* con una sencilla salsa de tomate fresco y hojas de albahaca.

—Está todo delicioso —dijo Annie, que no pudo resistirse a pasarse la lengua por los labios.

—Es una receta de Paulo, un cocinero al que conocí en uno de mis viajes a Italia.

—¡Vaya! Con platos como éste no necesitas ir a La Piastra.

—Al contrario, es uno de mis restaurantes preferidos.

Por supuesto.

Ahí estaba otra vez esa inquietante relación entre Damien y Theo en la que Annie intentaba no pensar. Para no hacerlo, miró a *Basil*, que dormía plácidamente a sus pies mientras ellos cenaban en el patio, y bebió un sorbo de vino.

—Háblame un poco de Southern Cross —le pidió Theo—. Seguro que tengo una visión muy romántica de lo que es la vida en un rancho. En realidad, no tengo ni idea de cómo es el día a día.

Annie se encogió de hombros.

—Depende mucho de la temporada. Cuando hay que reunir el ganado, es divertido salir al campo y dormir en sacos bajo las estrellas, pero otras veces es bastante rutinario; se trata sobre todo de hacer el mantenimiento… arreglar vallas, dar de comer a los animales…

Theo le hizo más preguntas y parecía sorprendentemente ansioso por conocer todos los detalles. Después se quedó pensativo un momento antes de decir: —Hace siglos que no duermo bajo las estrellas.

—Entonces, deberías venir al Valle de las estrellas. Allí podrías ver todas las estrellas que quisieras.

—Suena bien —volvió a llenar las copas de vino—. En cierto modo, fueron las estrellas las que me llevaron a la Filosofía.

—¿De verdad?

—Sí. Un verano después de acabar el instituto, me fui de vacaciones con unos amigos y acampamos en la playa de Byron Bay. Aquélla fue la primera vez que realmente presté atención a las estrellas, que de verdad me fijé en la inmensidad del universo.

—Es impresionante.

—Desde luego. Fue lo que me hizo empezar a pensar en cómo encaja el ser humano en el orden universal.

—¿Y la Filosofía responde a esas preguntas?

—No necesariamente, pero sí ofrece algunas teorías y es una especie de guía para comprender las respuestas que ya existen hasta que uno da con la suya propia.

—¿Y tú has encontrado la tuya?

Theo la miró con una cálida expresión.

—En eso estoy.

Annie suspiró. Deseaba preguntarle muchas cosas sobre la vida y su significado, y sobre la existencia de Dios, pero ni siquiera sabía por dónde empezar.

—¿Entonces empezaste a estudiar Filosofía después del instituto?

—No. Mi padre quería que estudiara algo más práctico, así que empecé a estudiar Económicas. En realidad, lo de la Filosofía fue accidental.

—¿Por qué?

Theo esbozó una inocente sonrisa antes de continuar.

—Te estoy hablando de hace siglos —dijo con cierta vergüenza—. Tenía dieciocho años y estaba desesperado por conocer chicas; era muy tímido.

Annie se sorprendió de que Theo hubiera sido alguna vez tímido con las mujeres, pero prefirió no decírselo.

—No puedo creer que esté contándote esto. El caso es que, en aquella época, mi hermana mayor me dijo que a las chicas les gustaban los chicos inteligentes, así que se me ocurrió la idea de sentarme al fondo de los bares con un enorme libro y una pipa para parecer inteligente.

—¿Una pipa?

—Sin encender. Me parecía un símbolo que me emparentaba con los grandes pensadores del siglo XX.

—¿Y conseguiste impresionar a las chicas?

—La verdad es que era increíble cómo funcionaba.

«No me extraña». Annie sintió unos ridículos celos de todas las chicas que habían conseguido que Theo las invitase a salir.

—Perdóname, pero aún no veo qué relación hay entre tus estrategias para conocer chicas y la Filosofía. ¿O es que tengo una idea completamente equivocada de la Filosofía?

Theo se echó a reír.

—Una noche me llevé al bar un libro de Séneca, un filósofo de la época del Imperio Romano. Sus ideas me despertaron tal interés que me olvidé de fijarme en las chicas; parece ser que algunas intentaron

atraer mi atención y tuvieron que darse por vencidas. Desde aquella noche, me quedé enganchado a la Filosofía.

—¿Y abandonaste a las chicas? —le preguntó Annie con fingida inocencia.

—Pues… no. No exactamente.

Sus miradas se encontraron de pronto y Annie vio algo en los ojos de Theo que le provocó un escalofrío. Tuvo que respirar hondo antes de poder volver a hablar.

—¿Y qué decía ese filósofo romano que te interesó tanto?

—Muchas cosas —apartó la mirada de ella y se paró a pensar unos segundos—. Seguramente a ti también te interesaría, puesto que eres del Outback.

—¿Qué relación puede haber entre un filósofo romano y el Outback australiano?

—La gente del Outback ha tenido que adaptarse a su entorno; aceptáis que hay fuerzas mayores que el hombre, fuerzas completamente indiferentes a nuestros deseos. Habéis aprendido a soportar los incendios y la sequía. Séneca hablaba de que debéis aceptar las lecciones de la naturaleza.

Annie se echó a reír.

—¿Qué es lo que te parece tan divertido?

—Yo no nos felicitaría por aceptar las condiciones que nos impone la naturaleza. ¿Por qué si no crees que me moría de ganas de salir de allí y venir a la ciudad? —Theo parpadeó y Annie continuó hablando —. La mayoría acabamos hartos de tener que adaptarnos a todo. Incluso algo tan sencillo como comprar libros por Internet resulta complicado.

—¿Por qué?

—La mayoría de las páginas web no aceptan mi dirección de correo; Southern Cross, carretera de Mirrabrook no vale porque necesitan un número, un distrito o una ciudad. Así que tengo que inventarme una dirección que les valga.

Theo sonrió.

—Y eso sin tener que enfrentarte a verdaderos problemas como la sequía y las inundaciones.

—Exacto.

La expresión de Theo cambió de pronto y Annie supo que había estropeado el momento. Seguramente se había acordado de Damien, del *e-mail* y de lo desesperada que había estado por encontrar un novio en la ciudad.

Eso puso fin a la conversación. Enseguida se levantaron, recogieron la mesa y la cocina sin apenas hablar y luego Theo hizo café, pero

anunció que iba a tomarse el suyo en su despacho.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Theo —respondió Annie y lo vio desaparecer.

Después de tomarse su café con el lavavajillas como única compañía, subió a la habitación de Damien y deshizo el equipaje. También el armario estaba vacío, no había ni rastro de la ropa de Damien. Era extraño.

En aquel dormitorio no había absolutamente nada que revelara la personalidad de su ocupante habitual. Annie se sentó al borde de la cama y se preguntó si habría sido algo deliberado. Resultaba inquietante.

De pronto, sintió un extraño temor. ¡Quizá Damien ni siquiera existía!

No, era absurdo. Eso querría decir que Theo no era su tío. Dios. ¿Y si Theo era Damien? Pensó con verdadero pánico. ¿Por eso tenían los mismos gustos y las mismas ideas? ¿Sería posible que Theo hubiese utilizado el nombre de Damien para ocultar su verdadera identidad en Internet? La mera posibilidad hizo que le diera vueltas la cabeza. No podía dejar que su imaginación se apoderara de ella. Tenía que haber una explicación más lógica.

Una explicación que no acertaba a encontrar. Se había ido a vivir con un hombre del que no sabía nada y que podría incluso tener una doble vida.

Sintió una terrible desolación mientras se preparaba para acostarse y supo que la esperaba otra noche de insomnio.

Capítulo 5

Mel llamó al día siguiente por la tarde.

—Sólo quería ver qué tal va todo —dijo con voz sugerente.

—Muy bien —respondió Annie—. Estoy haciendo un *risotto* con espárragos y salmón.

—Vaya. Pensé que habrías salido a visitar alguna galería de arte, a empaparte de cultura.

—Eso ya lo he hecho esta mañana, pero quería…

—¿Impresionar al doctor Theo con tus habilidades culinarias?

Sí. Probablemente fuera una tontería creer que podría impresionar a Theo.

Cualquier hombre tendría que sentir algún interés por ella antes de dejarse impresionar y aquella mañana Theo se había mostrado muy distante.

Después de pasar toda la noche sin dormir, Annie se había levantado tarde y Theo no la había despertado para ir a pasear a *Basil*. Después, no había levantado la vista del periódico durante el desayuno. Ya iba camino de la puerta cuando, de pronto, como si se le acabara de ocurrir, le había mencionado que tenía entradas para el teatro para esa noche y le había preguntado si quería acompañarlo.

Pero, por tonto que fuera, Annie quería impresionarlo.

A pesar del misterio que rodeaba todo lo relacionado con Damien y Theo, lo cierto era que a Annie le gustaba mucho Theo y sabía que jamás podría impresionarlo con su intelecto.

—Theo es un magnífico cocinero, Mel. No puedo darle salchichas y puré de patata.

—Acuérdate de divertirte un poco, Annie. Dijiste que habías venido a Brisbane para salir un poco de la cocina. Te iba a preguntar si querías hacer algo esta noche, pero parece que estás ocupada.

—Gracias por contar conmigo. Theo dijo algo esta mañana sobre ir a ver una obra de teatro.

—Qué bien.

—Eso espero. No voy al teatro desde que la profesora de inglés nos llevó a ver *El sueño de una noche de verano*. Pero podríamos comer juntas mañana o pasado.

—Me parece bien. Llámame —dijo Mel con un suspiro—. Sigo sin estar convencida de que esté bien lo que haces.

—Relájate, Mel. Está todo controlado —mintió.

Cuando se encendieron las luces del teatro al final de la obra, Theo

descubrió a Annie secándose las lágrimas.

—Qué final tan terrible —protestó ella—. Pensé que acabaría bien.

—¿Eres de las que insiste en los finales felices?

—No necesariamente, pero si la obra empieza como una comedia romántica, sí.

Estaba segura de que James y Erica acabarían juntos y de pronto todo se viene abajo en los últimos cinco minutos. Debería estar prohibido que hicieran eso —dijo con el pañuelo de papel en la mano —. Lo siento.

—No tienes por qué disculparte.

—Pero me ha encantado.

Parecía tan decepcionada que Theo tuvo la tentación de consolarla pasándole el brazo por los hombros, y lo habría hecho si no hubiera estado tan guapa y encantadora. A pesar de las lágrimas que aún humedecían sus ojos, estaba radiante con aquel sencillo vestido rojo oscuro sin mangas. Esbelta y femenina. Impresionante.

Pero Theo seguía teniendo la firme intención de mantener las distancias, así que hundió las manos en los bolsillos de los pantalones y las mantuvo así mientras volvían a casa caminando, disfrutando de la cálida noche de noviembre.

Había creído que ir al teatro sería menos arriesgado que quedarse en casa con Annie, dejándose embrujar por los matices de su rostro, por el interés con que lo escuchaba. Habría sido peligroso esperar con impaciencia que lo atacara con alguna de sus inesperadas preguntas o, peor aún, planear su propio ataque, uno que no implicase hablar.

Pero la excursión al teatro no había resultado tan tranquila como Theo había esperado. Esa noche el aire estaba cargado de aroma a flores, la luna creciente brillaba sobre los tejados, era la clase de noche que pedía a gritos un poco de romanticismo, un paseo de la mano… Tendría que haber cortado de raíz aquellos pensamientos, pero ya era tarde y, mientras caminaban, no pudo resistirse a mirar a Annie de vez en cuando. Andaba con elegancia y con una vitalidad apenas contenida. La luz iluminaba su cabello y parecía un reflejo de la pálida luna. Un reflejo que Theo ansiaba tocar.

Deseaba recorrer la suave curva de sus hombros, su delicada cintura. Y mucho más.

Sería más sensato centrar toda su atención en la valentía de su mirada y de su gesto, pero era tan fácil olvidarse de la sensatez en una noche como aquélla… Él, que siempre se había enorgullecido de su autocontrol, no podía dejar de pensar en las piernas de Annie. ¿Qué hombre podría ser inmune a ellas? Se adivinaban esbeltas y bellas bajo el vuelo del vestido rojo.

Muy a su pesar, se vio obligado a admitir que estaba perdiendo la voluntad de guardar las distancias con Annie McKinnon. Había un millar de razones por las que no debía acercarse a ella, una de las cuales era que no había ido a la ciudad a conocerlo a él. Era demasiado joven y entusiasta como para sentir el menor interés por un aburrido profesor universitario.

***

Cuando llegaron a casa de Theo, Annie estaba invadida por un extraño nerviosismo. Entre ellos parecía haber una nueva tensión, una tensión sexual casi tangible. ¿O acaso eran imaginaciones suyas?

El misterio de Damien seguía acechando sus pensamientos, pero no sabía cómo afrontar la cuestión sin estropear el cálido ambiente de la noche; esa vez no quería estropear nada. Cada minuto que pasaba con Theo la convencía un poco más de lo atraída que se sentía por él.

—¿Te apetece un café, un brandy, o las dos cosas? —le ofreció Theo nada más entrar a la casa por la puerta principal.

—Brandy, sin café —dijo ella—. El café no me deja dormir por la noche.

—Entonces, serán dos copas de brandy. Ponte cómoda.

Annie se sentó en un sillón del salón mientras él se quitaba la chaqueta y servía las bebidas. Después de darle su copa, Theo se sentó en el sofá, situado en ángulo recto al sillón de Annie, se aflojó la corbata y cruzó las piernas cómodamente. Parecía relajado, pero Annie no pudo evitar preguntarse si, al igual que ella, no estaría haciendo un esfuerzo por parecer más relajado de lo que en realidad estaba.

Entonces la miró y levantó su copa.

—Salud y gracias por acompañarme esta noche.

—Gracias por invitarme, Theo. Me ha gustado mucho la obra, a pesar del final.

—Por los finales felices.

—Bien dicho. Por los finales felices.

Se miraron a los ojos y Annie vio tanto ardor en la mirada de Theo que se alegró de estar sentada.

—Gracias otra vez por la cena —dijo él después de beber un trago —. El *risotto* estaba increíble.

—Me alegro de que te gustara.

Se quedaron callados por un momento, disfrutando del sabor del brandy, pero entonces el silencio se hizo demasiado intenso para Annie.

—Theo, ¿te importa que estropee este silencio con una de mis

preguntas entrometidas?

Él sonrió.

—Espera que me prepare —respiró hondo exageradamente—. Está bien. Cuando quieras.

—No es nada conflictivo. Bueno, puede que un poco… es que desde la conversación de anoche, tengo curiosidad por tus novias.

—Ay, Dios.

—¿Tienes novia en estos momentos?

Theo no respondió de inmediato, bajó la mirada y luego comenzó a hablar:

—Salgo con mujeres de vez en cuando, pero en este momento no hay ninguna especial.

—¿Sigues siendo tímido con las mujeres?

En su rostro apareció una sonrisa que le iluminó la mirada.

—Ya no voy a los bares con un libro y una pipa, si es eso lo que quieres saber.

Annie sintió que le ardían las mejillas con el calor de su mirada.

—Entendido. No te molestaré más con ese tema —de repente le entraron ganas de ponerse cómoda, así que se quitó los zapatos y subió los pies a la butaca—. Esas eran las preguntas difíciles, ahora viene la fácil.

—Estoy impaciente.

—¿Qué dicen los filósofos sobre el amor?

La sonrisa no desapareció de su rostro, pero la miró con precaución y tomó un nuevo sorbo de brandy antes de responder:

—En general, los filósofos no se han dejado impresionar demasiado por el amor romántico. Creo que piensan que es mejor dejárselo a los músicos y a los poetas.

—¿Por qué lo evitan?

—Bueno, supongo que el amor interrumpe otros proyectos más serios —Annie soltó un resoplido—. El poder del amor puede desconcertar hasta a las mentes más brillantes —añadió Theo.

—Sin duda —Annie se inclinó sobre el reposabrazos de la butaca y, para retarlo, preguntó—: ¿Pero no esperarás que crea que todos los filósofos, que se supone son los grandes pensadores del mundo entero, se han resignado a no comprender el amor porque es demasiado desconcertante?

—No, no todos ellos.

—¿Y bien?

—¿Quieres ejemplos? Está bien. Hubo un filósofo alemán llamado *Schopenhauer* que llegó a la conclusión de que el amor nos resulta tan complicado y al mismo tiempo tan esencial porque de él depende la

creación de una nueva generación.

Annie lo miró con incredulidad.

—Madre mía, Theo. ¿Lo decía en serio?

—Completamente.

—Es la explicación menos romántica y más aburrida que se le podría ocurrir a nadie. ¿Eso es lo mejor que tiene el mundo de la Filosofía con respecto al amor?

Había algo irónico en la sonrisa de Theo mientras observaba cómo se movía el líquido dentro de su copa.

—Reconozco que la mayoría de los hombres no piensa en la perpetuación de la especie cuando le piden el número de teléfono a una chica, pero ése no es motivo para despreciar la idea.

—Convénceme.

—La teoría es que nos sentimos atraídos por personas cuyos genes combinan bien con los nuestros. Por ejemplo, un hombre con la nariz muy grande sentiría atraído por una mujer con la nariz más bien pequeña, de manera que juntos engendrarían un hijo con un tamaño de nariz aceptable.

Annie intentó con todas sus fuerzas no mirarle la nariz. En realidad, ya sabía que era perfecta, ni muy grande ni muy pequeña.

—Pero eso no tiene nada que ver con el amor —dijo ella—. Ni con las emociones y el deseo que sentimos en el corazón.

Theo apartó la vista de ella un momento y tragó saliva.

—Estamos hablando en teoría, Annie. Una teoría que dice que se trata de un proceso inconsciente. Parece ser que explica por qué los seres humanos tienen una alarmante tendencia a enamorarse de la persona que menos les conviene.

—¿Sí?

—Sí. Todos hemos visto ejemplos. Un hombre o una mujer se enamora de alguien con quien no parece en absoluto compatible y, sin embargo, no siente la menor atracción hacia otra persona con la que encajaría mucho mejor.

Annie sintió un escalofrío por todo el cuerpo que le erizó la piel.

—¿Te parece que eso es algo que sucede a menudo?

—Desde luego. Los personajes de la obra de teatro, James y Erica, son un buen ejemplo, pero es algo que se repite continuamente.

Annie se recostó contra el respaldo de la butaca y bebió un sorbo de brandy.

—Quizá por eso yo me siento tan atraída por ti.

—¿Qué?

El corazón estaba a punto de escapársele del pecho.

—He dicho que quizá por eso me siento tan atraída por ti.

Levantó la mirada y se encontró los ojos de Theo clavados en ella. Parecía anonadado, pero al menos no estaba horrorizado.

—Tú y yo somos incompatibles, ¿verdad? —siguió diciendo ella y volvió a bajar la vista—. Piensa en la educación, por ejemplo, es un factor importante.

Se hizo un silencio.

—Yo habría dicho que el problema es la diferencia de edad —dijo Theo por fin.

—No hay tanta diferencia. ¿Qué puedes tener… diez años más que yo?

—Nueve —la corrigió él rápidamente.

La velocidad con la que había respondido y la profundidad de su voz infundieron valor a Annie. Se inclinó hacia delante y dejó el vaso sobre la mesa de centro.

—Ya lo ves, Theo, Las incompatibilidades van desapareciendo.

—Sí —sin apartar los ojos de los de ella, Theo dejó su vaso sobre la mesa también—. Puede ser.

Hubo un momento de absoluto silencio durante el que se miraron el uno al otro, conscientes de que estaban rozando algo trascendental.

Pero entonces Theo cerró los ojos y lanzó una especie de gruñido.

—Annie, tu franqueza resulta refrescante, pero no deberíamos hablar de esto.

—¿Por qué no?

—Tenemos que pararnos a pensar.

—¿Tú crees? —Annie lamentó oír la decepción en su propia voz. Respiró hondo y cambió de postura, se sentó recta de nuevo—. ¿Y en qué crees que deberíamos pensar?

—En por qué viniste a la ciudad. En lo que realmente quieres. Supongo que buscabas un poco de aventura y romance, pero esperabas encontrarlo con alguien más joven. Y ahora yo me he entrometido en la escena.

Seguramente fuera el momento para confesarle sus preocupaciones respecto a Damien. El problema era que, cuando estaba con Theo, el temor de que pudiera tener una doble vida perdía todo el sentido. Era un hombre tan estable, tan equilibrado, que parecía incapaz de cualquier tipo de engaño. ¿Por qué iba a necesitar conocer mujeres por Internet un hombre tan guapo como Theo?

—Si te soy sincera, ya no me interesa demasiado Damien —dijo ella.

—Pero deberías salir por la ciudad con tus amigas y conocer hombres más jóvenes.

—Me gusta estar contigo.

Theo soltó un suspiro.

—No soy la clase de hombre con quien querrías estar.

—¿Por qué no? —dijo con repentina tensión. ¿Habría llegado el momento de la confesión?—. ¿Qué te ocurre?

—Soy demasiado aburrido.

—¿Aburrido? —preguntó, boquiabierta—. ¿Eso es todo?

—¿Esperabas que te diera una lista de mis defectos?

—No, no exactamente. Es que pensé que ibas a confesar algún oscuro secreto.

Le dedicó una tenue sonrisa y negó con la cabeza, lo que provocó un gran alivio en Annie.

—No hay oscuros secretos —afirmó él—. Puede que eso te resulte aburrido.

—Theo, podrías ser cualquier cosa menos aburrido. A decir verdad, puede que seas el hombre más interesante que he conocido en mi vida.

Un ligero rubor le coloreó las mejillas y sus ojos volvieron a brillar al mirarla.

Por un momento, Annie pensó que iba a agarrarla y a tumbarla en el sofá con él.

Lástima que no fue así…

Lo que hizo fue apartar la mirada y apretar la mandíbula.

—Lo que me sorprende es que una chica encantadora como tú tenga que venir a Brisbane en busca de novio. Habría jurado que tenías multitud de miradores, por muy aislado que esté el lugar donde vives.

Por un momento Annie no fue capaz de responder, sólo podía pensar en que había dicho que era encantadora. Pero consiguió volver al presente, aunque no sin esfuerzo.

—He salido con algunos hombres —dijo ella—, pero enseguida dejaban de interesarme. Supongo que encaja con la teoría del filósofo alemán. Lo más sensato habría sido que me enamorara de un hombre del Outback, pero no he conectado con nadie. No sé por qué. Quizá es que, como llevo toda la vida rodeada de vaqueros, los hombres de ciudad me resultan mucho más interesantes.

La reacción de Theo fue sentarse muy recto y clavar la mirada en el suelo, lo cual hizo que de pronto Annie se viera invadida por las dudas.

¿Acaso había malinterpretado la situación? Había creído ver que entre ellos había algo, pero quizá se hubiera equivocado. Quizá Theo sólo estuviera tratando de hacerle ver, amablemente, que lamentaba haberle ofrecido que se alojara en su casa.

El pánico se apoderó de ella de golpe. Se agachó a recoger sus zapatos y se puso en pie. Seguramente fue una respuesta inmadura y muy poco filosófica, pero no pudo hacer otra cosa:

—Mañana mismo puedo volver a casa de Mel, si eso es lo que quieres.

Entonces, empujada por la terrible necesidad de echarse a llorar, se dio media vuelta y se dirigió rápidamente a las escaleras sin esperar una respuesta.

—Buenas noches —dijo antes de comenzar a subir.

Theo la vio marcharse. La lógica y el sentido común le decían que era mejor que Annie volviera a casa de sus amigas por la mañana. Invitarla a quedarse con él había sido un impulso absurdo provocado por su propio interés, aunque no hubiera querido admitirlo en el momento. Al menos, aún no era tarde para corregir el error.

Se imaginó a sí mismo haciendo lo que debía: llevándola a casa de sus amigas y luego volviendo sin ella. Se vio paseando a *Basil* junto al río, día tras día, sin ella. Se vio saliendo con compañeras de trabajo, llevándolas al teatro, mujeres que jamás se echarían a llorar por mucho que les disgustara el final de la obra.

La idea le resultó tan horrible que se puso en pie de un salto, cruzó el salón y subió la escalera corriendo.

Annie estaba en la puerta de la habitación de Damien, a punto de entrar.

—No quiero que te vayas, Annie —le dijo.

Sin apartar la mano del picaporte, ella se volvió a mirarlo. Tenía la cara pálida y, los ojos, brillantes.

—¿No?

Él negó con la cabeza y sonrió.

—De hecho, me gustaría mucho que te quedaras.

—¿Por qué has cambiado de opinión?

—Por una buena razón —dijo, sin dejar de sonreír—. A decir verdad, puede que seas la mujer más interesante que he conocido en mi vida.

Por un momento le pareció que estaba confusa; en sus ojos azules la incredulidad se mezclaba con el asombro. Pero entonces sus labios se curvaron en una sonrisa que le iluminó el rostro.

—Me alegra oír eso —se limitó a decir.

Pero en lugar de echarse en sus brazos con la impulsividad que Theo esperaba de ella, le dio las buenas noches tímidamente, entró en la habitación y cerró la puerta.

Una vez más, el doctor Theo Grainger se sintió desconcertado e inútil.

Capítulo 6

¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Annie se puso a bailar de alegría, agitando los zapatos que llevaba en la mano.

Theo pensaba que era interesante, y no sólo eso… creía que era la mujer más interesante que había conocido. Y también había dicho que era encantadora.

Siguió dando vueltas por toda la habitación. «Encantadora». Era la palabra más maravillosa del diccionario.

Mientras bailaba con euforia supo que Theo también era encantador.

Increíblemente encantador. Todo en él le encantaba, desde el último pelo de la cabeza a…

Unos nudillos golpearon la puerta.

Annie se tambaleó en medio de una pirueta y perdió por completo el equilibrio.

Se le escaparon los zapatos y acabó en el suelo en el momento exacto en el que se abrió la puerta.

Theo.

Lo miró desde aquella indigna postura, tirada en el suelo y con el vestido subido hasta los muslos.

—Lo siento —dijo él, ofreciéndole una mano para ayudarla a levantarse—. No pretendía asustarte.

No podía hacer otra cosa excepto aceptar su mano y ponerse en pie.

—¿Te has hecho daño?

—No, no —respondió, ruborizada, mientras se colocaba el vestido. Respiró hondo antes de levantar la mirada y encontrarse con la de él —. ¿Querías algo, Theo?

—Sí —respondió con voz divertida—. Quería confirmar algo que has dicho antes y que necesito saber con certeza.

Annie lo miró unos instantes. Había dicho tantas cosas esa noche…

—¿A qué te refieres?

En sus labios apareció una sonrisa increíblemente *sexy* que la derritió por dentro.

—¿Lo he imaginado o has dicho algo sobre que te sentías atraída por mí?

—Ah, eso —cada vez le ardían más las mejillas—. Sí, lo he dicho porque es cierto. Me siento atraída por ti, Theo.

Él le tomó las manos entre las suyas y volvió a sonreír.

—Bien. Porque, por si acaso no te has dado cuenta, la atracción es

mutua.

—¿Sí?

—Desde luego.

Se sonrieron el uno al otro durante unos segundos y entonces Theo tiró suavemente de ella hacia sí y Annie se derritió en sus brazos con la facilidad con la que la primavera se convertía en verano.

Le rozó la mejilla con los labios mientras susurraba: —Me siento muy, muy atraído por ti.

—Lo mismo digo. Imagina que soy un alfiler y, tú, un imán.

Theo se echó a reír.

—No pienso compararte con un alfiler.

—Es cierto que suena peligroso —murmuró con los ojos cerrados, sintiendo el roce de su boca en la comisura de los labios.

—Tú sí que eres peligrosa, Annie McKinnon —le dijo con un beso.

—No, yo…

Le impidió que protestara besándole los labios.

«¡Dios mío!»

Theo la estaba besando, qué maravilla. Era increíble encontrarse rodeada por sus brazos y sentir sus labios besándola cada vez con más pasión. Dejarse seducir por su boca.

Annie se apretó contra él, contra su cuerpo duro y masculino y Theo se olvidó por completo de su caballerosa contención. Sus labios se volvieron exigentes y su lengua exploró la boca de Annie mientras sus manos le acariciaban los hombros más tarde la curva de los pechos por encima del vestido. Entonces, empezó a llevarla lentamente hacia la cama de Damien.

¡Damien!

«¡Socorro!».

La señal de alarma estalló de pronto en el cerebro de Annie. Sólo con acordarse de Damien volvió a la realidad de golpe. ¡Maldito Damien! Su espectro estaba allí, junto a ellos, una presencia fantasmagórica en aquella habitación tan misteriosamente vacía. ¿Por qué había tenido que pensar en aquel cretino? ¿Por qué habían tenido que venirle a la cabeza todas sus preocupaciones sobre la relación entre Theo y Damien? Justo en ese momento decisivo de su vida.

Al notar su repentina tensión, Theo dejó de besarla y la miró.

—¿Qué ocurre?

Annie no quería hablar, no quería estropear aquel maravilloso instante, pero la palabra salió de sus labios por su propia voluntad.

—Damien.

—¿Damien?

Theo tenía la respiración acelerada y, al mirarlo a los ojos, vio en

ellos desconcierto y preocupación.

—¿Sigues sintiendo algo por él? —le preguntó a tiempo que se apartaba de ella.

—No, claro que no —de pronto se sintió tan abrumada que se tapó el rostro con ambas manos.

—¿Qué te ocurre, Annie? ¿Es que te he asustado?

—No, Theo, no —bajó las manos y miró a su alrededor—. Es esta habitación.

No entiendo quién es Damien, dónde ha ido y por qué fingió ser tú, ni comprendo por qué has vaciado por completo su cuarto. Me pone nerviosa y a veces tengo miedo de que…

—¿De qué? ¿Qué es lo que te da miedo?

Le daba miedo hasta decirlo.

—De que seas tú.

—¿Yo?

Theo se quedó tan horrorizado que Annie sintió un alivio inmediato.

—Es horrible, pero de pronto se me pasó por la cabeza que Damien fuera tu seudónimo para conocer gente por Internet.

—Ay, Annie —Theo meneó la cabeza y se pasó la mano por el pelo en un gesto de irritación—. Ya es hora de que ese desastre de sobrino mío afronte las consecuencias de sus estupideces.

—Lo siento, Theo. No pretendía decírtelo ahora, no quería estropear las cosas.

—No, tienes todo el derecho del mundo —se apresuró a decir él—. Es mejor aclarar las cosas. Ahora mismo voy a llamar a Damien y le voy a pedir que venga de inmediato a disculparse contigo.

Tenía los ojos brillantes cuando volvió a acercarse y le acarició suavemente la mejilla mientras esbozaba una sonrisa.

—Seguramente sea mejor que lo hayas dicho. Alguien tenía que pisar el freno.

Annie le puso la mano sobre la suya y se la llevó a los labios. Él se acercó un poco más y le dio un cálido beso en el cuello.

—Me voy a ir a dormir antes de que caiga en la tentación de contradecir mis propias palabras. Espero que mañana mismo puedas tener todas las respuestas que mereces sobre Damien.

Salió de la habitación rápidamente y Annie volvió a mirar a su alrededor, invadida por un sinfín de emociones: alivio, felicidad, pero también arrepentimiento y deseo.

Sin embargo, con el recuerdo de los besos de Theo aún en los labios, supo que esa noche dormiría bien.

***

A la mañana siguiente, después de ir a pasear a *Basil* junto a Theo, Annie estaba en la ducha cuando oyó una voz de hombre joven.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? ¿Dónde están todas mis cosas?

Annie se quedó inmóvil, sin terminar de aclararse el champú. ¿Había alguien en su habitación?

—¿Dónde está mi equipo de música y mi colección de CDs? —gritó de nuevo la voz, más alto y con más enfado—. ¿Qué has hecho con mi habitación?

Annie cerró el grifo de inmediato. Alguien empezó a dar golpes en la puerta del baño.

—¿Quién hay ahí dentro?

Salió de la ducha tan rápido como pudo y se cubrió con una toalla. Abrió la puerta sólo unos centímetros.

Y se quedó boquiabierta.

Frente a ella había un muchacho con gafas, un chico que aún no había cumplido los veinte años, con cara de pocos amigos, vestido con camiseta y bañador de estampado hawaiano.

Si Annie tenía la boca abierta de par en par, a él estuvieron a punto de salírsele los ojos de las órbitas.

—¿Quién… qué…?

La llegada de Theo la sacó del tartamudeo.

—¡Sal de esta habitación inmediatamente! —le gritó al muchacho.

—Tranquilo, Theo. No puedes ordenarme que vuelva de la playa y luego decirme que salga de mi propia habitación.

—Has renunciado a todos tus derechos sobre esta habitación, al menos durante un buen tiempo.

Annie los miró a ambos sin salir de su asombro.

Aquél no podía ser Damien. Era casi un niño. ¡Por el amor de Dios, no debía de tener más de diecisiete o dieciocho años! Aún tenía acné en la cara. ¿Dónde estaba el muchacho de pelo rubio de la foto?

El intruso apartó entonces la vista de Theo y la miró a ella con las mejillas completamente enrojecidas.

—Ay, Dios. Ésta es Annie, ¿verdad?

No quedaba lugar a dudas. Era Damien. «El hombre de sus sueños».

La cabeza empezó a darle vueltas y tuvo que apoyarse en el marco de la puerta.

Entonces, al sentir que Damien no apartaba los ojos de ella, se dio cuenta de que una toalla de baño no era la indumentaria adecuada para aquel encuentro.

Theo, que también estaba mojado, pero al menos había tenido

tiempo de vestirse, debió de pensar lo mismo porque agarró a Damien del brazo y se lo llevó de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Cómo iba a saberlo? —gritó el muchacho—. Me enviaste un mensaje de texto ordenándome que volviera y aquí estoy. ¿Cómo ha llegado Annie aquí? ¿Qué está pasando?

Annie cerró la puerta del baño y se dejó caer sobre ella. Damien era un muchacho recién salido del instituto. ¡Se sintió tan tonta al pensar en todas las semanas que había pasado intercambiando correos electrónicos con él y pensando que se había enamorado! ¡Había estado flirteando con un adolescente! Le había contado tantas cosas en aquellos *e-mails*. Incluso había hablado de lo que sentía por él en el *Mirrabrook Star*.

Era tan humillante… Pero entonces la vergüenza dejó paso a la rabia. ¡Cómo se había atrevido engañarla de esa manera! ¡Ese gusano había jugado con ella!

Salió del baño, se despojó de la toalla y se vistió a toda prisa. No pensaba esconderse ni a sentirse humillada, antes tenía que decirle un par de cosas a ese jovencito.

Bajó las escaleras sin preocuparse por cómo tenía el pelo. Encontró a Theo y a Damien en la cocina.

—No me importa dónde vayas —estaba diciéndole Theo—. Aquí ya no eres bienvenido, así que en cuanto te hayas disculpado con Annie, puedes volver a la playa con tus amigos.

—¿Me echas de casa porque Annie McKinnon se ha venido a vivir contigo?

En el rostro de Theo apareció un ligero rubor que enseguida escondió tras el enfado.

—Ha llegado el momento de que afrontes las consecuencias de tus actos, Damien. Has ocasionado muchos gastos e inconveniencias a la señorita McKinnon. Ya va siendo hora de que crezcas. Legalmente ya eres adulto, pero nadie lo diría por la manera que te comportas.

Al darse cuenta de que Annie estaba en la cocina, Damien se volvió a mirarla y se sonrojó de nuevamente.

—Lo siento, Annie.

—Sin duda, tienes motivos para sentirlo —dijo ella severamente.

—Deberías disculparte adecuadamente —añadió Theo.

Damien le lanzó una fiera mirada.

—¿Qué quieres decir?

—Que puedes hacerlo mejor, no basta con que farfulles que lo sientes. Quiero que te pongas de pie delante de la señorita McKinnon, la mires a los ojos y le digas por qué le estás pidiendo disculpas exactamente.

—Tampoco hace falta que me tortures. Ella ya sabe por qué me disculpo.

Theo apretó los puños, como si Damien ya hubiera puesto a prueba su paciencia demasiadas veces.

—Díselo o te voy a pegar un buen tirón de orejas.

Annie no creía que Theo fuera a cumplir su amenaza, pero parecía que Damien sabía que no debía desafiar a su tío.

El muchacho clavó la mirada en el suelo.

—Me disculpo… —empezó a decir.

—Dirígete a Annie —le ordenó Theo—. Mírala a la cara.

Podía sentirse el resentimiento de Damien, sin embargo el muchacho respiró hondo, cuadró los hombros y miró a Annie a los ojos.

—Lo siento mucho, Annie. Supongo que, para, empezar, no debería haber entrado en ese *chat* y, cuando me dijiste la edad que tenías, debería haberte dicho la mía. Empecé sólo para divertirme pero se me fue de las manos. Yo… siento mucho lo de la cita y todo lo demás. La verdad es que no pensé que fueras a ir.

Annie lo miró detenidamente.

—No es muy agradable darse cuenta de que te han utilizado, Damien. Creo que valgo mucho más que para que juegue conmigo un jovencito con las hormonas alteradas —el chico se sonrojó aún más—. No te pareces mucho a la foto que me mandaste —añadió, pero lo vio tan avergonzado que empezó a sentir lástima por él.

En ese momento intervino Theo.

—Tampoco estuvo nada bien que te marcharas dejándome un mensaje y esperando que yo lo arreglara todo. Para compensarla por tu comportamiento, le he dicho a Annie que puede utilizar tu habitación durante todo el tiempo que desee quedarse en Brisbane.

Damien estuvo a punto de protestar, pero en lugar de eso, dijo: —¿Y dónde están todas mis cosas?

—En casa de mi padre.

Pareció aliviado de oír eso.

—Quizá él se apiade de mí y deje que me quede en su casa.

—No mereces esa clase de piedad —dijo Theo—. Pero seguro que tu abuelo se ablandará. Tú decidirás si quieres explicarle por qué te has quedado sin casa.

—¿Sin casa? —Annie se sintió culpable de pronto.

—No te preocupes por él —le dijo Theo enseguida—. Mi padre lo acogerá sin el menor problema.

Aparentemente resignado, Damien se echó una mochila al hombro.

Annie vio entonces el parecido entre tío y sobrino. Ambos tenían

los ojos castaños y el pelo oscuro y brillante, y los dos llevaban gafas. Pero no era sólo eso, el rostro de Damien mostraba ya parte de la inteligencia y de la gran personalidad que Annie había encontrado en Theo. En seis o siete años, cuando Damien hubiera madurado, el parecido sería aún mayor.

—Espero que disfrutes de mi habitación, Annie —le dijo, ya desde la puerta de la cocina, mirándolo con una dignidad que nada tenía que envidiar a la de su tío, pero luego lo estropeó con el siguiente comentario—: Aunque no creo que pueda ser muy divertido estar aquí con el viejo Theo.

—Vete ya, Damien —espetó el aludido.

Y el muchacho salió de allí.

—Ay, Dios —Annie se derrumbó sobre una silla de la cocina.

Theo la observaba con preocupación.

—Siento que lo hayas descubierto todo de una manera tan brusca.

—¿Por qué lo mantuviste en secreto? Podrías habérmelo contado antes.

—Intentaba ahorrarte el mal trago —admitió mientras llenaba la cafetera.

—¿Y también la vergüenza? —consiguió esbozar una sonrisa—. ¿Así que quitaste todas sus cosas de la habitación para que no me diera cuenta de la edad que tiene?

—Sí.

Annie suspiró.

—En realidad, fue un gesto muy amable. Qué tonta me siento cada vez que pienso lo crédula que fui al viajar hasta Brisbane para mi gran cita… con un adolescente.

Perdió la mirada en la luz que entraba por la puerta de cristal que conducía al jardín y pensó en lo feliz y emocionada que había llegado a la ciudad, llena de esperanzas.

A su espalda, la habitación empezó a llenarse del delicioso aroma del café y ella empezó a sentirse más tranquila. No merecía la pena estropear una mañana tan hermosa empeñándose en seguir enfadada ahora que se había resuelto por fin el misterio.

—¿Cómo es que Damien vino a vivir contigo? —le preguntó—. ¿Eres su tutor?

—No, Damien es hijo de mi hermana, que lo tuvo sola. Cuando Damien llegó a la adolescencia, empezó a ser demasiado para ella. Podrás imaginártelo después de ver lo que te hizo a ti.

—¿Y desde entonces te hiciste cargo de él?

—Jane creía que le faltaba un referente masculino, así que me ofrecí a echarle una mano y acabó siendo algo permanente.

Annie lo miró mientras intentaba asimilar la historia.

—Lo que quiere decir que has cuidado de él durante toda su adolescencia.

—Sí.

—¿Tú solo?

Theo asintió.

—No creo que fuera fácil para ti.

—Admito que hubo momentos difíciles, pero Jane estaba esforzándose por forjarse una carrera y Damien y ella tenían unos enfrentamientos terribles. Es cierto que en ocasiones llegué a pensar que era demasiado para mí. Pero en conjunto no es un mal chico, sólo es joven. Gran parte del problema es que es demasiado listo.

—¿Está en la universidad?

—Aún no. Decidió tomarse un año libre al acabar el instituto y yo apoyé su decisión. Pensé que sería una buena idea que madurara un poco antes de empezar a estudiar. Trabaja de camarero, pero eso no basta para mantenerlo ocupado y, como tú bien has dicho, tiene las hormonas enloquecidas. Tiempo libre y hormonas alteradas no son una buena combinación.

—Quizá siente la cabeza cuando empiece a estudiar algo en serio.

—Sí, yo creo que todo irá bien.

Annie asintió.

—No tengo la menor duda de que es inteligente. Se expresa muy bien por escrito; nunca sospeché que fuera un adolescente al leer sus *e-mails* —esbozó una tímida sonrisa—. Y es evidente que te admira mucho.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Se inspiró en ti para describirse en los correos.

—¿Sólo porque le gustara Italia y la Filosofía?

—Y por *Basil*. Además, era interesante, dulce y encantador —recordó con rubor cómo lo había descrito en la carta que había mandado al periódico—. Pensé que era un hombre cariñoso, divertido e inteligente —diciendo eso, le dedicó a Theo una sonrisa coqueta—. Un hombre como tú.

Él la miró desde el otro extremo de la cocina y Annie sintió una punzada de deseo que le cortó la respiración. Trató de distraerse preparando las tazas para el desayuno y luego las tostadas. Una vez sentados a la mesa del jardín, Annie se echó a reír y Theo la miró con curiosidad.

—Acabo de verle el lado divertido a todo esto —se dispuso a explicarlo ante la atenta mirada de Theo—. Lo que hizo Damien por Internet no difiere mucho de la estratagema de cierto joven, a quien

no nombraremos, que solía atraer a las chicas sentándose en los bares con un libro y una pipa.

Theo intentó parecer ofendido, pero no lo consiguió y acabó sonriendo.

***

—Theo me ha invitado esta noche a una fiesta de profesores de la universidad —le dijo Annie a Mel cuando ésta la llamó a media mañana.

—¡Vaya! ¿De verdad tienes que ir?

—Creo que sí —dijo, algo contrariada por la reacción de Mel—. Le dije a Theo que iría, pero la verdad es que estoy un poco nerviosa. Llevo toda la mañana leyendo cosas de Filosofía, pero no se me queda nada. ¿Algún consejo? Me siento tan tonta…

—Créeme, Annie, tú no eres tonta. ¿Por qué crees que la gente pasa años y años estudiando Filosofía en lugar de aprenderlo todo en un par de horas?

—Tienes razón. ¿Crees que los filósofos hablan del tiempo como la gente normal?

—Por el amor de Dios, son gente normal. Pero que no se den cuenta de que los has descubierto —entonces hizo una pausa antes de añadir—: Te estás tomando muchas molestias para impresionar a Theo, ¿no crees, Annie?

—Merece la pena, Mel —Annie cerró los ojos y sintió un escalofrío al pensar en lo que ocurriría esa noche… sobre todo cuando volvieran de la fiesta y retomaran lo que habían empezado la noche anterior.

—Si quieres mi consejo, date un largo baño, píntate las uñas de los pies y ponte una falda corta; ya verás como a esos profesores les da igual lo que sepas de Sócrates.

—¿Qué te ha pasado, Mel? Solías ser muy feminista.

—Me topé con la realidad. Oye, te tengo que dejar, mi jefa me está mirando fatal. Mañana hablamos. Intenta pasarlo bien esta noche.

—Haré lo que pueda.

En cuanto llegaron a la fiesta de la universidad, Annie se dio cuenta de que iba a ser una velada difícil. Para empezar, había cometido un terrible error con su indumentaria.

Debería haberle hecho caso a Theo cuando le dijo que podía ponerse el vestido rojo oscuro que había llevado al teatro. No debería haber vuelto a la tienda en la que se había comprado los pantalones

rosas y, desde luego, jamás debería haberse acercado a la zona de los vestidos de noche contra los que le había advertido Victoria.

Pero lo había hecho y se había enamorado locamente de un diminuto vestido de color piel con lentejuelas rosas. Al probárselo se había sentido como si una varita mágica la hubiera transformado en una estrella de cine. Era un vestido precioso, desde los finísimos tirantes hasta el modo en que se ajustaba a su cuerpo hasta las rodillas, pero sin llamar la atención excesivamente porque era de un color discreto que le sentaba muy bien.

Sin embargo, no encajaba en absoluto en aquel lugar.

—¿Por qué no me has avisado? —le preguntó a Theo.

—¿De qué?

—Del vestido. No debería habérmelo puesto.

—¿Por qué? Estás guapísima, Annie.

—Pero todo el mundo va vestido de negro.

—No todo el mundo.

Annie miró a su alrededor.

—Prácticamente.

Al fondo del salón había un cuarteto de cuerda tocando. Los invitados bebían y charlaban en voz baja en pequeños grupos. Los hombres iban de esmoquin, mientras que las mujeres llevaban trajes elegantes y conservadores de colores apagados como el negro, el gris, el azul oscuro o el burdeos.

Allí no había nada rosa y mucho menos nada brillante.

Por un momento, deseó salir corriendo. Sentía que acababa de entrar en un club exclusivo al que no pertenecía.

Pero entonces Theo le puso una mano protectora en la espalda y la condujo hacia el centro de la sala, donde le presentó a una mujer llamada Harriet Fletcher, que la saludó con amabilidad.

—Es la primera vez que vienes a una de estas veladas, ¿verdad, querida?

—Sí.

Para sorpresa de Annie, Harriet la agarró del brazo como si fueran viejas amigas.

—Entonces, déjame que te aparte de Theo para que puedas conocer a todo el mundo. Theo, tu puedes ir a buscarle una copa a Annie.

—¿Champán? —le preguntó él mientras se alejaban.

—Sí, por favor.

Antes de que pudiera darse cuenta, tenía una copa de champán en la mano y Harriet le había presentado a una multitud de desconocidos, pero Harriet no tardó en apartarse a saludar a otros que acababan de

llegar. Annie buscó a Theo con la mirada, pero no lo vio, así que tuvo que quedarse con aquella gente a la que no conocía.

—¿Es usted profesora? —le preguntó entonces un hombre de mediana edad con cara afable.

—No, he venido con Theo Grainger.

El hombre asintió después de presentarse.

—¿Y cuál es su campo?

—¿Mi campo? —Annie buscó una respuesta adecuada, intentando no dejarse llevar por el pánico. La desesperación hizo que optara por bromear—. ¿Serviría un prado lleno de novillos Brahman? —el hombre la miró absolutamente desconcertado—. Lo siento, era un chiste muy malo. No tengo campo de estudio, por el momento. Verá, mis hermanos y yo dirigimos una explotación ganadera en el norte de Queensland.

—Es fascinante —dijo el caballero. Pero lo más sorprendente fue que lo decía completamente en serio. Resultó que aquel hombre era científico medioambiental y había hecho varios estudios en los ríos del norte de Queensland. Cuando Theo la encontró, el científico y ella estaban inmersos en una conversación sobre las diferentes especies de peces que habitaban el río Star.

—Me temo que voy a tener que llevarme a Annie a que conozca a algunos miembros del departamento de Filosofía —se disculpó Theo después de cinco minutos más de conversación.

Los nervios de Annie volvieron a tensarse. ¿Qué pensarían de ella los amigos y compañeros de Theo?

—¿Son todos tremendamente inteligentes? —le preguntó mientras cruzaban el salón.

—Tremendamente —asintió él con una sonrisa.

Dios. No recordaba absolutamente nada de lo que había leído esa mañana.

—Tengo miedo.

Theo se detuvo en seco y la miró.

—No puedes tener miedo, Annie. Tú no le tienes miedo a nada.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Me di cuenta de lo valiente que eras cuando… —cerró la boca de pronto como si hubiera cambiado de opinión.

—¿Cuándo?

Pero en lugar de responder, le tomó la mano y le besó suavemente los dedos.

Allí mismo, delante de todo el mundo. Y sonrió con tal ternura que; Annie tuvo miedo de echarse a llorar.

—Sólo tienes que ser tú misma, Annie —le dijo—. Todo el mundo

quedará fascinado contigo. Vamos.

Ni siquiera habían llegado al grupo cuando todos comenzaron a mirarlos y los siguieron con la vista hasta que estuvieron a su lado y empezaron las presentaciones.

El ambiente era relajado y todo el mundo se mostró muy amable cuando Theo les explicó que Annie estaba de visita en Brisbane, procedente del norte de Queensland.

—Cuéntanos —le dijo una mujer elegante de pelo negro que se presentó simplemente como Claudia—. ¿Cómo conociste a nuestro Theo?

Annie no se había preparado para responder a esa pregunta y no supo qué decir, pero Theo acudió al rescate.

—A través de mi sobrino, Damien —dijo—. Annie y él se conocieron charlando de Filosofía en Internet.

—¿Entonces también eres filósofa? —preguntó otra persona.

Annie consiguió reunir fuerzas para hablar.

—No, no. Me interesa la Filosofía, me fascina, pero tengo un conocimiento muy superficial. Creo que necesitaría mil años sólo para comprender a Aristóteles.

Todos respondieron con amables sonrisas.

—¿Qué anda haciendo el joven Damien? —preguntó un hombre llamado Rex.

—Todo lo que no debe —respondió Theo frunciendo el ceño.

—No le iría nada mal pasar seis duros meses cuidando ganado en un rancho — sugirió Annie y cruzó los dedos, esperando no haber hablado demasiado.

Pero, afortunadamente, todo el mundo estuvo de acuerdo con la idea.

—Una vez leí algo sobre un muchacho que se había pasado tres meses conduciendo ganado por Queensland él solo —mencionó Rex.

—Es increíble —opinó Theo.

—Mis hijos no serían capaces —intervino un hombre de mediana edad—. Entre otras cosas, no podrían vivir sin sus equipos de música.

—Ni sin pizza —añadió una mujer que debía de ser su esposa.

En ese momento llegó un camarero con una bandeja de canapés.

—Ese color te favorece mucho, Annie —le dijo otra mujer del grupo.

—Yo estaba pensando cómo podría llamarse ese color —dijo Claudia con menos amabilidad.

Había algo en esa Claudia que inquietaba a Annie y, al oír aquel comentario tan deliberado, no pudo resistirse a responder.

—La dependienta de la tienda lo llamó «brillo desnudo».

Rex se echó a reír.

—Me gusta —dijo—. Se llame como se llame, debería ser obligatorio.

Claudia meneó la cabeza y adoptó una expresión de cierto desprecio.

Annie rezó para que la conversación girara e torno a otra persona, pero Claudia parecía empeñada en no dejarla escapar tan fácilmente.

—¿Qué tal llevas la ciudad, Annie? —le preguntó en un tono horriblemente condescendiente.

—Muy bien, gracias. Me encanta Brisbane.

—¿No echas de menos los espacios abiertos y aire fresco del campo?

—La verdad es que no —admitió Annie con dulzura—. Echo de menos a mi perra, pero el dálmata de Theo, *Basil*, es un buen sustituto.

Claudia enarcó una ceja.

— *Basil* es un encanto, ¿verdad?

A pesar de la sonrisa que había en sus labios, el tono de Claudia había adquirido una palpable tensión. Entonces miró rápidamente a Theo y Annie se dio cuenta de que entre ellos dos había habido algo. ¿Habrían sido amantes?

Tras esa idea apareció otra. Era posible, muy posible, que el gesto de Theo de besarle la mano a la vista de todo el mundo hubiera sido más significativo de lo que Annie había creído.

Capítulo 7

Theo no creía que pudiera seguir mucho más tiempo compartiendo a Annie con tanta gente. Sus compañeros parecían encontrarla tan fascinante como él, pero desde la noche anterior sólo podía pensar en volver a besarla. Se estaba volviendo loco de deseo de acariciarla y abrazarla, y aquel vestido de color piel no hacía sino empeorar las cosas.

En el momento en que el profesor Gilmore comenzó a hablar por el micrófono y todo el mundo centró su atención en el pequeño estrado que había junto a los músicos, Theo aprovechó para agarrar a Annie de la mano y llevársela al fondo del salón.

—Ahora empiezan los discursos y presentaciones —le dijo—. Así que, a partir de ahora, será aún más aburrido.

—Pero si no me he aburrido nada. Tus amigos son muy amables —«la mayoría de ellos», pensó.

—Has causado sensación entre ellos —le dijo al oído—. Pero vámonos ya de aquí —ella lo miró con sorpresa y Theo sonrió, esperando que su gesto resultara ansioso—. Ya hemos cumplido con nuestra obligación, no hace falta que nos quedemos más. Vamos, larguémonos ahora que nadie nos mira.

—¿Adónde vamos? —le preguntó ella mientras la llevaba hacia la puerta.

—A casa.

La miró y vio que se había sonrojado desde el cuello hasta la frente.

—¿Te parece bien, Annie?

—Sí —respondió rápidamente—. Sí, por supuesto.

Mientras se dirigían al aparcamiento, Theo necesitó hasta el último ápice de autocontrol para contenerse y no llevarla a un rincón oscuro, ponerla contra la pared y besarla hasta volverla loca.

¿Qué demonios le pasaba?

Hacía años que no se sentía tan fuera de control.

Y, sin embargo, nunca había necesitado más ese control.

Annie era una mujer entusiasta y desinhibida, pero también era inocente y confiada. Era joven y vulnerable.

En realidad, Theo no tenía la menor idea de cuánta experiencia tendría con hombres. En cualquier caso, debía cuidarla, merecía un encuentro suave y cariñoso.

Llevaba las últimas veinticuatro horas imaginándolo una y otra vez y ardía en deseos de hacerle el amor despacio, con exquisita sensibilidad y contención.

Al menos, ése era el plan.

***

Annie apenas podía respirar de la impaciencia.

Ninguno de los dos había dicho nada, pero ella sabía bien el motivo por el que Theo quería marcharse tan pronto de la fiesta. La conexión física había ido creciendo entre ellos desde la noche anterior y en aquel momento ambos estaban tan excitados que el ambiente parecía cargado de electricidad.

Al llegar al coche, Theo le abrió la puerta y Annie pasó junto a él sin siquiera atreverse a mirarlo, pero sólo con rozarlo suavemente el calor aumentó dentro de ella. Con la capota cerrada, el interior del vehículo se había llenado de su olor, el aroma cálido de su loción de afeitado que pudo sentir aún con más intensidad cuando se sentó al volante. Puso en marcha el motor sin decir nada.

Dios. Annie tenía recordarse a sí misma seguir respirando.

Theo estaba llevándola a casa… para hacerle el amor.

Vio cómo sus manos se movían sobre el volante. Tenía unas manos preciosas; fuertes, seguras, hábiles. Perfectas.

«Madre mía, otra vez se me ha olvidado respirar».

Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento de cuero y cerró los ojos, pero no fue buena idea porque sólo consiguió imaginar las manos de Theo acariciándola.

Volvió a abrir los ojos y trató de concentrarse en el paisaje de la ciudad que pasaba rápidamente junto a ellos. Veía las luces de neón, el tráfico endiablado y los semáforos; comparado con las carreteras polvorientas del Outback, allí todo parecía emocionante y peligroso. Tan emocionante como lo que le estaba pasando. Aquella noche todo lo que deseaba estaba a su lado, llevándola a casa a toda prisa.

Sólo habría deseado no estar tan nerviosa. Pero no creía que hubiera una chica en el mundo a la que no le pusiera nerviosa la idea de hacer el amor con el doctor Theo Grainger. ¡Era algo muy grande!

¿Se daría cuenta Theo del tiempo que llevaba sin hacer el amor? Quizá estuviera acostumbrado a estar con mujeres sofisticadas y de gran experiencia…mujeres como Claudia.

De pronto su voz profunda rompió el silencio.

—Pensé que pasarías todo el trayecto bombardeándome a preguntas.

—Pues… me he quedado sin preguntas.

Por una vez, no se le ocurría nada que decir y parecía que a Theo tampoco.

Fueron en silencio hasta a la casa, Theo metió el coche en el garaje y fueron a saludar a *Basil*, que esperaba ansioso junto a la puerta. Theo dejó las llaves sobre la mesa, con un tintineo que retumbó en toda la casa. El silencio era absoluto.

De pronto, Annie sintió la necesidad de hablar, de decir algo… cualquier cosa.

—¿Tienes hambre?

—¿Hambre?

—Mis hermanos siempre llegan de las fiestas muertos de hambre. Dicen que los canapés no son comida de verdad.

Theo parecía algo sorprendido.

—Supongo que podríamos cenar algo.

—Podría hacer algo ligero… ¿unos huevos revueltos?

—Me parece… bien.

Annie empezó a moverse por la cocina a toda velocidad, sacó los huevos y la leche y salió al jardín a arrancar un poco de perejil. Al volver, encontró a Theo mirando los ingredientes con desconcierto.

Ella estaba tan tensa que tema la sensación de estar a punto de romperse en dos.

—Annie —Theo se acercó a ella por detrás y le agarró la mano en la que aún tenía el perejil—. ¿De verdad tienes hambre?

—No —estuvo a punto de estrujar el perejil al volverse a mirarlo —. Quiero decir… sí. No sé, pensé que…

¿Qué le pasaba? No era eso lo que quería que ocurriera esa noche. Todo estaba saliendo mal.

Él sonrió, le quitó el perejil de la mano y lo dejó sobre la encimera de la cocina.

—¿Por qué demonios estamos haciendo huevos revueltos si ninguno de los dos tenemos hambre?

—Pues… porque yo lo sugerí, supongo. Yo… pensé que…

Theo le puso un dedo sobre los labios. Un dedo fuerte, seguro y habilidoso. Perfecto. Annie sintió que el corazón se le escapaba del pecho.

—Olvídate de la cena —le dijo él.

Ella asintió.

—Me temo que esta atracción no va a desaparecer. Al menos, no por mi parte.

—Por la mía tampoco.

Theo le pasó las manos por los hombros, siguiendo el recorrido de los tirantes del vestido.

—Llevo toda la noche queriendo decirte lo increíble que estás. Este brillo desnudo me ha tenido muy distraído.

—Eso esperaba cuando lo compré —eso sonaba mucho más audaz de lo que se sentía.

—¿Entonces planeabas seducirme?

—Sí, bueno… había considerado la idea.

En su rostro apareció una de sus maravillosas sonrisas.

—Debo decir que me gusta cómo funciona tu mente, Annie McKinnon.

Bajó las manos hasta su cintura al tiempo que bajaba también la cabeza hasta rozarle los labios. Annie esperaba que no le importara que estuviera casi temblando.

No parecía. Un minuto después, le agarró el rostro entre ambas manos y la besó de verdad, con labios lentos, suaves y seductores.

—Dime… —murmuró—. ¿Quieres hacer algo con esta atracción?

—Sí… claro que quiero.

Ahora sí estaba temblando y ni siquiera sabía si le aguantarían las rodillas, pero justo entonces Theo la levantó en brazos y dejó de importarle.

—¡Te vas a hacer daño! —pero él continuó hacia la escalera sin hacer caso a sus protestas—. Peso demasiado, Theo. No subas las escaleras conmigo en brazos.

Pero lo hizo sin la menor muestra de cansancio y la llevó a su dormitorio.

El dormitorio de Theo Grainger. La habitación de la cama enorme, la colcha de color crema y los almohadones de seda.

Y Theo.

La dejó sobre la cama y se tumbó a su lado para seguir besándola. Annie cerró los ojos lánguidamente mientras él la besaba despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Ella se rindió de inmediato al placer de sus caricias, a la sensualidad de sus labios, a la pasión de sus suaves mordiscos y al ardor de una lengua que buscaba suya.

Se había olvidado por completo de los nervios.

—Tienes una boca maravillosa —murmuró él.

—Y tú das unos besos increíbles —respondió Annie en un susurro.

Siguió besándola y acariciándole los hombros y los brazos. Bajo sus manos, el cuerpo de Annie se volvió cálido, ardiente. ¿Cómo había podido estar nerviosa en algún momento? Estaba con Theo y todo era perfecto. Él sabía bien lo que era mejor para ella.

Se le cortó la respiración al sentir su mano en el muslo. Un estallido de deseo la inundó por dentro y de pronto se impacientó por sentirlo en todas partes.

—Necesito quitarme este vestido.

Él recibió aquella confesión con sorpresa y luego riéndose.

—Cuidado, Annie —le dijo al ver cómo se agitaba intentando despojarse de la prenda—. No vayas a romperlo la primera vez que te lo pones.

—Ayúdame.

Lo hizo, luego se llevó el vestido y lo colocó cuidadosamente sobre una butaca.

Sin embargo, cuando se quitó su ropa, la dejó en el suelo sin prestarle la menor atención.

Toda su atención se centraba en Annie.

Ella tampoco podía apartar los ojos de él. Theo era todo lo que siempre había deseado en un hombre. Tenía el corazón desbocado, le ardía la piel y todo su cuerpo palpitaba de deseo por él.

Al volver a la cama la observó detenidamente y ella se sintió perfecta bajo su mirada. Sus manos pudieron recorrer entonces cada centímetro de su piel; los brazos, la curva de las caderas, la cintura y los pechos. Ella también exploró su cuerpo masculino, recorrió lentamente el contorno de sus hombros, el vello que cubría su pecho, y fue bajando más y más.

Con cada beso, con cada caricia, la pasión, el deseo y la intimidad crecían. El placer del momento hizo que arqueara el cuerpo. Se sentía maravillosamente libre y se alegraba de que los pequeños gemidos que salían de sus labios le dijeran a Theo cuánto disfrutaba de sus caricias. Aquel movimiento desató la pasión entre ellos, hizo que el ritmo cambiara y la seducción se convirtiera en algo más intenso, más salvaje.

Annie susurró su nombre y él susurró el de ella, convirtiéndolo en una caricia al pronunciarlo una y otra vez hasta que las letras se perdieron en un largo beso antes de que ambos se dejaran llevar irremisiblemente; dos amantes apasionados arrastrados por la necesidad.

Theo perdió la mirada en la oscuridad. Annie descansaba con la cabeza apoyada en su pecho y podía sentir el roce de su aliento en la piel mientras esperaba que llegara el arrepentimiento.

Tenía razones de sobra para sentir remordimientos. Acababa de hacer el amor con una mujer que sin duda era demasiado joven y confiada para mantener una relación informal y sin compromisos. Annie McKinnon era la clase de chica que necesita creer que el sexo era un símbolo de compromiso. Un acto de fe.

Ahora, mientras ella dormía, Theo repasó una y otra vez los motivos que lo habían llevado a hacerlo, esperando sentirse culpable

en cualquier momento. Pero no fue así. Por mucho que se atormentara y se recriminara su comportamiento, lo cierto era que no lo lamentaba en absoluto. Ni el sentido común, ni la lógica, ni las teorías sobre la compatibilidad podían con la fuerza de sus sentimientos.

Esa noche, junto a Annie, había sentido una ternura y una emoción que nada tenían que ver con la razón o la teoría. Quizá hubiera perdido la cabeza, pero había encontrado su corazón. Por mucho que el sentido común le dijera que había sido un error acostarse con ella, algo más profundo le decía que era posible que, al dejarse llevar de ese modo, hubiera tomado una decisión y que la pasión que había compartido con Annie McKinnon no fuera ni informal ni sin compromisos.

Lo cual conducía a una sorprendente conclusión.

Era posible, bastante posible, que estuviese enamorándose de ella. Y no sentía que fuese un error.

Capítulo 8

El desayuno que compartieron a la mañana siguiente fue abundante, plácido…y muy largo.

Basil tuvo que perderse el primer paseo del día porque Annie y Theo se quedaron en la cama hasta bien entrada la mañana. Theo no parecía tener prisa alguna por irse a trabajar y estaba encantado de quedarse desayunando con Annie.

Sentados en el patio, se quedaron charlando después de la última taza de café, robándose de vez en cuando besos que sabían a fresas y a sol como sólo saben los besos de los amantes que acaban de descubrir la cálida felicidad. Hablaron de la felicidad, de si *Basil* podría percibir la que ellos sentían y si los perros serían capaces de ser tan felices como lo eran ellos en aquella preciosa mañana soleada.

Ninguno de los dos se atrevía a sugerir la posibilidad de que aquella felicidad pudiera ser fugaz, que pudiera escapárseles entre los dedos cuando menos se lo esperaban.

Podrían haberse pasado la eternidad charlando y flirteando igual que se habían pasado una eternidad haciendo el amor durante toda la noche y también por la mañana, pero finalmente llegó el momento en el que Theo miró la hora y anunció que debía irse a trabajar.

—Yo sacaré a pasear a *Basil* —se ofreció Annie.

—No importa que no salga por un día.

—A mí me gusta sacarlo. Además, necesito bajar las tortitas para poder ir luego a comer con Mel.

Se dieron unos cuantos besos más antes de que él se marchara.

Mel miró a Annie una sola vez y se llevó las manos a la cabeza.

—Ay Dios mío, ha ocurrido, ¿verdad?

—¿El qué?

Annie necesitó varios segundos de pánico para convencerse de que no era posible que todo el mundo supiera lo que había estado haciendo toda la noche con sólo mirarla. Pero parecía que Mel sí y eso la hizo avergonzarse.

—Estás enamorada hasta el tuétano —dijo su amiga.

—¿Se nota?

—Claro que se nota, Annie. Te brilla la cara con tanta intensidad que podría iluminar toda la ciudad.

Era absurdo fingir que no era cierto, así que asintió.

—¿Y qué hay de Theo? ¿Siente lo mismo que tú?

—Pues… parece… Sí, creo que sí, Mel.

—Vaya, Annie, ligarse al doctor Theo es una buena jugada.

Annie respiró hondo. ¿Ligar? ¿Jugada? ¿Era eso lo que había hecho? No lo creía.

Hacer el amor con Theo había sido algo muy especial.

Fingió que miraba la carta con interés.

—¿Vas a tomar una ensalada, Mel?

—Eso me temo. Un tipo del trabajo me ha invitado a una fiesta de gala el mes que viene y quiero adelgazar un poco para poder enfundarme algo estrecho, rojo y sin tirantes.

—¿Un tipo del trabajo? —Annie aprovechó la oportunidad de desviar la atención de sí misma—. Cuéntame.

Afortunadamente, Mel estuvo encantada de hablarle de Bill Brown y luego le contó la última experiencia de Victoria con las citas rápidas. Y así transcurrió la comida sin que volvieran a mencionar a Theo. Pero antes de despedirse…

—¿Y qué va a pasar ahora, Annie? ¿Sigues pensando en volver al norte de Queensland la semana que viene, o piensas quedarte con Theo?

—Si todo sale bien, no creo que vuelva a Southern Cross —dijo Annie, y luego sintió un escalofrío al pensar en lo fácil que le había resultado anunciar tan importante y sorprendente decisión.

Los siguientes días fueron, sencillamente, mágicos. Primero llegó el fin de semana, dos días enteros para disfrutar de toda la atención de Theo; dos días para explorar Brisbane juntos.

—Tu entusiasmo es como una brisa fresca —le dijo un día Theo—. Me encanta ver mi ciudad a través de tus ojos.

Una vez comenzada la semana de trabajo, Annie llevaba a *Basil* a pasear o hacía cosas en la casa y en el jardín. Continuó visitando las galerías y museos de Brisbane y por la tarde hablaba con Theo de lo que había descubierto.

Era increíble que Annie se hubiese transformado tan fácilmente en una amante tan apasionada, y la transformación de Theo no había sido menos espectacular; a Annie aún le sorprendía que aquel hombre ardiente y atrevido fuera el «tío» formal y educado que había conocido hacía no mucho tiempo.

Y luego estaba otra clase de conexión que había surgido mágicamente entre ellos y que a veces se veía relegada por la pasión, pero surgía en otros momentos.

Annie no se cansaba de hablar con Theo; hablaban absolutamente de todo y ella estaba tan loca por su mente como por su cuerpo. Y por

su sonrisa. Lo más fabuloso de todo era que Theo estaba igualmente empeñado en descubrir a la verdadera Annie. Ella nunca había conocido a nadie que mostrara tanto interés por sus ideas, su pasado, su presente y sus sueños de futuro. Resultaba muy halagador.

—Quiero saber más cosas sobre Southern Cross —le dijo Theo una mañana—. ¿Tienes algún lugar preferido?

—Muchos.

—¿Alguno en particular al que escapas cuando quieres estar sola?

—Sí, a un sitio junto al río.

—Descríbemelo —le pidió al tiempo que la apretaba contra sí para darle un beso en el cuello—. Cierra los ojos e imagina que estás allí, así yo también podré verlo.

Annie se acurrucó contra él y le describió con todo lujo de detalles un paraje en el que el agua era transparente y tan tranquila que parecía que no se movía. El suelo estaba cubierto de hierba y, en primavera, se llenaba de diminutas flores lilas. En la otra orilla había un enorme mirto cuyas ramas se inclinaban sobre el agua. A lo lejos todo se cubría con eucaliptos que parecían llegar al cielo.

—¿Oyes algo? —siguió preguntándole Theo.

—De vez en cuando se oye una brisa que mueve los árboles y también se oyen pájaros; alguna paloma y muchos pájaros *comemiel*.

Theo le apartó un mechón de pelo de la cara y le dio un beso en la frente.

—¿Estás segura de que no echas de menos todo aquello?

Annie no podía verle bien la cara, pero creyó oír cierta tensión en su voz.

—Completamente segura, Theo. Me encanta el Outback y supongo que siempre será mi hogar, un lugar al que me encantará ir de visita, pero yo nunca sentí que aquél fuera mi lugar como les ocurre a mis hermanos. Últimamente tenía la sensación de ahogarme, necesitaba escapar. Damien sólo fue una excusa; hacía tiempo que estaba desesperada por venir a la ciudad.

Theo parecía satisfecho con la respuesta.

—Ahora te toca a ti —anunció Annie poco después—. Háblame de algún lugar que te guste mucho… Algún sitio de Italia.

—¿De qué ciudad?

—La que quieras, todas me parecerán emocionantes.

—Está bien, pero antes dame un beso.

Annie estuvo encantada de obedecer. Estrechándola en sus brazos, Theo le describió la vista que tenía desde el apartamento en el que había vivido mientras estudiaba en Roma. Estaba situado en el viejo barrio del Trastévere, adonde acudían músicos, escritores y artistas del

mundo entero.

Con esa voz profunda y maravillosa suya iba contándole todo lo que veía desde su ventana y Annie casi podía ver la suave luz de la mañana, la colina con cipreses y pinos que había a lo lejos y los tejados, cúpulas y antenas que se mezclaban entre templos antiguos y arquitectura moderna. Era como estar allí, con él.

—¿Ves a alguien?

—Sí, abajo, en la *piazza* empedrada, hay un camarero poniendo las sombrillas de la terraza del restaurante y un señor abriendo el quiosco de prensa.

—¿Y las mujeres? ¿Todavía están en la cama?

—Hay una —dijo, riéndose—. Está regando los geranios que tiene en el balcón.

—¿Hay algún olor?

—Sí, el aire huele a pan recién hecho y a masa de pizza.

—Qué rico. Suena increíble, Theo.

—Lo es.

—Me encantaría ir algún día.

—Yo te llevaré.

Annie se sentó en la cama de un salto y lo miró, emocionada.

—¿Lo dices en serio?

—Sí —respondió de inmediato, y parecía casi tan sorprendido como ella—. Completamente en serio.

Cuando salía a pasear con *Basil*, a Annie le gustaba explorar las calles cercanas a la casa de Theo, donde aún quedaban viejas casitas de trabajadores entre bloques de apartamentos y casas más modernas. Se había fijado en que en aquella zona vivía bastante gente mayor que solía sonreír e incluso saludarla al verla pasar por allí, como hacía la gente de Mirrabrook.

Se sentía casi como en casa.

Fue así como conoció a George.

Estaba apoyado en la puerta de su casa cuando ella pasó y le dio los buenos días. El caballero la saludó también y de pronto *Basil* echó a correr hacia él, tirando de ella con la correa.

—Hola, *Basil*, compañero —dijo el hombre, acariciándole la cabeza al perro.

—¿Se conocen? —preguntó Annie.

—Claro —respondió el señor con orgullo—. Yo soy el abuelo de *Basil*.

Annie se echó a reír, pero la risa se convirtió pronto en sorpresa al

darse cuenta de lo que eso implicaba. Al ver su confusión, el caballero se rió también y se lo aclaró: —Soy George Grainger, el padre de Theo.

Annie lo miró, atónita, pues no se le había ocurrido pensar que el padre de Theo pudiera vivir tan cerca.

—¿Entonces usted es el padre de Theo?

—Así es.

—Vaya… Qué agradable sorpresa.

—Tú debes de ser Annie.

—¿Ha oído hablar de mí?

—Claro que sí, querida. A Damien y a Theo —dijo al tiempo que le tendía la mano—. Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo, señor Grainger.

Entonces pudo ver el parecido entre padre e hijo. Aunque George era más bajo y tenía el rostro surcado de arrugas, detrás de las gafas tenía los mismos ojos castaños que su hijo y que su nieto.

Unos ojos que la miraban con interés y con alegría.

Enseguida la invitó a entrar y Annie no dudó en hacerlo.

—¿Qué tal está Damien? —le preguntó sin saber qué sabría exactamente George de su relación con su hijo y su nieto.

—Está muy bien. Ahora está trabajando.

Annie se preguntó qué diría Theo si la viera entrando a casa de su padre.

—Aquí vivía Theo cuando era niño, ¿lo sabías?

—No, no lo sabía —dijo ella—. ¿Entonces ha vivido siempre en la misma zona de Brisbane?

—Sí, excepto los cursos que pasó en el extranjero. Se compró la casa en la que vive ahora cuando su madre cayó enferma, para poder estar cerca. Mi mujer murió hace cuatro años.

—Lo siento mucho.

—Theo es un buen hijo.

Annie intentó imaginarlo en aquella pequeña casa, viviendo con su hermana y con sus padres. De pronto se sintió algo avergonzada. ¿Qué pensaría un hombre de la generación de George de una chica que se había ido a vivir con su hijo y que se acostaba con él, conociéndolo tan poco?

—Supongo que se preguntará por qué Damien se fue de casa de Theo.

—Me lo explicó mi hijo —respondió George—. Vino la semana pasada para asegurarse de que Damien estaba aquí y para informarme de todo. Por supuesto, su versión no era exactamente igual que la de Damien.

Le habría encantado saber qué era lo que le había contado cada uno de ellos, pero se contuvo de preguntárselo.

George Grainger le ofreció un té que Annie aceptó y unos minutos después estaban sentados en la acogedora cocina mientras *Basil* esperaba, tumbado al sol.

—Está delicioso, señor Grainger.

—Llámame George —le pidió y empezó a preguntarle cosas sobre su vida en el Outback.

Cuando Annie quiso darse cuenta, ya le había contado casi todos los detalles de su existencia, incluyendo la muerte de su padre y el regreso a Escocia de su madre.

Le había confesado incluso lo sola que se había sentido… y que había conocido a Damien por Internet.

—Debes de echar mucho de menos a tu madre —supuso.

—Sí —respondió Annie y respiró hondo para no sentir aquella punzada que aparecía cada vez que pensaba en la facilidad con la que su madre se había instalado en el otro extremo del mundo.

George la observó con amabilidad durante unos segundos, pero al ver que no decía nada más, empezó él a contarle cosas sobre Theo. Le confesó que su mujer nunca había comprendido bien cómo habían podido tener un hijo tan inteligente y luego le dijo lo bien que había cuidado siempre de Damien.

Annie habría estado encantada de quedarse charlando con él. Entre los dos podrían haber formado un club de admiradores de Theo Grainger, pero había prometido ir a buscar a Mel al trabajo para comer juntas, así que no le quedó más remedio que despedirse de George.

—Vuelve a visitarme pronto —le pidió él mientras la acompañaba a la puerta.

—Con mucho gusto.

Annie estaba ya en la calle con *Basil* cuando George le dijo desde la puerta:

—Eres tú, Annie.

—¿Cómo?

El señor Grainger la miró con una sonrisa tímida.

—La mujer que esperaba para Theo.

Empezaron a arderle las mejillas y tuvo que bajar la vista.

—No sé qué decir, George. Me has dejado sin palabras.

—Lo siento —dijo él rápidamente—. Sé que he sido un poco brusco. Soy un tonto, pero no te preocupes, que no le diré nada a Theo —se agachó a acariciar a *Basil* por última vez—. No creo que sea necesario, ¿verdad, amigo? —le dijo al perro—. No si Theo es tan

inteligente como parece.

Mientras volvía a casa en coche con un ramo de flores, comida para llevar de un restaurante tailandés y una carísima botella de vino, e imaginaba a Annie esperándolo, Theo tuvo la certeza de que su vida era perfecta.

Al principio se le había ocurrido invitar a Annie a cenar fuera, en La Piastra quizá, pero enseguida se había dado cuenta de que seguía sin querer compartirla con nadie. Quería, no, necesitaba, estar a solas con ella. Los dos solos, toda la noche.

Imaginó la sonrisa que aparecería en su rostro al verlo aparecer con las flores.

Siempre apreciaba mucho los pequeños detalles y nunca dudaba en expresar el placer que sentía. Sus ojos, su rostro, todo su cuerpo reaccionaba de manera natural.

Y su espontaneidad era contagiosa. Esa semana Theo se había descubierto silbando en el trabajo en varias ocasiones. Y a sus compañeros no se les había pasado por alto su alegría. Pero no quería pensar en las miradas irónicas ni en los comentarios de sus colegas. Ya casi estaba en casa.

Y al pensar en casa, se dio cuenta de otro cambio: había empezado a pensar en Annie como parte de su vida y le horrorizaba la idea de que volviera a Southern Cross. Tenía que decirle cuánto deseaba que se quedara con él. También quería presentársela a su padre; estaba seguro de que se llevarían de maravilla. Incluso había empezado a hacer planes de futuro para Damien, pues sabía que no podría quedarse para siempre en casa de George. Su sobrino empezaría la universidad muy pronto y quizás le gustara vivir en una residencia de estudiantes.

Salió del coche con una enorme sonrisa en los labios, una sonrisa que desapareció al ver que frente a la casa había aparcado un enorme coche de color verde oscuro.

Claudia.

¿Qué demonios estaba haciendo allí? Theo no era muy dado a las premoniciones, pero en cuanto vio el coche de Claudia, en su interior saltó la señal de alarma. ¿Cuánto tiempo llevaría allí? ¿Qué tal habría llevado Annie la visita?

Frunció el ceño al imaginar la reacción de Claudia cuando lo viera llegar con las flores y el vino. Estuvo a punto de dejar las flores en el coche, pero una repentina lealtad hacia Annie le hizo cambiar de opinión. Claudia podía pensar lo que le diera la gana.

Las encontró sentadas en el jardín.

—Qué imagen tan encantadora —comentó Claudia al verlo acercarse—. Esas flores te favorecen mucho, Theo. Deberías llevar siempre un ramo en la mano.

—Hola, Claudia —intentó mostrarse amable, pero probablemente no lo consiguió. Luego miró a Annie y le ofreció la mejor de sus sonrisas—. Hola. ¿Qué tal la comida?

—La comida ha estado muy bien —recalcó, dando a entender que después de eso la cosa no había hecho sino empeorar—. Qué flores tan bonitas, Theo.

—Voy a dejar todo esto en la cocina y vuelvo con vosotras.

Pero Claudia se puso en pie de un salto.

—Te acompaño, Theo. Quiero hablar de algo contigo. Se trata de un asunto de trabajo —Claudia apartó la mirada antes de añadir—: Me temo que tengo malas noticias.

Theo sintió de repente una presión gélida en el pecho. No tenía la menor idea de qué podía ser, pero aquella visita no le había dado ninguna buena impresión desde el principio.

—¿No podrías haberme dado esas malas noticias en el trabajo? —le preguntó con aparente calma.

—He estado reunida toda la tarde y luego no he podido encontrarte…Seguramente habías salido ya a comprar todas estas cosas maravillosas —dijo esbozando una sonrisa que resultó casi cruel—. Pero, puesto que somos amigos, he preferido no hacerte esperar y venir a verte antes de que te enteraras por otra persona.

—¿Enterarme de qué, Claudia? ¿Qué ha pasado, por el amor de Dios?

Claudia lanzó una mirada hacia Annie, que tenía las mejillas enrojecidas y los ojos llenos de preocupación.

—Prefiero hablar contigo en privado —anunció Claudia.

—Entonces, vamos a mi despacho —tuvo que hacer un esfuerzo para no parecer alarmado al mirar a Annie—. Discúlpanos, Annie.

Annie tenía el estómago encogido, pero hizo un esfuerzo y fue a poner el vino blanco en la nevera y las flores en agua. Eran unas flores maravillosas, pero al colocarlas en el salón se dio cuenta de que no podía disfrutarlas mientras Theo estaba hablando con Claudia en su despacho.

Podía oír el murmullo de sus voces y eso le revolvió aún más el estómago.

Quizá estuviera siendo un poco paranoica, pero lo cierto era que tenía la certeza de que las malas noticias de Claudia tenían algo que ver con ella; se lo decía aquella extraña sensación en el estómago.

La media hora que había pasado con ella hasta la llegada de Theo había sido horrible. Claudia había fingido tener cierto interés por su vida en el norte de Queensland, pero apenas había podido ocultar su aburrimiento y cuando Annie le había preguntado por Brisbane y por la universidad, su tono había sido de lo más condescendiente. Sin llegar a decirlo abiertamente, aquella mujer le había dejado ver claramente que no alcanzaba a comprender cómo su querido Theo podía haberse encaprichado de una muchacha tan insulta y poco inteligente llegada de la Australia más remota.

En ese momento dejaron de oírse las voces y Annie volvió corriendo a la cocina para que no creyeran que había estado escuchándolos. *Basil* estaba tumbado en el escalón de la puerta que conducía al jardín y Annie fue a sentarse con él.

—¿Qué estará pasando ahí dentro? —le preguntó mientras lo acariciaba. El animal emitió un suave sonido y la miró como si tratara de reconfortarla—. Tú me entiendes, ¿verdad, pequeño?

—Veo que realmente te llevas bien con *Basil*.

Annie se sobresaltó al oír la voz de Claudia porque ni siquiera la había oído acercarse. Se volvió a mirarla y le sorprendió ver que Theo no estaba con ella.

—¿Habéis terminado de hablar? —le preguntó al tiempo que se ponía en pie.

—Sí —respondió Claudia sacando las llaves del coche de su bolso —. Supongo que querrás entrar a consolarlo.

—¿Qué… qué ha ocurrido? —murmuró, alarmada.

—Me he visto obligada a dejarlo libre.

—¿Dejarlo libre? ¿Qué quieres decir?

—Al final de año debíamos considerar la renovación de su contrato, pero el departamento ha sufrido un recorte de fondos y hemos tenido que tomar una difícil decisión.

Annie la miró, boquiabierta.

—¿No estarás diciendo que lo habéis despedido?

—Créeme, Annie, para nosotros también ha sido muy triste, pero comprendo que tú te sientas particularmente mal. Ya vi cuánto te esforzarte por encajar en la fiesta de la semana pasada. Lo siento mucho, pero me temo que tus esfuerzos no han servido de nada.

Annie la miró sin saber qué decir durante unos segundos.

—Claro que me siento mal —dijo por fin—. Me siento fatal por Theo.

Claudia meneó la cabeza y levantó la mirada hacia el cielo en un gesto de impaciencia e incomprensión.

—¿Qué ocurre? —preguntó Annie, sin saber si realmente estaba

emocionada o era muy buena actriz—. ¿Hay algún otro motivo por el que debería sentirme mal?

—Me parece que no te das cuenta de cuál es el problema, ¿verdad, Annie?

Annie sintió ganas de abofetearla.

—Lo haría si me lo explicaras un poco mejor.

—A veces no queremos darnos cuenta de que podemos ser una carga o un obstáculo para la gente que nos importa.

—¿Una carga? —empezaron a temblarle las piernas—. ¿Estás diciendo que es culpa mía? ¿Que Theo ha perdido su trabajo por mí?

El gesto victorioso que apareció en los ojos del Claudia duró tan sólo un instante, lo suficiente para que Annie viera que ése era el mensaje que pretendía darle.

—¿Cómo podría yo ser un obstáculo en la carrera de Theo? Hace sólo una semana que lo conozco.

Esa vez Claudia prefirió no responder, seguramente porque ya había plantado las semillas necesarias. Se dio media vuelta sin decir nada más salió de allí, dejando a Annie sola y con náuseas.

No tenía ningún sentido. ¿Cómo había podido causar tanto mal en la vida de Theo en tan poco tiempo?

Recordó la fiesta de la semana anterior, recordó el tonto comentario sobre el nombre del vestido. Recordó también el beso que Theo le había dado en la mano a la vista de todo el mundo y cómo se la había llevado de allí cuando aún era muy pronto.

No podía ser que en pleno siglo XXI eso pudiera provocar un escándalo capaz de servir de motivo para que lo despidieran. A menos que…

La noche de la fiesta Annie había sospechado que en algún momento había habido algo entre Theo y Claudia; ahora estaba casi segura de ello. Y aún estaba más segura de que Claudia no lo había superado.

Capítulo 9

Annie fue corriendo al despacho de Theo y lo encontró sentado con los codos apoyados en el escritorio y la cabeza sobre las manos. Se detuvo en la puerta. Quería correr a abrazarlo, pero las palabras de Claudia habían debilitado su confianza. No podía creer que lo hubieran despedido por ella. Respiró hondo para no echarse a llorar. Por el momento, tendría que ser fuerte y olvidarse de las acusaciones de Claudia.

Fuera estaba oscureciendo y la única luz del despacho procedía de la lámpara del escritorio. A pesar de la situación, Annie no pudo evitar fijarse en su cabello oscuro, que brillaba bajo la luz.

«¿Qué voy a hacer? Estoy completamente enamorada de este hombre. No podría soportar tener que separarme de él».

—Hola —dijo Theo al levantar la vista y verla en la puerta—. No te había oído.

—Theo, lo siento muchísimo —murmuró Annie entrando a la habitación.

—¿Te lo ha dicho Claudia?

—Sí, es terrible.

—Debo admitir que estoy estupefacto —dijo antes de esbozar una sonrisa y pedirle que se acercara.

Annie fue hasta su escritorio y, sentada en el borde, le acarició la mejilla. Era evidente que estaba más dolido de lo que dejaba ver y ella no soportaba verlo así.

—No entiendo cómo pueden hacerte esto, Theo.

—Pues parece que muy fácilmente. Normalmente, los profesores interinos reciben algún tipo de aviso antes de que les rescindan el contrato, pero no tiene por qué ser así.

—Puede que sea legal, pero me parece una crueldad —al ver que no decía nada, no pudo evitar preguntarle—: ¿Cómo es que ha sido Claudia la que te lo ha comunicado?

—Porque es la jefa del departamento.

—¿Claudia es tu jefa? —preguntó, horrorizada.

—Sí —Theo debió de ver algo en su rostro, porque enseguida añadió—: Es una mujer inteligente y muy preparada.

—Puede ser, pero la manera de despedirte no ha sido ética ni considerada.

—No te preocupes, Annie. Perder el trabajo no es el fin del mundo. Estoy bien.

Debería haber imaginado que Theo se mostraría estoico.

—Estoy más enfadada que preocupada —tuvo que apretar los

labios para no decir nada más, pues no quería que Theo pensara que estaba siendo injusta con Claudia. Pero era muy impetuosa y no pudo contenerse por mucho tiempo—. Theo, ¿crees que Claudia está enamorada de ti?

Theo se mostró sorprendido y apartó la mirada rápidamente.

—Por supuesto que no.

—Pero entre vosotros hubo algo, ¿verdad? —preguntó, con un nudo de pánico en la garganta.

—Sí —le dijo él con los ojos oscurecidos por la preocupación—. Pero hace mucho que acabó —buscó su mano—. Hace casi dos años.

—Yo no estaría tan segura de que haya acabado.

—Créeme, Annie, entre Claudia y yo ya no hay absolutamente nada.

—Puede que tú lo veas así, pero me parece que ella sigue sintiendo algo por ti. Puede que lo que ha pasado hoy sea obra del monstruo de los celos.

Theo frunció el ceño y meneó la cabeza.

—Claudia está por encima de todo eso.

Dios, no tenía la menor idea.

—Lo siento, Theo, pero no estoy de acuerdo contigo. No comprendo que estuviera pensando con lógica al decidir despedir a uno de sus mejores profesores.

—No soy uno de sus mejores profesores.

—Claro que sí. No sabes la cantidad de gente que se acercó durante la fiesta de la semana pasada a decirme lo buen profesional que eres —le dio un beso en la mejilla y se apartó de él rápidamente.

«No debo llorar. No debo llorar». Se pasó los brazos por el estómago y clavó la mirada al otro lado de la ventana.

—Este despido no tiene nada que ver con la calidad de tu trabajo —tuvo que tragar saliva para no sollozar—. Es culpa mía, Theo. Yo soy el problema.

—Por el amor de Dios, Annie, no digas eso —le pidió.

El dolor que desprendía su voz le desgarraba el corazón. Claudia no le había dicho nada a él. Tenía todo el sentido del mundo. Claudia era demasiado lista como para confesar abiertamente que Annie era la causante de su despido. Además, Theo era demasiado bueno y carecía de intuición femenina, por lo que ni siquiera se atrevería a sospechar algo tan rastrero.

—Me temo que es cierto —dijo Annie sin volverse a mirarlo—. Si te dejara, recuperarías tu empleo de inmediato.

Theo se levantó, fue hasta ella y le puso una mano en cada brazo. Ella estuvo a punto de romper a llorar al sentir su contacto.

—No quiero que se te pase por la cabeza siquiera la idea de dejarme —la estrechó entre sus brazos y empezó a darle besos en el cuello.

Annie estaba destrozada. Tenía el corazón roto. No quería irse… no quería abandonarlo.

—Esto no es culpa tuya —susurró él antes de darle la vuelta entre los brazos, y le cubrió de besos las mejillas, mojadas por las lágrimas —. Quiero que formes parte de mi vida, Annie.

«Ay, Theo. Mi maravilloso y querido Theo».

Entonces la besó en la boca y Annie supo que estaba perdida. Ya pensaría más tarde en qué debía hacer para que recuperase su trabajo, pero en aquel momento no podía; sólo podía dejarse llevar por su ternura, por la fuerza de sus sentimientos.

No podía pensar con claridad mientras él le desabrochaba la blusa… y ella le abría los botones del pantalón mientras Theo recorría a besos el contorno de su sujetador.

Sólo podía dejarse llevar…

El futuro y el pasado desaparecían y lo único que importaba era aquel momento, lo que sentía cada uno con las caricias del otro. Sólo importaba la necesidad de dar y recibir… el ansia de sentir juntos.

Después, cuando habían vuelto a vestirse y habían recogido los papeles que se habían caído del escritorio, después de calentar la comida tailandesa y de comérsela a modo de picnic sentados en el suelo del salón, después de admirar el ramo de flores… Después de todo eso, Theo siguió sin querer admitir que Annie pudiera tener algo que ver con su despido y, como ella no soportaba la idea de discutir con él, no quiso insistir.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó mientras recogían las cosas de la cena.

—Lo único que puedo hacer, buscar otro trabajo.

—¿Crees que habrá algún otro puesto de profesor en Brisbane?

—No es muy probable. La verdad es que, a estas alturas del año, no creo que haya nada para el próximo curso.

—Pero, si tienes que marcharte, ¿qué pasará con Damien? ¿Y con George? Se pondrá muy triste.

—¿George? —preguntó enarcando ambas cejas.

—Tu padre. Ya sabes, ese hombre tan encantador que vive en una pequeña casa a la vuelta de la esquina.

—Pero… —sonrió y frunció el ceño al mismo tiempo con evidente desconcierto—. ¿Cómo sabes todo eso de él?

—Lo conocí esta mañana cuando saqué a *Basil* a pasear.

—¿De verdad? ¿Has estado espiándome a mis espaldas?

—Más bien ha sido el acto inaugural del club de *fans* de Theo Grainger.

Theo se echó a reír al oír eso. Era la primera vez que se reía en toda la tarde.

—Seguramente podría encontrar más miembros —añadió para intentar animarlo. «Todo el que te conoce te quiere, Theo»—. Mi amiga Victoria se quedó prendada de ti nada más conocerte —recordó entonces al dueño de la cafetería donde habían desayunado aquella primera mañana—. Y estoy segura de que Giovanni estaría encantado de unirse también.

—A lo mejor podrían escribirme una buena carta de recomendación —dijo él con cierto humor negro cargado de tristeza.

«No vas a necesitarla, Theo. No si yo hago lo que tengo que hacer». Annie se estremeció al pensar en la dura tarea que la esperaba a la mañana siguiente.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Theo.

—Nada, sólo desearía que no hubiera ocurrido —respondió con una tenue sonrisa.

—Todo va a salir bien. Me lo tomaré como un nuevo desafío. Además, quién sabe lo que me espera a la vuelta de la esquina.

—Eso sí que es tomarse las cosas con filosofía.

—¿Por qué no hacerlo?

—Porque nada de esto debería haber ocurrido. Es injusto —vio el gesto burlón de Theo y añadió—: Lo sé, lo sé, no podemos esperar que la vida sea justa.

Annie miró a su alrededor y pensó una vez más que iba a ser horrible tener que marcharse de allí, pero entonces pensó en Damien, que necesitaba a su tío para madurar, y en George, a quien le hacía tanto bien que su hijo viviera tan cerca. Theo perdería mucho más que su trabajo si tenía que marcharse a trabajar lejos de allí. Y todo por ella.

Por eso era ella precisamente la que debía hacer algo para solucionarlo.

—Me sorprende que esto te esté afectando tanto —le dijo Theo, abrazándola de nuevo.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que ha sido una larga semana. Han pasado muchas cosas.

—Desde luego —empezó a masajearle los hombros—. Tienes que relajarte. ¿Por qué no dejas que yo te cuide? Por el momento, te propongo que nos vayamos pronto a la cama. Todo te parecerá más fácil por la mañana.

«Esta vez no, Theo».

Sólo con pensar lo que tendría que hacer a la mañana siguiente se echaba a temblar de miedo. ¿Cómo iba a poder hacerlo?

No podía pensar en ello si no quería derrumbarse delante de él. Tenía que centrarse en lo poco que le quedaba. Aquella noche.

—Tus cuidados son exactamente lo que necesito —le dijo y se acurrucó entre sus brazos.

Capítulo 10

Annie sabía que sería difícil, pero jamás habría imaginado que lo sería tanto.

En tres ocasiones había intentado marcar el número de Claudia y las tres veces le habían faltado las fuerzas. ¿Cómo iba a hacer lo que sabía que debía? Miró el teléfono desde el centro de la cocina y se dijo una vez más que retrasar el momento sólo serviría para que le resultara aún más duro.

No había otra alternativa. Había pasado la mayor parte de la noche despierta, pensando, buscando agónicamente otra solución, hasta que no le había quedado más remedio que admitir que no tenía otra opción.

Le rompía el corazón saber el daño que le había hecho a Theo al enamorarse de él, y el hecho de que no hubiera sido consciente del mal que le hacía no la eximía de responsabilidad. Como había leído en un libro de filosofía china, uno tenía la obligación de buscar la solución incluso en situaciones de las que no fuera del todo responsable. Eso significaba que tenía que aceptar que su presencia allí suponía un problema para Theo; era un obstáculo para su carrera profesional y también para su felicidad. Por tanto, debía hacer algo al respecto.

No era justo. Por supuesto que no era justo que una mujer celosa y vengativa como Claudia hiciese lo que había hecho, pero Annie sabía que no podía luchar contra ello.

Aquella noche, acostada junto a Theo, se había llevado su mano al corazón y le había dado uno y mil besos, adorándolo en silencio. Y por la mañana, después de que él se levantara dispuesto a volver a la universidad a corregir exámenes, ella había tenido que reunir fuerzas para decirle adiós sabiendo que lo hacía por última vez.

Apenas había podido soportar verlo salir de la casa sin saber que no volvería a verlo más. Y cuando se había vuelto a mirarla, Annie había estado a punto de rendirse y correr hasta él.

Sin embargo, había conseguido dejarlo marchar. Ahora sólo le quedaba una cosa por hacer. De sus labios salió un sollozo ahogado al dar el primer paso hacia el teléfono y, mientras marcaba, se tuvo que recordar que estaba haciéndolo por Theo; tenía que pensar en él y no en sí misma.

Sólo esperaba que el número que había encontrado en la agenda del despacho fuera el correcto y que respondiera Claudia directamente, porque no podría soportar tener que esperar o, peor aún, tener que volver a llamarla.

—Claudia Stanhope.

«Ay, Dios».

—Buenos días, Claudia. Soy Annie… Annie McKinnon.

—Buenos días, Annie —dijo Claudia con voz tranquila, pero sin poder ocultar del todo su sorpresa—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Creo que no tardarás en responder a esa pregunta tú sola.

—¿Disculpa?

—Te llamo para informarte de que me voy de Brisbane. Me alejo de la vida de Theo y vuelvo a casa —tuvo que soltarlo muy rápido para no pensar en lo que significaba.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea.

—Pobre Theo. Pero… ¿por qué me lo cuentas a mí, Annie?

Annie tuvo que hacer un esfuerzo para no gritar.

—Lo sabes muy bien, Claudia. No pienso humillarme teniendo que explicártelo palabra por palabra. Tienes un sinfín de títulos universitarios, así que confío en que sepas lo que tienes que hacer. Sólo recuerda… —en ese momento le flaquearon las fuerzas y le tembló la voz—. Me voy de la vida de Theo para siempre.

Las dos últimas palabras salieron de sus labios con un sollozo y, acto seguido, colgó el teléfono. Había conseguido hacerlo. Ahora le quedaba tan sólo alejarse de allí. En uno o dos días Theo recuperaría su empleo y no tendría que marcharse de casa, ni dejar su vida en Brisbane. Había renunciado a él.

De pronto no pudo más, se apoyó en la mesa de la cocina y derramó todas las lágrimas que había estado conteniendo, desolada.

¿Cómo iba a poder soportarlo? Theo era el hombre más maravilloso que había conocido y, seguramente, que conocería jamás. Adoraba todo de él; su sonrisa, su tranquila dignidad, su mente, su cuerpo, sus besos, sus caricias… su pasión. Tenía que controlarse. Si empezaba a pensar en el modo en que le hacía el amor, se pasaría cien años llorando.

Un ruido en la puerta de cristal que conducía al jardín atrajo su atención. Era *Basil* pidiendo entrar. Sin duda, estaba preocupado, pues habría notado el estado en el que se encontraba. Annie abrió la puerta de inmediato y se agachó a abrazarlo.

—Mi pequeño *Basil*, te voy a echar mucho de menos —dijo entre lágrimas—. Cuida de Theo por mí, ¿de acuerdo?

Al abrazarlo se le enganchó a su collar el lazo con el que llevaba recogido el pelo. Miró el trozo de tela amarillo y, dejándose llevar por un impulso, lo ató al collar. Sabía que era un gesto infantil, pero le hizo bien sentir que dejaba algo suyo allí.

Después, antes de ponerse a llorar de nuevo, se puso en pie. Era

hora de llamar a un taxi.

—¿Está aquí Annie?

Las palabras salieron de boca de Theo en el mismo instante en que Mel abrió la puerta. Apenas podía creer que hubiera sido capaz de hablar tan tranquilo. Por dentro estaba rugiendo.

—Doctor Grainger, qué sorpresa.

—Estoy buscando a Annie, ¿está aquí?

—Pensé que estaba en su casa —dijo Mel, desconcertada.

Theo maldijo entre dientes, pues había puesto todas sus esperanzas en encontrarla allí.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Mel, saliendo al porche en lugar de invitarlo a entrar.

—Annie se ha marchado y tengo que encontrarla.

—¿Quiere decir que ha hecho las maletas y lo ha dejado?

La contundencia de aquellas palabras retumbó en su mente.

—Sí —admitió, aunque le horrorizaba hacerlo—. Me ha dejado una nota, pero no tiene sentido.

—¿Puedo verla?

Theo titubeó ante la idea de mostrarle algo tan personal.

—¿Quiere que lo ayude? —insistió la joven.

Finalmente se rindió. Mel era amiga de Annie y, si debía ser sincero, estaba desesperado. Así pues, sacó el papel y le mostró aquel mensaje que ya se sabía de memoria.

Querido Theo:

Tengo que marcharme y no debes impedírmelo. Pronto comprenderás por qué lo he hecho y todo se habrá solucionado.

Con mucho cariño,

Annie.

Mel clavó la mirada en él en cuanto terminó de leer y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué le ha hecho para que tuviera que irse?

—Nada que yo sepa —dijo él con resignación—. No creo que tenga que ver con nada que yo haya hecho.

—¿Qué ha ocurrido entonces? —los ojos de Mel estaban llenos de furia.

—Puede que sea por… un problema que ha surgido.

—¿Un problema?

—Es complicado.

—¿No será por otra mujer?

—Sí —al ver el gesto de horror de la joven Theo se apresuró a explicarse mejor—. No, no. No estoy viendo a otra mujer ni nada parecido, pero Annie cree que… —lanzó un gruñido y se pasó la mano por el pelo con angustia—. Es demasiado complicado para explicarlo, pero el caso es que Annie cree que tiene la culpa de algo que ha sucedido… —lanzó un suspiro—. ¿Entonces no se ha puesto en contacto contigo?

—Me temo que no. ¿Sabe a qué hora se ha ido?

—Ha debido de ser por la mañana. Si no está aquí, quizá se haya ido a Southern Cross.

—Es probable —Mel volvió a mirarlo con poca simpatía—. Sabía que esto iba a salir mal.

Theo habría protestado, pero sabía que no era buena idea discutir con la amiga de Annie.

—¿Me llamarás si sabes algo de ella?

La joven lo miró unos segundos.

—Eso depende de lo que diga ella. Puede que no quiera saber nada de usted.

—Por favor —le suplicó sin importarle lo desesperado que pareciera—. Tengo que encontrarla y hablar con ella —al ver que Mel no decía nada, siguió insistiendo—: Es evidente que eres muy buena amiga suya y veo que estás tan preocupada por ella como yo, pero te prometo que sólo quiero lo mejor para Annie.

—Sabe que está completamente enamorada de usted, ¿verdad? —le dijo muy despacio.

Theo sintió una sacudida en el corazón.

—Por eso tengo que encontrarla.

Se hizo otro agónico silencio, pero Mel se ablandó por fin.

—Está bien —dijo—. Si me llama, intentaré convencerla de que se ponga en contacto con usted.

—¿Me lo prometes?

Ella sonrió con comprensión.

—Sí, lo prometo.

Annie miró por el polvoriento parabrisas desde el asiento delantero de la camioneta del correo, botando sin parar por culpa de los baches de la carretera que atravesaba el valle. Ahora que ya casi había completado su viaje desde Brisbane pasando por Townsville y Mirrabrook, estaba deseando que acabara ese último tramo.

Intentaba no pensar en la joven emocionada que había salido de Southern Cross para acudir a su cita con Damien. Desde el primer

momento había sabido que estaba corriendo un riesgo, que las cosas no tendrían por qué salir bien en la ciudad, pero jamás habría imaginado que volvería a casa con el corazón hecho añicos y lleno de dolor.

Un destello verde anunció la proximidad de Southern Cross; era la pradera de hierba que había frente a la casa. Enseguida aparecieron otros dos colores, el blanco y el negro de *Lavender*, que corría de un lado al otro del porche, pues sin duda había adivinado que su dueña iba en la camioneta.

Era increíble, pero siempre sabía cuándo iba a volver a casa. Increíble y maravilloso. Era maravilloso saber que, pasase lo que pasase en este loco mundo, siempre podría contar con la lealtad de su fiel *Lavender*.

Intentó no pensar en otro perro blanco y negro del que se había despedido el día anterior.

—¿Pasas a tomar un té? —le ofreció a Ted, el conductor de la camioneta del correo, un hombre de pocas palabras.

—No me vendría mal. Tengo la garganta seca —era el discurso más largo que había pronunciado en toda la mañana.

En cuanto abrió la puerta de la camioneta, Annie sucumbió al entusiasmo de *Lavender*.

—Sí, pequeña, yo también te quiero mucho y te he echado de menos, pero tienes que calmarte.

Cuando por fin consiguió que se tranquilizara, Annie miró a su alrededor con expectación. ¿Dónde estaba todo el mundo? Sabía que Reid aún estaba sustituyendo al capataz de Lacey Downs, pero no había ni rastro de Vic, el jardinero, de su hermano Kane, ni de la chica inglesa que había estado haciendo su trabajo mientras ella no estaba.

No se sentía con fuerzas para estar sola en la casa. Necesitaba distraerse de todos los pensamientos que la carcomían por dentro.

—¿Kane? ¿Dónde estás? —lo llamó antes de sacar el equipaje de la camioneta.

Por fin oyó su voz. Menos mal. Le sorprendió darse cuenta de las ganas que tenía de ver a Kane, pues había habido temporadas, sobre todo en la adolescencia, en las que no había tenido una relación fácil con sus hermanos. Claro que eso había cambiado a raíz de la muerte de su padre.

En cuanto lo vio en el porche corrió a su encuentro y se abrazó a él con todas sus fuerzas. Él, afortunadamente, la apretó contra su fuerte pecho y le dio un beso en la cabeza como si supiera perfectamente lo que sentía.

—No te esperaba tan pronto —dijo cuando se separaron—. ¿Qué

tal estás?

—Estoy… —Annie respiró hondo—. Estoy bien.

—¿Estás segura? —le preguntó arrugando el entrecejo—. No tienes muy buena cara.

Annie se encogió de hombros y apartó la mirada. Iba a resultarle muy difícil disimular, pero más lo sería tener que hablar de lo que la afligía. El dolor estaba aún muy fresco y no quería preocupar a Kane. Pero tampoco podía quedarse allí, mirando al suelo. Levantó la vista y le sorprendió ver que su hermano estaba pálido.

En sus ojos azules había una expresión sombría y sentía una tensión muy poco habitual en sus hombros.

—Tú tampoco tienes muy buen aspecto —le dijo—. ¿Va todo bien?

Kane parecía distraído y, en lugar de responder a su pregunta, se dirigió al cartero.

—Hola, Ted. Perdona por no haberte saludado. ¿Podrías llevar a otro pasajero de vuelta al pueblo?

—Supongo que sí.

—¿A quién? —preguntó Annie—. ¿No será la chica inglesa?

Kane la miró rápidamente.

—¿Sabes lo de Charity?

—Reid me dijo que habías contratado a alguien —Kane se limitó a asentir—. ¿Se va tan rápido? —él volvió a asentir en silencio—. Es una lástima. Esperaba que se quedara un poco más.

—Me temo que está deseando marcharse.

Lo dijo con normalidad, pero por el modo en que clavó la mirada en el horizonte y la tristeza que había en sus ojos, Annie tuvo la certeza de que escondía algo, algo que había ocurrido durante su estancia en Brisbane.

Con su propio dolor y la tristeza de su hermano, cada vez tenía más claro que nunca debería haberse ido de Southern Cross.

A su vuelta de Lacey Downs, Reid McKinnon apenas necesitó unos minutos para darse cuenta de que a sus hermanos les ocurría algo.

—¿Qué ha ocurrido mientras yo no estaba? —les preguntó a ambos durante la cena—. ¿Habéis estado enfermos o algo así? Annie tiene una cara que cualquiera diría que lleva un mes sin dormir y tú, Kane, parece que te hubieran condenado a cadena perpetua.

Los dos aludidos se miraron y se encogieron de hombros. Ambos habían sido comprensivos con el dolor del otro, pero no habían querido profundizar en sus respectivos problemas. No obstante, Annie estaba prácticamente segura de que la tristeza de Kane estaba

relacionada con la marcha de Charity Denham, la chica inglesa.

Charity era una muchacha muy guapa, de precioso cabello pelirrojo y ojos verdes, con la que Kane tenía una evidente química que Annie había percibido sólo con verlos despedirse. ¿Por qué la habría dejado marchar?

¡Vaya par de desdichados y heridos de amor formaban Kane y ella!

Reid abandonó el tema al ver que ninguno de los dos decía nada, pero Annie sabía que no se rendiría tan fácilmente. Buscaría el momento adecuado para interrogarlos por separado.

Ese momento llegó para Annie al día siguiente a media mañana, cuando estaba planchando sus pantalones rosas.

—¡Qué pantalones tan modernos! Supongo que los compraste en Brisbane.

—Con la experta ayuda de Mel y Victoria.

Reid se apoyó en el umbral de la puerta y la observó durante unos segundos sin decir nada.

—¿Qué tal las vacaciones en la gran ciudad?

—Muy bien.

—¿Han sido lo bastante largas?

Annie lo miró, sorprendida.

—Sí… supongo que sí.

—Tu vuelta ha sido un poco apresurada, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—Y tienes un aspecto horrible, Annie.

La miraba con tal preocupación y se lo había dicho con tal amabilidad, que Annie estuvo a punto de venirse abajo y decirle que se encontraba fatal, como si se le hubiera roto algo por dentro, y que no estaba segura de poder superarlo porque cada día se sentía peor.

—Cuidado, Annie, vas a quemar tus pantalones nuevos.

Levantó la plancha inmediatamente y la desenchufó antes de volverse a mirarlo de nuevo. Quería mucho a sus dos hermanos, pero Reid era al que siempre había acudido cuando tenía algún problema. No era ningún santo y había habido veces que la había torturado sin piedad con sus bromas, pero no era tan impulsivo como Kane; era muy sensible y se le daba muy bien escuchar. Ahora, sin embargo, no dejaba de bombardearla a preguntas.

—Kane me ha dicho que te niegas a contestar a las llamadas de un tipo de Brisbane.

Annie sintió que le ardía la cara.

—No puedo hablar con él.

—¿Por qué? ¿Quién es?

¿Cómo podía explicarlo? Todo lo relacionado con el viaje a Brisbane le provocaba un dolor inimaginable. Tenía miedo de empezar a hablar y no saber transmitirle a su hermano lo maravilloso y amable que era Theo y que no era él el culpable de su tristeza.

—¿Qué ocurre, Annie? ¿Qué te ha hecho ese tipo?

—Nada —se apresuró a decir.

—Al menos, dime cómo se llama.

—No importa, Reid. Sólo es… alguien… alguien que he conocido y que quiere mantener el contacto, pero… —no sabía cómo seguir.

—Pero tú no quieres hablar con él.

—Exacto.

—No te estará acosando, ¿verdad?

—No.

—¿Pero te molesta, Annie?

—No, de verdad que no es nada de eso —respondió, espantada de que pudiera pensar eso de Theo.

—Entonces ¿por qué estás tan mal?

—Estoy cansada. Supongo que salí demasiado en la ciudad. No te preocupes por mí, Reid.

En un primer momento Annie tuvo la sensación de que no iba a aceptar aquella evasiva, pero luego lo vio suspirar y relajarse.

—Quizá te haría bien tomarte unas verdaderas vacaciones y cambiar de aires.

De pronto se le ocurrió que Reid había empezado aquella conversación con un plan concreto.

—¿Has pensado en algún lugar? —le dijo, aún sorprendida.

—Anoche tuve una larga conversación con Kane.

—¿Te confesó que está enamorado de Charity Denham?

Reid sonrió al ver que ella también se había dado cuenta.

—Me costó, pero conseguí sacárselo.

—Bien. Es lógico, Charity es preciosa.

—Sí, no está mal. Pero Kane está sufriendo como un tonto —siguió diciendo Reid—. Así que le he aconsejado que vaya a Inglaterra y solucione las cosas.

—Bien hecho, Reid —dijo Annie, emocionada por Kane—. Seguro que te hace caso.

—Creo que deberías irte con él.

Lo miró con los ojos abiertos de par en par hasta que pudo reaccionar.

—No creo que le hiciera mucha gracia cargar conmigo mientras arregla sus problemas amorosos —respondió Annie.

—Pero podrías ir a visitar a mamá a Escocia.

Annie se agachó a recoger una pinza del suelo para que Reid no pudiera ver su reacción.

—¿No te gustaría ir? —le preguntó él al ver que no decía nada.

—Sí… claro que me gustaría —en cualquier otro momento habría estado encantada, pues echaba mucho de menos a su madre, pero…

Sabía que no tenía ningún sentido, pero lo cierto era que no soportaría la idea de alejarse tanto de Theo. Aunque no pudiera formar parte de su vida, marcharse tan lejos de Brisbane le resultaría muy doloroso. Escocia estaba en el otro extremo del mundo.

—No te preocupes por mí, he contratado a una cocinera que llegará de Richmond en un par de días —le explicó.

—¿Y qué hay de la contabilidad?

—Podré arreglármelas con ese programa que has instalado en el ordenador y, si tengo algún problema, le pediré ayuda a Sarah Rossiter.

—No te aproveches de la pobre Sarah; bastante tiene con atender la escuela ella sola como para acudir a tu llamada siempre que se te antoje.

A Annie le sorprendió ver cómo se le oscurecía la mirada a su hermano al oír aquello.

—No vuelvas a decir que me aprovecho de Sarah.

¡Vaya! ¿A qué había venido eso? ¿Desde cuándo estaba Reid tan susceptible con respecto a Sarah?

—Lo siento.

—Escucha —dijo, recuperando su tranquilidad habitual—. La temporada de lluvias está a punto de empezar, por lo que no estaremos muy ocupados. Kane necesita marcharse cuanto antes y a ti no te vendría mal un poco de distracción. Yo estaré perfectamente aquí.

Parecía que lo tenía todo pensado.

—¿Podemos permitirnos dos billetes de avión tan caros? Creo que me volví un poco loca con la tarjeta de crédito en Brisbane.

Reid miró los pantalones rosas y sonrió.

—Nos las arreglaremos.

Annie se acercó a la ventana del lavadero y miró al exterior. El sentido común le decía que no importaba en qué parte del mundo estuviera si no podía hablar con Theo y mucho menos verlo. Lo difícil iba a ser olvidarlo, y eso era algo que podría hacer también en la otra punta del planeta. De hecho, quizás allí le fuera más fácil evitarlo. Respiró hondo y se volvió a mirar a Reid.

—Gracias por ofrecérmelo, Reid. Tengo que pensarlo

detenidamente.

—No tardes mucho en decidirte. Kane está impaciente por irse.

Theo soltó el rotulador y se apartó de la mesa. Tenía cientos de exámenes que corregir, pero era incapaz de concentrarse. Sólo podía pensar en Annie y preguntarse dónde estaba. Siempre que llamaba a su número de móvil o a Southern Cross le respondía un contestador automático, pero nadie había respondido a los mensajes que dejaba. Su dirección de correo electrónico estaba bloqueada y, desde el día anterior, tampoco su amiga Melissa le contestaba.

Si pudiera, iría personalmente hasta la explotación ganadera de los McKinnon y, si tampoco estaba allí, esperaría hasta que alguien le dijera dónde estaba. Pero tenía que entregar las notas de todos esos exámenes y no podía pasarse de la fecha.

Nunca había sentido tanta rabia, tanta frustración y tanta angustia.

Siempre había aceptado los reveses de la vida con filosofía, pero la desaparición de Annie era un golpe que no podía afrontar con la lógica ni con la razón. Una vez le había dicho que los filósofos preferían no pensar en el amor porque los sentimientos los distraían de ocupaciones más serias.

Qué cierto era. Era un desastre. La famosa ecuanimidad de Theo Grainger estaba completamente hecha pedazos.

Todo había comenzado en el momento en que había visto a Annie McKinnon en el vestíbulo del hotel Pinnacle. Aquella noche se había quedado tan fascinado con su alegría y su vitalidad que había estado a punto de chocarse contra una columna de mármol.

Y eso había sido antes incluso de conocerla.

Desde entonces había estado distraído y no había dejado de chocarse con columnas metafóricas. La bella, divertida, valiente y sensual Annie McKinnon era un arma de distracción masiva. Se le había colado en el corazón y desde que había desaparecido, estaba deshecho.

¡Cuánto desearía haberle hecho más caso cuando se había culpado de su despido! En aquel momento sus temores sobre Claudia le habían parecido ridículos, pero Annie estaba completamente convencida y ahora…

El sonido de la puerta lo sacó de su ensimismamiento. Era Rex Bradley, uno de sus compañeros de departamento.

—He llamado varias veces, pero como no respondías, he abierto.

—Lo siento, Rex. No te he oído. Pasa, por favor —observó con sorpresa a su compañero—. Pareces contento.

—Lo estoy. Vengo del despacho de Claudia y traigo buenas noticias.

—¿Te han ascendido? —preguntó, esperando poder mostrar el entusiasmo necesario.

—Madre mía, Theo, no tengo tan poco tacto. No vengo a darte buenas noticias para mí, sino para ti. Bueno, en realidad, para todos. Su alteza la jefa de departamento acaba de anunciar que finalmente habrá fondos suficientes y no será necesario suspender tu curso.

—¿Que ha hecho qué? —Theo sintió que le faltaba la respiración.

—Claudia ha cambiado de opinión. Va a renovarte el contrato.

—Pero… es increíble. ¿Ha dicho por qué?

—Quién sabe. Los caminos de Claudia son inescrutables. Supongo que recuperó la cordura y se dio cuenta de lo buen profesor que eres y de que había cometido un estúpido error con el presupuesto. Los motivos no importan, lo que importa es que no vamos a perderte.

—Pero no han despedido a nadie en mi lugar, ¿verdad?

—No, Theo. Sólo a ti se te ocurriría preocuparte por los demás en un momento así. Creo que, simplemente, ha encontrado la solución al problema de fondos.

Theo miró a Rex detenidamente y sintió una gélida oleada que lo recorrió de la cabeza a los pies. Annie tenía razón. No lo había creído posible, pero aquel repentino cambio de opinión de Claudia era tan increíble que no podía haber otra explicación.

—¿Por qué no ha venido Claudia a decírmelo personalmente?

—Ha puesto como excusa que tenía que tomar un avión para acudir a una reunión en Sidney, pero supongo que le daba vergüenza admitir su error. Por eso me ha pedido que te lo dijera yo.

Theo agarró el comunicado oficial que le dio Rex, pero ni siquiera lo miró; estaba demasiado abrumado por el hecho de que Annie se hubiera sacrificado por él.

De pronto, todo le parecía tan terriblemente obvio que le entraron náuseas. El día anterior sin ir más lejos Claudia había pasado por su despacho para ver qué tal estaba y le había hecho varias preguntas sobre Annie. Y él, pobre estúpido e ignorante, le había confesado que Annie había desparecido y, cuando ella lo había presionado, había admitido que no sabía por qué lo había hecho.

Ahora estaba completamente claro que aquella mujer manipuladora y cruel estaba celosa de Annie. Había jugado con su vida y con su felicidad. Tal y como Annie había predicho, pocos días después de su desaparición, él recuperaba el trabajo.

—No pareces muy contento, Theo.

Rex debía de estar bromeando. ¿Cómo demonios podría estar

contento?

Capítulo 11

Una semana antes de Navidad no era precisamente el mejor momento para que una chica de clima tropical australiano visitara Escocia. Mientras caminaba por la orilla del lago de Menteith, Annie trataba de imaginar aquel paisaje en verano, con un poco de sol, pescadores y algún que otro turista. La realidad era que aquellas románticas costas estaban heladas y solitarias.

Claro que quizá eso era lo que encajaba mejor con su estado de ánimo. Allí podía estar tan triste y desanimada como quisiese y nadie la molestaría con preguntas bienintencionadas.

Empezaron a caerle copos de nieve sobre los hombros y, al verlos, pensó en Theo. Le ocurría todo el tiempo. Daba igual adónde mirara, lo que viera o con quién hablaba, siempre pensaba en Theo y se moría de ganas de estar con él. Era lo primero en lo que pensaba al despertar por la mañana y lo que ocupaba su mente durante las largas noches solitarias.

El viaje a Escocia no le había servido absolutamente de nada.

Era maravilloso estar con su madre, por supuesto, y conocer a sus amigos y la ciudad de Aberfoyle, donde vivían su madre y su tía Flora. Pero Annie no había sido capaz de hablarle de Theo a su madre.

¿Qué sentido tenía hablar de él cuando lo que deseaba era estar con él, sentir sus brazos estrechándola y compartirlo todo con él, su vida entera? Deseaba tanto hablar con él, charlar de cualquier cosa…

Hablarían de la fascinante historia de Rob Roy y los monjes de Inchmahome, un antiguo priorato construido hacía siglos en la pequeña isla situada en medio del lago.

Podría llevarlo a ver la grandeza del castillo de Stirling o el maravilloso puente de piedra sobre las cascadas de Killin. Pero sin Theo la belleza de Escocia parecía insignificante, tan triste como sus cielos plomizos.

¿Cómo podía ser tan débil? No podía creerlo, pero mucho se temía que, si volvía a llamarla, acabaría hablando con él. Tendría que ser fuerte y olvidarlo, pero lo cierto era que tenía la total certeza de que Theo era el hombre que llevaba toda la vida buscando.

Dios… sería mejor que siguiese con la ruta turística y tratase de no pensar.

Iba camino del coche para continuar hacia el lago Katrine cuando le sonó el teléfono móvil y el corazón estuvo a punto de salírsele del pecho. Qué tonta era. No podía ser Theo.

Sacó el teléfono, pero era tan torpe con los guantes puestos que estuvo a punto de dar al botón que no era al intentar responder a la

llamada.

Era el número de Kane.

—Hola, Kane —dijo, tratando de relajarse—. ¿Qué tal estás?

—Muy bien —respondió de inmediato y Annie supo que era cierto —. Charity y yo vamos a casarnos.

—¡Dios mío, Kane, es fantástico! ¡Me alegro muchísimo! —gritó con emoción—. ¿Cuándo?

—Dentro de unas semanas. Aquí en Derbyshire. Tienes que venir con mamá y con la tía.

—Claro que iremos. Muchas felicidades, Kane. Se te oye muy contento.

—Claro que lo estoy, Annie. Aún no puedo creer que Charity me quiera. No sabes lo maravilloso que es.

—No, claro, supongo que no. ¿Has hablado ya con Reid?

—Sí, quería que fuerais los primeros en saberlo. Si no hubiera sido porque me animasteis a venir, seguiría en Southern Cross, lloriqueando como un perro herido.

—Con mucho gusto, hermano.

Después de despedirse, Annie volvió a guardar el teléfono. Kane estaba eufórico y ella se alegraba mucho por él. Se alegraba de verdad.

Sin embargo, mientras continuaba caminando hacia el coche, se vio abatida de pronto por el peso de la desesperación. Intentó que la alegría de Kane no resaltara su pesar, pero no pudo evitarlo. Era como estar atrapada en un agujero negro sin la menor esperanza de que pudieran rescatarla.

Necesitaba a Theo más que nunca y lo necesitaba urgentemente. En ese momento supo que tenía que hablar con él; no podía soportar un día más, ni una hora siquiera sin oír su voz.

El corazón se le salía por la boca mientras sacaba de nuevo el teléfono. En Australia era de noche, pero no demasiado tarde, así que todavía no estaría durmiendo. Sí, iba a llamarlo, podía decir que era para asegurarse de que había recuperado su empleo y que el sacrificio no había sido en vano.

Se apoyó en el coche y se quitó el guante para marcar el código internacional seguido del número de Theo. ¿Qué iba a decir?

«¿Sólo necesitaba oír tu voz?».

Sentía tal opresión en el pecho que no podía respirar. Ni siquiera estaba segura de poder hablar.

Cerró los ojos y respiró hondo mientras oía las señales al otro lado.

De pronto pararon y Annie sintió el corazón en la garganta.

—Hola, soy Theo Grainger.

La alegría estalló en su interior. Era maravilloso oír su voz.

—Hola, Theo.

—Me temo que no puedo atender su llamada en este momento. Me he tomado unas largas vacaciones. Por favor, deje un mensaje después de oír la señal…

—¡No, no, no!

¿Largas vacaciones? Eso quería decir que no había recuperado su empleo; su sacrificio no había valido para nada.

Y ahora Theo se había marchado y no podría localizarlo.

No pudo contener el grito de angustia que salió de su boca y las lágrimas no le permitieron ver los botones para colgar. Estaba destrozada y no le importaba que su desesperación estuviera quedando grabada.

Lo había estropeado todo. Y había sido un terrible error viajar al otro extremo del mundo.

De pie junto al porche de Southern Cross, Theo se sintió en clara desventaja bajo la fiera mirada del hermano de Annie, cuya sonrisa había desaparecido en cuanto él había pronunciado el nombre de Annie.

—¿Ha venido desde Brisbane sólo para hablar con mi hermana?

—Sí —Theo subió los escalones del porche y le tendió una mano para presentarse—. Soy Theo Grainger.

—Reid McKinnon —respondió mirándolo con cautela.

—Esperaba encontrar aquí a Annie. ¿No está en casa?

—No creo que sea asunto suyo.

Parecía que el encuentro iba a ser tan duro como había temido.

—Quizá su hermana no piense lo mismo.

—Lo dudo. Supongo que usted es el tipo con el que no quería hablar por teléfono.

—Me temo que sí.

—¿Es que no sabe captar una indirecta?

—Créame, comprendo que esté preocupado.

—Tiene razón —dijo Reid sin poder ocultar cierta sorpresa—, estoy preocupado por Annie. Y si usted tiene algo que ver con el estado en el que se encuentra, debería avergonzarse, Grainger.

—¿Qué estado? ¿En qué estado se encuentra Annie? —Theo no pudo controlar su voz y, a pesar de su intención de mantener la calma, se dio cuenta de que estaba gritando.

Pero Reid no respondió.

—¿Dónde está Annie? —insistió Theo con un dolor que le

bloqueaba la garganta y el pecho—. ¿Qué le ha pasado? —al ver que Reid seguía sin responder, Theo se golpeó una mano con el otro puño —. Tiene que comprender lo que siento por su hermana. ¿Cree que habría venido hasta aquí si no fuese tremendamente importante para mí?

De pronto sintió a su espalda una explosión de ladridos y, al darse la vuelta, vio a *Basil* intentando salir por la ventanilla de la camioneta que había alquilado. Un collie blanco y negro le ladraba con igual ímpetu, como si estuviera saludándolo.

—¿Ésa es *Lavender*? —le preguntó a Reid.

—¿Annie le ha hablado de *Lavender*?

—Claro. No creo que se pueda conocer a Annie sin saberlo todo sobre *Lavender*, ¿no le parece?

—Supongo que tiene razón —dijo Reid, de nuevo sorprendido—. Calla, *Lavender* —pero la perra no le hizo caso y siguió con su frenético ladrido—. ¿Qué demonios le pasa? Cualquiera diría que son viejos amigos.

Reid bajó las escaleras y Theo lo siguió. *Lavender* estaba saltando de tal modo que estaba a punto de darse la vuelta en el aire y *Basil* seguía intentando escaparse por la rendija de la ventanilla.

—Para ahora mismo —le ordenó Theo a su perro—. Vas a romper el coche de alquiler.

Basil tampoco hizo ningún caso, así que Theo abrió la puerta y lo dejó salir. Los ladridos cesaron de inmediato. *Lavender* empezó a olisquear el trozo de tela amarillo que *Basil* llevaba en el collar y Theo se dio cuenta de lo que había causado el alboroto.

—Es el lazo del pelo de Annie —explicó.

Reid lo miró con incredulidad por un momento, pero luego esbozó una sonrisa.

Bajó la vista al suelo unos segundos, volvió a mirar a Theo, lo observó detenidamente y volvió a sonreír, esa vez con más calidez.

—Creo que debería entrar. Así podrá explicarme por qué ha venido exactamente.

Jessie McKinnon le acercó el plato de pastas a su hija, pero ella volvió a rechazarlo.

—No estás bien, ¿verdad, cariño?

—Claro que sí, mamá. Estoy bien.

Annie descubrió con sorpresa que su madre tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Creo que en los últimos años no he sido una buena madre —

confesó inesperadamente—. Tengo la sensación de haberos abandonado.

—No, mamá —a pesar de lo sola que se había sentido en esos años, Annie sabía que no era momento para ser brutalmente sincera. Además, en el tiempo que llevaba en Aberfoyle, había empezado a sospechar que había motivos mucho más contundentes para la ausencia de su madre que los que sospechaban sus hermanos y ella—. Hemos estado muy bien, mamá. Recuerda que fuimos nosotros los que te animamos a volver a Escocia después de que muriera papá. Tú sólo fuiste una madre obediente.

Jessie bajó la mirada y suspiró.

—Si hubiese sido mejor madre, podrías haber hablado conmigo y decirme qué es lo que te tiene tan preocupada —al ver que Annie no decía nada, continuó hablando—. Llevo semanas observándote; cada vez estás más pálida y más delgada.

Flora también lo ha notado. No puedes fingir que no te pasa nada.

—No —murmuró Annie.

—¿Es por un hombre, cariño?

Cerró los ojos para contener las lágrimas y asintió.

—¿Lo quieres?

Annie volvió a asentir.

—¿Y él no te quiere?

Abrió los ojos de golpe y la miró.

—No, mamá, no es eso.

Se hizo un silencio que se prolongó durante una eternidad. Annie miró a su madre a los ojos y vio en ellos una sabiduría oscura y misteriosa que parecía decirle: «Puedes confiar en mí, Annie. Yo también he sufrido y lo comprendo…».

Quizá fue la compasión de su mirada, o quizá simplemente hubiera llegado el momento, el caso fue que Annie supo de pronto que ya no podía aguantar más.

Tenía que contárselo todo antes de que la angustia la destrozara.

Era casi de noche cuando Annie terminó su historia.

Jessie escuchó atentamente y sólo la interrumpió un par de veces. Luego se puso en pie y la abrazó con fuerza. Annie se aferró a ella y recibió el cálido consuelo de una madre, algo de lo que había estado privada durante años.

—¿Qué te parece si nos tomamos un jerez mientras hablamos de todo esto? —le propuso su madre unos minutos más tarde.

—Gracias —dijo Annie, pues había algo en la voz de su madre que

le hizo pensar que iba a necesitar esa copa.

En cuanto estuvieron sentadas la una junto a la otra con dos copas de jerez enfrente, Annie le preguntó:

—Tú crees que hice lo que debía, ¿no es así, mamá?

Contuvo la respiración a la espera de su respuesta.

Pero la respuesta no llegó de inmediato. Jessie miró su copa de jerez unos segundos e hizo girar el líquido. Finalmente, levantó la vista y le tomó la mano a Annie.

—Has sido muy valiente, hija, y estoy orgullosa de ti —hizo una nueva pausa— . Debió de ser muy difícil reunir fuerzas para hacer lo que creías que era tu única opción.

—¿Pero? —susurró Annie—. Porque hay un pero, ¿verdad? —lo percibía en su voz, pero no sabía si podría soportarlo—. ¿Qué es, mamá? Dímelo rápido, por favor.

Jessie respiró hondo.

—No puedo evitar pensar que cometiste un error.

—¿Cuál?

—No consultaste a Theo.

—¡No podía hacerlo!

—Sé que eso es lo que creías, cariño, pero intenta ver la situación desde su perspectiva.

—Eso fue lo que hice. Lo único en lo que pensaba era en que había perdido el trabajo por mi culpa y que probablemente perdería también su casa y todo lo que tenía en Brisbane.

—Por eso tomaste una decisión tú sola y te marchaste sin darle la oportunidad de hablarlo.

—Porque habría intentado convencerme de que me quedara.

—¿Y tú no querías quedarte?

—Claro que quería —dijo con un sollozo—. No puedo creer que seas tan dura conmigo.

—No pretendo ser dura, cariño, pero sé lo impetuosa que eres. A veces… — hizo una nueva pausa sin terminar la frase—. Lo que me preocupa es que no fuiste del todo sincera con Theo. No le dijiste todo lo que te había dicho Claudia.

—Porque no sabía si me creería. Yo misma no lo habría creído si no lo hubiera escuchado. Claudia es una mujer guapa e inteligente, es la jefa del departamento de Filosofía. ¿Por qué habría de tener celos de alguien tan insignificante como yo?

—Creo que te subestimas, Annie —una nueva pausa para cambiar de estrategia—. Está bien, dejemos eso a un lado. No le diste la oportunidad a Theo de solucionar el problema a su manera.

—Eso… eso es verdad.

—Sin duda, le correspondía a él decidir qué era lo mejor para su carrera.

Annie miró a su madre fijamente. Fue como un golpe en la cara. No quería oírlo, pero sabía que era cierto. Se puso en pie a duras penas y comenzó a ir de un lado a otro de la habitación. ¿Realmente había sido tan tonta? ¿Se había convertido en una mártir sin causa?

Creía haberle dado la libertad a Theo, pero quizá lo que había hecho había sido impedirle que tomara una decisión. Theo era una persona madura y paciente, capaz de pensar hasta dar con una salida razonable. Ella, sin embargo, había sido impetuosa y se había dejado llevar por las emociones, ansiosa por hacer un gran gesto.

—¿Qué he hecho? —susurró—. He perdido a Theo y todo por mi culpa.

Capítulo 12

En medio del invierno y del condado de Derbyshire, Theo esperaba en el vestíbulo del salón de fiestas y escuchaba la música y las risas que llegaban desde el otro lado de las puertas. La celebración de la boda de Kane McKinnon estaba en todo su apogeo.

Y Annie estaba entre los invitados.

Miró el reloj y se preguntó cuánto tiempo más duraría la fiesta. Estaba desesperado por ver a Annie, pero no tenía la menor intención de colarse en una boda a la que nadie lo había invitado. Estaba dispuesto a esperar tranquilamente y reflexionar sobre una triste lección que había aprendido en las últimas semanas, que la causa de la mayor alegría de un hombre podía ser también la causa de su mayor tormento.

Aquel encuentro con Annie sería el más importante de su vida. Así que esperaría toda la noche si era necesario.

De pronto, se abrieron las puertas del salón y apareció un tipo alto y de hombros anchos, aflojándose la pajarita. Sonrió de inmediato al ver a Theo.

—Me muero por quitarme esto —le dijo.

Los ojos azules como los de Annie, el acento australiano, el traje de novio…

Theo se acercó a él y le ofreció una mano.

—Tú debes de ser Kane McKinnon.

—Así es.

—Felicidades.

—Gracias —dijo mientras lo observaba—. ¿Nos conocemos?

—No. Soy Theo Grainger. Tu hermano, Reid, me dijo que viniera aquí.

—Grainger… sí —sus labios se curvaron en una enorme sonrisa—. Ya sé quién eres.

—¿Reid te dijo algo de mí?

—Me llamó anoche para desearme suerte y me lo contó todo, Theo —le dio una palmada en el hombro—. Debo decir que le has causado muy buena impresión a mi hermano.

—La verdad es que nos llevamos bien, sí.

—Y parece que también a mi hermana le has causado un buen impacto.

Eso consiguió apretar aún más el nudo que Theo tenía en la garganta.

—Por eso estoy aquí. Necesito hablar con Annie.

Kane se echó a reír y volvió a ponerle la mano en el hombro.

—Las compañías aéreas se están haciendo de oro con los australianos afligidos de amor. Sé exactamente por lo que estás pasando. Escucha, se supone que tengo que ir a cambiarme, pero entraré de nuevo y sacaré a Annie.

—No hace falta que la molestes. Puedo esperar un poco más.

Kane lo miró de arriba abajo para demostrarle que no engañaba a nadie.

—No digas tonterías. Es evidente que no puedes esperar más.

Annie no aguantaba más. Todo el mundo bailaba y reía a su alrededor y a ella le dolía la cara de intentar sonreír.

La ceremonia religiosa había sido más fácil de llevar. A nadie le extrañaba ver llorar a la hermana del novio, pero no habría estado bien seguir llorando en la fiesta.

Eso no quería decir que no se alegrase por Kane y Charity; estaba feliz de verlos tan enamorados y la fiesta estaba siendo preciosa.

El problema era que una boda y una mujer con el corazón roto no eran una buena combinación. Era muy difícil no pensar en lo que habría podido ser si no hubiese sido tan estúpida e impetuosa. Ahora sólo le quedaban las consecuencias de su imprudencia, un vacío insoportable.

—Annie.

Sintió una mano en el hombro y levantó la mirada para encontrarse con el rostro sonriente de Kane.

—Oye, ¿no se suponía que ibas a cambiarte?

—Sí, he vuelto sólo para darte un mensaje.

—¿De qué se trata?

—Hay alguien fuera que quiere hablar contigo.

—¿De verdad? ¿Dónde?

—En el vestíbulo.

Annie frunció el ceño.

—Pero si aquí nadie me conoce. ¿Estás seguro de que es a mí a quien quiere ver?

—Desde luego —dijo con una sonrisa aún mayor—. Vamos —le ofreció una mano—. Ven conmigo.

—Está bien —Annie se puso en pie sin comprender—. Voy a salir un momento —le dijo a su madre al pasar a su lado.

Jessie sonrió y continuó hablando con el tío de la novia.

—Sal por esas puertas —le dijo Kane con un suave empujón.

—¿A quién debo buscar?

—Ya lo verás —se limitó a responder antes de salir corriendo por

otras puertas.

Qué extraño.

Mientras se dirigía a las puertas indicadas, Annie trataba de pensar quién podría querer verla. Su madre y su tía estaban dentro, Charity estaba arriba, cambiándose para marcharse con su flamante esposo, y no conocía a nadie más allí.

Quizá fuera Tim, el hermano de Charity; probablemente estuviera buscando ayuda para gastarles una broma a los novios.

Por fin llegó a las puertas. Empujó una de ellas y salió al vestíbulo.

Y el corazón estuvo a punto de parársele en seco.

En el vestíbulo casi vacío había un hombre que se parecía mucho a… Era… Theo.

Realmente, era él.

Annie no podía moverse. Se había quedado petrificada de la emoción, pero tenía los ojos clavados en él.

Theo.

Estaba guapísimo y *sexy*… y muy preocupado. Tenía los ojos rojos. Pobrecito.

Después de lo que le pareció una eternidad, consiguió moverse por fin y dar un paso hacia él, y luego otro.

—Hola, Annie —le dijo con voz ronca y tensa.

—Hola, Theo.

Lo miraba sin apenas atreverse a creer que fuera cierto. Porque no era un sueño, ¿verdad? No, no lo era. Estaba muy confundida y quería hacerle mil preguntas, pero no podía siquiera formularlas. Sólo podía pensar que había ocurrido un milagro.

—Cuánto me alegro de verte —le dijo finalmente.

—¿Sí? —seguía pareciendo muy preocupado.

—Sí, Theo. Casi me muero sin ti.

Entonces él le tendió los brazos y ella echó a correr sin pensárselo.

—Dios, Theo, no puedo creer que estés aquí realmente.

Se aferró a él y Theo la apretó contra su pecho. Era maravilloso sentirlo y tener la certeza de que no estaba soñando. Podía sentir los latidos de su corazón, que latía tan fuerte como el de ella.

Le acarició la mejilla.

Él le pasó la mano por el pelo.

Sin importarles las miradas de los curiosos, se echaron a un lado para mirarse a los ojos, maravillados. Luego volvieron a abrazarse sin decir nada. Estaban demasiado emocionados y felices como para poder hablar.

Pero Annie sabía que debía confesarle algo.

—Te llamé a Brisbane, pero me saltó el contestador y no sabía

cómo encontrarte. Me he equivocado completamente. Lo siento mucho —lo miró a los ojos, a aquellos ojos que adoraba—. Me aterraba la idea de no volver a verte.

Vio cómo le temblaban los labios y pensó que sus sentimientos eran tan intensos como los de ella. Apenas podía verlo porque tenía los ojos llenos de lágrimas, así que apretó la cara contra su pecho para no estropear el momento con el llanto, pero por más que lo intentó, no pudo evitar echarse a llorar. Él debió de comprenderlo porque durante un buen rato se limitó a abrazarla y a acariciarle el pelo.

Cuando por fin logró calmarse, levantó la cara e intentó sonreír.

—No tienes ni idea de lo que me alegro de verte. Él sonrió también.

—Creo que lo has mencionado antes. Yo también te he echado de menos.

—Theo, lo siento mucho. Siento haberme marchado de ese modo. Pensé que estaba haciendo lo que debía, pero lo estropeé todo.

—No, Claudia lo estropeó todo.

—Pero yo no debería haber huido y encima no respondí a tus llamadas y bloqueé tus *e-mails*.

—Sí, la verdad es que me lo has puesto difícil.

—¿Podrás perdonarme?

—¿Tú qué crees?

Vio la respuesta en sus ojos y pensó que iba a besarla, pero no lo hizo.

—¿Cómo demonios te enteraste de la boda de Kane? ¿Cómo sabías dónde encontrarme?

Theo sonrió con picardía.

—Tengo suerte de tener a tus hermanos de mi parte. Reid me envió aquí.

—Mi querido Reid. Nos ha hecho un buen favor a Kane y a mí. Pero no has venido hasta aquí sólo para verme a mí, ¿verdad?

—¿Por qué no?

—No sé… tienes tantas cosas que resolver… Oí lo de las vacaciones en tu mensaje. Eso quiere decir que te han despedido, ¿no? Me sentí fatal cuando me di cuenta de que ni siquiera pude devolverte el trabajo.

—Claro que lo hiciste. Ocurrió tal cual lo predijiste. En cuanto Claudia supo que te habías ido, me renovaron el contrato milagrosamente.

—¿De verdad? —ahora se sentía al menos un poco menos culpable —. Es estupendo.

—Pero yo le dije a Claudia que se metiera el trabajo por un lugar

muy desagradable.

—Dios, Theo. Me habría gustado estar ahí. No te imagino diciéndole algo así a nadie. Siempre eres todo un caballero.

—Sabes muy bien que no —le dijo con una mirada que Annie reconoció de inmediato, una mirada de pasión que la hizo estremecer —. Aún no lo comprendes, ¿verdad? Tú eres mucho más importante que cualquier trabajo. Jamás podría trabajar para Claudia después de lo que nos hizo.

Annie quería reír y llorar al mismo tiempo.

—Theo, no deberías decirme cosas tan bonitas en un lugar público, porque podría dejarme llevar por la tentación de demostrarte mi gratitud de una manera muy indecorosa.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo.

Entonces, sin importarle lo más mínimo quién pudiera verlos, la estrechó en sus brazos y la besó en los labios apasionadamente.

—No sabes cuánto te he echado de menos —le susurró sin separar la boca de sus labios.

—Demuéstramelo otra vez —murmuró ella.

Volvió a besarla y Annie sintió que los pedazos de su corazón volvían a recomponerse.

—Bien, veo que os habéis encontrado —dijo Kane al verlos desde la escalera—. Y parece que ha sido un reencuentro feliz.

Theo y Annie sonrieron sin apenas separarse.

Se acercó a ellos para darle un beso a su hermana y le puso la mano en el hombro a Theo.

—Me suena tu nombre, Theo Grainger.

—Theo es filósofo —dijo Annie con orgullo.

—Entonces debe de ser una casualidad. El tipo al que yo me refiero jugaba al *rugby* en el equipo de Queensland.

—Jugué un par de años en el equipo del estado —explicó Theo, sorprendido—. Hace mucho tiempo.

—Suponía que eras tú —dijo Kane, y luego le hizo un guiño a Annie—. Has hecho bien en atraparlo, porque corre como el viento — luego miró hacia la puerta de la calle—. Es una lástima que no pueda quedarme con vosotros, pero mi mujer bajará enseguida y supongo que espera una luna de miel.

—Puedes estar seguro.

Allí estaba Charity, con ropa de calle, pero aún con el ramo de novia en la mano.

Annie hizo las presentaciones rápidamente.

—Encantada, Theo —dijo Charity, agarrándose al brazo de su

marido—. Supongo que debería deciros lo mismo que Kane, que es una lástima no poder quedarnos con vosotros, pero no creo que me creyerais, ¿verdad?

—No —dijeron Theo y Annie al unísono.

Enseguida se corrió la voz de que los novios estaban a punto de marcharse y el vestíbulo se llenó de invitados que querían despedirlos. Entre ellos se encontraba Jessie McKinnon, que al ver que su hija estaba abrazada a un hombre alto y guapo, la miró con curiosidad hasta que consiguió preguntarle de lejos si era Theo.

Annie asintió e intercambió una mirada con él que la hizo sentirse profundamente orgullosa.

—La novia está a punto de lanzar el ramo —le dijo Theo—. ¿Quieres intentar atraparlo?

—No pensé que los filósofos creyerais en esas supersticiones.

Theo sonrió.

—Tienes razón. Además, no necesitas ningún ramo. Como ha dicho tu hermano, ya me has atrapado.

Annie sintió que se le iluminaba el corazón. O estaba obsesionada con las bodas o eso había sonado a proposición. Miró a su alrededor y vio que todo el mundo tenía la vista puesta en los novios… Todos menos Theo, que estaba concentrado en ella. Al mirarlo, tampoco Annie pudo apartar los ojos de él.

—¿Crees que alguien se dará cuenta si nos escabullimos?

—No, es lo que estaba sugiriéndonos mi madre con sus indiscretos gestos.

—¿De verdad?

—Desde luego.

Prácticamente salieron corriendo de allí, ansiosos por estar a solas. El único lugar con un poco de intimidad era el salón donde se había celebrado la fiesta, ahora completamente vacío. Una vez allí, Theo la estrechó de nuevo en sus brazos.

—Te amo, Annie.

—Yo también te amo, Theo.

Se besaron apasionadamente, desesperados por sentir el contacto del otro.

Cuando por fin se separaron, Theo le tomó la mano y la miró a los ojos.

—Te vienes a Roma conmigo.

—¿Qué? —preguntó sin poder creer lo que había oído.

—A Roma, Italia, ese país en el que todo el mundo habla italiano.

—Pero… pero…

—Tengo una beca de investigación y voy a trabajar en la

Universidad de Roma durante los próximos seis meses.

—¡Theo, es fantástico!

—Sólo si tú estás conmigo. No pienso perderte de vista nunca más. Además, había prometido llevarte a Roma y debo cumplir mi promesa.

Annie lo miró, demasiado sorprendida como para hablar. Theo la miró también y, al ver que no sabía cómo entender la expresión de su rostro, no pudo contenerse y esbozó una malévola sonrisa.

—Pero yo había prometido ser menos impulsiva.

Theo soltó una carcajada.

—Sólo a ti se te ocurriría ser cauta cuando tienes que ser imprudente —dijo antes de volver a besarla en los labios, sólo que más despacio que antes—. Puedes aprender italiano y luego podemos seducirnos el uno al otro en ese idioma que te parece tan *sexy*.

—Caramba —dijo ella casi sin aliento—. Sabes cómo ponérselo difícil a una chica que había decidido ser menos impulsiva.

—No te preocupes, Annie, yo he pensado por los dos y he ideado el plan con la ayuda de Reid y de tu perra.

—¿Mi perra?

—He dejado a *Basil* en Southern Cross. *Lavender* y él se han hecho inseparables y *Lavender* ha dejado de lloriquear, así que no sufras por tener que abandonarla durante seis meses.

Annie se quedó boquiabierta.

—Está todo organizado, así que hazte a la idea de que te vienes a Roma conmigo. Y si se te ocurre negarte, soy capaz de agarrarte en brazos y llevarte a la fuerza.

—No es necesario —dijo, riéndose—. Sería capaz de ir nadando a Italia para estar contigo.

Llegaron a Roma a primera hora del día siguiente, después de una noche de ensueño. Primero le habían dado la noticia a Jessie McKinnon y habían recibido sus felicitaciones, luego habían hecho las maletas de Annie y habían ido en coche hasta Londres, habían dormido en el avión y habían disfrutado de las primeras vistas de Roma desde el taxi que los llevaba al apartamento.

—Debes de estar agotada —le dijo Theo cuando por fin soltaron las maletas en el que iba a ser su hogar los próximos meses.

—Estoy demasiado feliz y emocionada para estar cansada. Ya me cansaré más tarde —Annie dio una vuelta en redondo para verlo todo —. Esto es genial.

Theo la agarró de la mano y la llevó a la ventana.

—¿Qué te parece la vista?

Annie salió a un balcón adornado con geranios y menta. A lo lejos se veía una colina con árboles y un sinfín de tejados entre los que aparecían varias cúpulas. Al mirar hacia abajo vio una plaza empedrada con una pequeña terraza de un restaurante y una fuente de piedra.

—Es aquí —dijo, maravillada, al tiempo que apoyaba la espalda en el pecho de Theo, que la rodeó con sus brazos—. Estamos en el Trastévere, ¿verdad? Es la vista de la que me hablaste.

—¿Te gusta?

—No me gusta, me vuelve loca —se volvió entre sus brazos y lo besó primero en los labios y luego fue bajando por su cuello.

Theo cerró los ojos.

—Annie… ¿tienes la menor idea de lo que me haces sentir?

Siguió acariciándole el cuello y los brazos, saboreando la idea de que pronto, muy pronto, podría acariciarlo por todo el cuerpo.

Él le puso las manos en las caderas y la apretó contra sí.

—Sabes cuánto te quiero, ¿verdad?

Ya se lo había dicho en Derbyshire, y en Londres, y en el avión… pero seguía siendo igual de maravilloso oírselo decir ahora que estaban solos.

Juntos por fin en su nueva y fascinante casa.

—Yo te quiero más, Theo.

—De eso nada. Creo que aún no sabes lo importante que eres para mí.

—Bueno, tú debes saber que iría a cualquier sitio contigo. Es increíble que estemos en Roma, pero también habría estado encantada de vivir contigo en una cabaña en mitad de la selva.

—¿Quieres casarte conmigo, Annie?

¿Era posible derretirse de felicidad? Annie titubeó unos segundos y apartó la mirada. Había un pequeño problema…

—Cariño, puedes ser tan impulsiva como quieras.

Annie levantó de nuevo la mirada hasta sus ojos.

—Theo, me casaría contigo en cualquier lugar, en cualquier momento. Lo que ocurre es que…

—¿Qué? —preguntó él con un hilo de voz.

—Le dije a mi padre antes de morir que cuando me casara lo haría en Southern Cross. Sé que fue un poco estúpido prometer algo así, pero… siempre ha sido mi sueño desde entonces.

En los ojos de Theo apareció un brillo de decepción que no pudo ocultar, pero enseguida se recuperó y la sonrisa que le dedicó fue la más hermosa del mundo.

—No quiero ser yo el que impida que hagas realidad tus sueños,

Annie.

—Eres el hombre más maravilloso del mundo.

—Pero podemos prometernos, ¿verdad? —insistió—. Podríamos salir hoy mismo a comprar un anillo de compromiso. Quiero anunciarle al mundo entero que Annie McKinnon es mi mujer.

Annie pensaba que no podría ser más feliz, pero mientras el sol se alzaba sobre la colina y bañaba los tejados de Roma con su luz, sintió la felicidad más profunda e intensa que habría podido imaginar.

En ese momento supo que, fuera lo que fuera lo que le deparara el futuro, lo compartiría con aquel hombre. Los esperaba una vida llena de amor.

Y aquello no era más que el comienzo.